

A man with a beard, wearing a red and black plaid shirt, is shown in profile, looking out over a scenic landscape. The background features a river flowing through a rocky area, with a forest of evergreen trees in the distance under a warm, golden sunset sky. The overall mood is romantic and serene.

UN
Sheriff
DE
Alabama

ERINA ALCALÁ



Un Sheriff de Alabama
Erina Alcalá



Primera edición en *ebook*: abril, 2020
Título Original: Un Sheriff de Alabama

© Erina Alcalá

© Editorial Romantic Ediciones

www.romantic-ediciones.com

Diseño de portada: Olalla Pons – Oindiedesign

ISBN: 978-84-17474-62-1

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Dedicado a los romántic@s que les gustan las novelas de ranchos.

CAPÍTULO 1

Rosa Vera había nacido hacía veintinueve años en Martos, un pueblo de la provincia de Jaén, situado en Andalucía, en el sur de España.

Ahora había vuelto a su tierra que la vio nacer, y no precisamente para felices reencuentros.

Era hija y nieta única. Sus abuelos y sus padres habían sido ricos terratenientes de la zona. Poseedores de una de las más extensas tierras de olivos de la provincia de Jaén y, por consiguiente, de infinidad de fábricas de aceite de oliva, repartidas por los pueblos de dicha provincia y también de parte de la provincia de Córdoba.

Para desgracia de Rosa, a los catorce años se había quedado huérfana. Sus padres murieron una noche lluviosa de invierno, en un accidente de coche, cuando se desplazaban de un pueblo cercano hacia su casa, a solo cinco kilómetros de distancia: TorreDonjimeno.

Ese era uno de los muchos pueblos donde tenían una fábrica de aceite de oliva. Una de un total de más de cien fábricas. La fortuna de sus padres la habían generado por ellos mismos, y no eran menos ricos que los abuelos. Y estos, cuando murió su único hijo, el padre de Rosa, eran los únicos familiares de la pequeña, así que se hicieron cargo de ella.

Le dieron siempre lo mejor. Rosa estudió bachiller en Martos, un pueblo de casas blancas de veinte mil habitantes a unos doce kilómetros de la capital de la provincia, Jaén.

Cuando quiso ir a la Universidad a estudiar medicina, sus abuelos, al igual que lo hubiesen querido sus padres, la enviaron a estudiar a una universidad de EE. UU. En parte, porque daba prestigio y porque la carrera de medicina era lo que Rosa había querido estudiar desde siempre.

La admitieron en la Columbia University de Manhattan. Allí permaneció, desde los diecisiete años, edad en que terminó el instituto, hasta los veinticinco. De la universidad salió con un doctorado en cirugía y su título de medicina. Era buena, por lo que en poco tiempo empezó su trabajo en el Presbyterian Lower Manhattan Hospital. Allí permaneció especializándose durante cuatro años.

Llegó a ser, en esos años, una cirujana de reconocido prestigio, a pesar de su edad. Era, sin duda, de las mejores que tenía el hospital. Además, Rosa caía bien. Siempre estaba dispuesta a hacer horas extras y guardias.

En el transcurso de los años, solicitó la *Green Card*, que le otorgaría la nacionalidad americana. Y le fue concedida. Tenía doble nacionalidad y hablaba tres idiomas, francés, inglés y castellano, por supuesto.

Mientras vivió en EE. UU., había vuelto al pueblo, cada dos años, a ver a sus abuelos. Utilizaba sus vacaciones para ello. El trabajo en el hospital era tan estresante, que las utilizaba para ir a ver a sus abuelos, que ya eran mayores y la única familia que tenía en el mundo.

Se querían mucho, y no era para menos. La habían criado de pequeña y eran su única familia.

Rosa recordaría con cariño esas vacaciones. Ahora hacía un año que su abuela había fallecido. Evidentemente fue a su entierro y sintió una pena infinita por su abuelo, que se quedaba solo después de perder a su esposa por un ictus, del cual no consiguió sobreponerse del todo, y cuando sufrió el segundo, le fue imposible superarlo.

Ahora estaba de nuevo en el pueblo, porque el que había muerto era el abuelo.

Ya no le quedaba a nadie en esta vida.

Había pedido veinte días de vacaciones en el hospital, y utilizó tres con solo hacer la maleta, sacar los vuelos y llegar al pueblo. Un periplo amargo con el único objetivo de despedirse

del que ya no estaba.

No se atrevió a ir a casa del abuelo para pasar la noche. Rosa se había quedado en el hotel del pueblo. Ya tendría tiempo de recoger las llaves cuando fuera de día. Miró por la ventana la noche estrellada que abrazaba al pueblo que la vio nacer. Parecía mentira que, aunque estuviera lejos, siempre llevaba un pedazo de esas calles en su corazón.

A la mañana siguiente a su llegada, se dirigió a la oficina del abogado justo después de desayunar. Él era el albacea de sus abuelos, como lo fue de sus padres.

El abogado, Juan Medina, era un hombre alto, de mediana edad, algo calvo por la coronilla, muy serio y educado. Era el hijo de los abogados que toda la vida tuvieron sus familiares y que mantenía el bufete de su antecesor.

Nada más verla entrar en su despacho la invitó a sentarse.

—Siéntese, señorita Vera. —Y ella se sentó.

—Como sabrá, mi padre y yo, por ende, somos los albaceas de sus padres y de sus abuelos. Como mi padre murió, no le queda más remedio que tratar conmigo de todos sus asuntos legales.

—Bien, muchas gracias, señor Medina, siento lo de su padre.

—Gracias. Y yo, lo de su abuelo.

Mientras ponía encima de la mesa una carpeta negra algo gruesa, con el nombre de *Familiares Vera*, ella observaba sus movimientos metódicos y tranquilos.

—Como sabrá, su abuelo fue enterrado ayer junto a su abuela. Era lo que solicitó, su última voluntad y su deseo. No se pudo esperar a que llegase. Nos hicimos cargo de todo.

—Lo sé. Y se lo agradezco. He venido lo antes posible, pero estoy lejos. Aunque pasaré más tarde por el cementerio. O estos días que permaneceré aquí.

—Bueno, si está lista, empiezo. Aquí tengo todas sus propiedades. Paso a enumerárselas: cincuenta fábricas de aceite (sus abuelos vendieron la otra mitad de las fábricas, antes de morir su abuela), diez mil fanegas de olivos, tres cortijos, más la propiedad de sus abuelos que es la casa del pueblo, más el dinero que tenían en el banco.

—¿Todo eso tenían mis familiares? Sabía que eran ricos, pero esto es una barbaridad.

—Sí, señorita. Eso hace un total aproximadamente de ciento cincuenta y tres millones de euros aproximadamente. Evaluándolo por encima, claro. —El abogado la miró con una sonrisa blanca por primera vez.

Rosa se quedó en blanco. Ella, de sus abuelos había recibido lo suficiente para estudiar, sin que le sobrara el dinero. No habían sido tacaños con ella mientras estudiaba, pero en modo alguno dadivosos.

Y luego al acabar la carrera y empezar a trabajar, no recibió un euro. Ganaba más de doce mil euros mensuales en el hospital y desde luego, no los necesitaba económicamente.

Ella había conseguido ahorrar con sus guardias y recibiendo un buen sueldo de cirujana en esos casi cuatro años, unos doscientos cincuenta mil dólares y algo más, porque vivía bien.

Tenía alquilado un apartamento pequeño, pero caro en Manhattan y le gustaba vivir bien, ropa cara, maquillaje y perfume.

Ir de vez en cuando a darse masajes, más bien por necesidad y cuando podía ir al gimnasio a desentumecer los músculos. Salir a tomar unas copas algunos fines de semana o comer en algún restaurante. El resto lo hacía en casa. Tampoco eran demasiados lujos si se lo podía permitir con su sueldo.

Lo que nunca pensó es que sus padres y sus abuelos tuvieran tal cantidad de propiedades. Ella, nunca preguntó y ellos nunca le dijeron nada.

El abogado, la sacó de sus pensamientos.

—¿Cómo? —dijo ella sin haberlo escuchado—, perdone, me había perdido.

—Le decía, señorita Vera, que su abuelo ya tenía compradores para todas sus propiedades. El señor Vera, sabía que usted no iba a volver aquí, que se quedaría en Estados Unidos. Y había conseguido hablar con algunos futuros compradores para sus propiedades. Y así usted recibir el dinero en metálico.

—Sí, allí tengo mi trabajo y mi vida. No voy a vivir aquí, ni a volver a España. Ya no tengo a nadie. Mi intención es vivir en Estados Unidos.

—Entonces, ¿qué piensa hacer?

—Creo que lo que tenía mi abuelo pensado. Vender todas las propiedades. ¿En cuánto tiempo cree que podría venderlos? Tengo apenas quince días para cerrar esos asuntos. ¿Lo podría conseguir en ese tiempo?

—No es mucho tiempo, pero lo podemos intentar, ya que tenemos a los compradores adjudicados a cada propiedad. Eso sí, puede llevarse los objetos personales de la casa, si quiere. Y quedarse en ella hasta que terminemos todo el asunto.

—Me llevaré las fotografías, el resto no. Y si es necesario, me quedaría a vivir en el hotel en que me alojé anoche durante ese tiempo. Si los compradores quieren entrar antes, claro.

—No será necesario. Esperarán.

Tras una breve pausa.

—Bien. Hoy mismo me pondré en contacto y resolvemos esto lo antes posible. Mi bufete trabajará incansable en este asunto para que pueda irse con sus propiedades vendidas. La llamaré para firmar todos los documentos. Mis ayudantes trabajarán estos días para usted, antes de que regrese. Le advierto, que hay que descontar lo de Hacienda y nuestra minuta.

—No se preocupe, lo entiendo. Es lo normal.

—Hacienda se lleva un buen pico.

—¿Cuánto? —preguntó ella, porque no sabía lo que en España se cobraba por la venta o compra de propiedades. No estaba al tanto, pero miraría en internet por la tarde. No por desconfianza. Sus abuelos y sus padres habían confiado en ese bufete toda la vida y ella confiaba también. Tenían un gran prestigio, no solo en Martos, sino en los alrededores.

—Un veinte por ciento.

—Habría que pagarlo antes de irme. Quiero dejar pagado todo, para que no se me reclame nada una vez esté fuera del país. No quiero problemas con Hacienda, si ustedes pueden encargarse también de ello, se lo agradecería. Y en todo caso, les voy a dejar mi tarjeta y mi teléfono por si fuese necesario. Y yo, también los llamaré.

—Perfecto. Pues en eso quedamos. Le avisaremos para las firmas y necesitaremos un número de cuenta para el ingreso antes de que venga de nuevo. —Y ella, se lo dio—. Aquí tiene las llaves de la casa de sus abuelos.

—Estupendo. Espero su llamada. Gracias, señor Medina —dijo, levantándose y saludando al abogado que también se levantó y la acompañó a la puerta.

—A ustedes, por confiar en nosotros.

Se despidió del abogado y cuando salió a la calle, al centro de la ciudad, casi le da un ataque de ansiedad. Sabía que sus abuelos eran ricos, pero eso era una barbaridad.

Con esos pensamientos en la cabeza, lo primero que hizo fue ir a un bar y tomarse un par de cervezas y un par de tapas e irse al hotel donde se había quedado la noche anterior, pagar la

cuenta y subir a casa de los abuelos, en la parte alta del pueblo.

La casa era maravillosa, una gran casona andaluza, estilo antiguo con un gran patio de flores. Ella recordaba haber estado allí cuando era niña jugando y de adolescente durante el instituto. Dormiría en su antigua habitación; donde se quedaba cuando iba a ver a sus abuelos desde Nueva York.

Se hizo un café y se tumbó en el sofá. Había dormido poco desde que el vuelo desde Nueva York la dejara en Madrid, y de ahí el Ave hasta Córdoba y otro tren a Jaén y tomó un taxi hasta Martos.

Ya estaba cansada y no iba a tomar el autobús. Tendría que hacer lo mismo a la vuelta.

Se quedó dormida hasta el día siguiente. Nunca había dormido tanto. Ni había tanto silencio en la casa.

Abrió su maleta y se duchó, se cambió de ropa y salió a desayunar. Se dio una vuelta por el pueblo y se compró un libro para esos días de espera, el periódico y una revista del corazón.

Era 25 de marzo y el tiempo aún era frío en ese tiempo, a pesar de estar ya en primavera.

Después de cinco días, se puso algo nerviosa al ver que el abogado no la había llamado, pero decidió esperar. Recorrió el pueblo de parte a parte, e incluso un día subió a la Peña, al cementerio, con flores para sus abuelos y sus padres. Al siguiente día de espera, fue a ver el Castillo de Jaén y pasó la mañana en la capital, donde comió y paseó. Volvió por la tarde después de tomar el café.

Al sexto día, la llamó el abogado. Debería pasar mañana por la tarde para firmar los documentos.

Ella estuvo de acuerdo.

¡Qué eficiencia!

CAPÍTULO 2

«Ya estaba», pensó Rosa. Había firmado los documentos y el abogado vendió las propiedades. Tal como le había indicado, también pagó a Hacienda, para que no tuviera que preocuparse de nada.

Le pasó su número de cuenta donde le hicieron una transferencia. Cuando Rosa salió del despacho, después de entradas y salidas, tenía en su haber: ciento veinte millones de euros que cambió a dólares.

Casi ciento cuarenta millones de dólares, más lo que tenía ahorrado, daban un total de ciento cuarenta millones doscientos cincuenta mil dólares. Una fortuna millonaria. A eso había que añadirle el dinero que llevaba encima para el viaje, que era la última nómina. Con ella sacó los pasajes, pagó el hotel y lo que se gastó allí.

Toda una locura. Tendría que invertir en algo, quizás en propiedades. Pero todo eso lo haría cuando llegara a Estados Unidos.

Tres días después, volaba a Nueva York.

Solo se llevó una maleta y una bolsa de fotografías de sus seres queridos, una cuenta abultada y una ansiedad latente por volver al hospital.

Esos días, en el pueblo le hicieron querer recobrar una paz que no había conseguido desde que terminó el instituto.

La Gran Manzana podía ser estresante. Su trabajo en el hospital mucho más y su vida emocional cero. Su vida sexual y romántica, menos que cero.

Suspiró mientras miraba por la ventanilla del avión.

Con el dinero que tenía, incluso podía dejar de trabajar, pero eso no era lo que quería.

Se había pasado años estudiando para trabajar y le gustaba ser doctora y también cirujana. Pero desde que había pasado esos días en el pueblo le rondaba una idea en la cabeza: dejar Nueva York.

Sí, no era necesario dejar de ser doctora, pero podía abandonar Nueva York, el bullicio y el estrés e irse a un lugar más tranquilo. No sabía dónde, ni cuándo, pero tal vez... lo antes posible.

Un hospital pequeño, puede que no de un pueblo, se conformaba con una pequeña ciudad... El lugar no era tan importante.

Ese cambio era algo que necesitaba en esos momentos.

Siendo cirujana y médica, dos ramas en las que era buena, no le faltaría trabajo.

Tenía veintinueve años y necesitaba un cambio en su vida. El haber pasado por el pueblo le había hecho pensar en su estilo de vida.

Al final era de pueblo, no de ciudad. Le gustaba la gente más que la soledad de un apartamento en un lugar de millones de personas que ni se saludaban. Por no pensar en que en ese ambiente no se sentía cómoda, le costaba hacer amigos con la gente de la urbe, siempre recelosa.

En cuanto a los hombres... No tenía suerte, aunque Rosa era una chica guapa de uno sesenta centímetros. Morena, con el pelo largo ondulado y ojos verdes claros como el agua de un lago transparente, que cuando te miraban siempre se veían risueños. Su nariz respingona estaba salpicada de pecas. Llevaba las uñas cortas y sin pintar, todo a causa de su profesión.

Tenía un buen cuerpo y los pechos generosos, sin llegar a ser demasiado exagerados. El gimnasio hacía su efecto.

Era una mujer feliz por naturaleza. Y no solo estaba por su alegría, sino también por sus andares seguros.

Atraía a los hombres, pero era quizás demasiado distante, independiente e irónica y cuando ligaban con ella, desconfiada. Se creía la mitad de la mitad de lo que los hombres le contaban. Y no se cortaba un pelo al hablar o decir lo que tuviese que decir.

No había tenido novios al uso. Nunca. Pero se había acostado por necesidad con algunos hombres. Cuando había salido sola algún fin de semana a tomar una copa a algún lugar de moda y le había gustado un hombre se acostaba con él, pero nada más.

No daba nunca su teléfono, quizás porque no le había interesado ninguno.

¿Que le gustaría encontrar a su media naranja?, claro, pero eso era difícilísimo. Y su reloj biológico iba a darle cualquier día un disgusto.

Pero ella sabía que era una chica familiar, que en un futuro no muy lejano querría hijos y un marido y ese último era el que tenía que encontrar. Un hombre con quien formar una familia.

Suspiró de nuevo.

Seguro que en la Gran Manzana no habría un hombre para ella.

A los dos días de llegar a Nueva York, se incorporó a su trabajo y pidió cita con el director del hospital. Este, no pudo recibirla en los tres días siguientes, ya que estaba muy ocupado, pero cuando por fin la recibió, Rosa ya sabía que su decisión era irrevocable.

El director la hizo pasar a su despacho.

—Deseo pedir el traslado. —Su jefe no supo muy bien que decir—. Quizás a un lugar pequeño y tranquilo.

—No puedo creer que quiera irse, doctora Vera. Es una de nuestras mejores cirujanas —dijo como si ella no lo supiera—. Me deja de piedra. No me lo esperaba de usted. Lleva casi cuatro años trabajando con nosotros y es una de las mejores.

Rosa le sonrió con amabilidad.

—No es algo que yo quiera, es que lo necesito. —Y ese era un hecho—. Necesito tranquilidad y paz. Irme a otro lugar más pequeño y tranquilo. No me importa ganar menos. Es una necesidad.

—¿Más pequeño? —preguntó extrañado.

—Así es. Un consultorio o un hospital mucho más pequeño donde vivir tranquila.

El director la miró como si se le hubiera ocurrido algo de repente.

—¿Qué le parece Alabama?

Ella lo miró algo sorprendida.

—¿Alabama?

El director asintió.

—Tengo un amigo en Alabama, estudiamos juntos. Hablé precisamente ayer con él y necesitan una doctora con conocimientos de cirugía menor. Aunque me explicó que, si es de cirugía mayor, mejor.

—Alabama... —Rosa se quedó pensativa—. Puede ser un buen cambio para mí.

—Si está interesada, la puedo recomendar.

—No estaría mal. —De pronto una sonrisa se dibujó en su rostro—. Me interesa.

—Pero le comunico que es una población de apenas mil habitantes. Es un pueblo pequeño, rodeado de ranchos, aunque llevan otras poblaciones de parte del Condado. Estaría desperdiciada con sus conocimientos y, sobre todo, ganaría menos de la mitad de lo que gana aquí.

—No me importa. Puede ser lo que busco.

Y realmente lo creía.

—Hablaré con él. Ayer me dijo que necesitaba un médico, pero claro, no sé si lo habrá encontrado. Espere un segundo.

Y así lo hizo. Esperó mientras el director hablaba con su amigo por teléfono. Y mientras lo hacía, su cabeza voló a Alabama. Quizás sería lo que estaba buscando.

—¿Y bien? —preguntó ansiosa.

—El puesto es suyo. No le van a pagar ni la mitad de lo que aquí cobra, pero si es lo que busca...

—No me importa. Es lo que deseo.

—Siendo así, tiene una semana para incorporarse. —Muy amablemente le anotó la dirección y el número de su amigo—. Le deseo mucha suerte con su nueva vida. Ya le mandaré por fax a mi compañero sus referencias y le indicaré que va para allá.

—Muchas gracias —dijo mirando el papel que le tendía—, de verdad.

HOSPITAL GENERAL GROVE HILL MEMORIAL

—El lugar es Grove Hill, Alabama. Aquí tiene todo anotado. Hoy es lunes, pase por caja para que pueda cobrar lo que se le adeude. Ya daré instrucciones de que se va y el lunes siguiente deberá estar incorporada en su nuevo destino. La esperan.

Ella asintió sin poder dejar de sonreír.

—Perfecto, muchas gracias. No sabe lo que se lo agradezco.

El hombre asintió.

—El director del hospital, se llama doctor Nick Landon. Va recomendada. Así que no me deje en mal lugar. Se puede ir a casa cuando termine hoy. Enhorabuena y suerte en su nuevo trabajo... Y en su nueva vida.

—Muchas gracias. Ha sido un placer haber trabajado aquí. Se lo agradeceré eternamente. Y no se preocupe, dejaré el listón alto.

—Ya sabe que puede volver cuando quiera. Si se arrepiente, regrese. Mientras yo sea director de este hospital, tendrá trabajo con nosotros. Ha trabajado muy bien estos años y la vamos a echar de menos.

Se despidió de sus compañeros que se quedaron de piedra cuando se enteraron de que se iba y pasó por caja y Recursos Humanos a rescindir su contrato.

Había concluido una etapa de su vida. Otra se abría.

Iba hacia otra aventura. Y experimentó una sensación agradable y extraña que la embargó al salir del hospital camino de su casa y supo que estaba haciendo lo correcto.

Era totalmente feliz y se dirigía a un lugar pequeño donde seguramente todo el mundo se conocía y era lo que en estos momentos de su vida estaba buscando.

Con veintinueve años, la vida le sonreía. Estaba sola en la vida, pero tenía el presentimiento de que iba a estar muy bien en un pequeño pueblo.

No tenía miedo a cambiar de vida, ya lo hizo una vez cuando vino a Manhattan y le pareció maravilloso vivir en la Universidad, sola, sin sus abuelos. Fue un cambio importante, como también ocurrió cuando sus padres murieron y tuvo que irse a vivir con ellos hasta que se marchó a la Universidad.

Su vida, había sido así, a golpes de momentos y cambios. Este iba a ser el tercero y

esperaba no tener que encontrarse con ninguno más.

Vivir en Manhattan había sido maravilloso. Tenía libertad, un buen sueldo y un apartamento de dos dormitorios en una zona buena.

Había conseguido ser una buena cirujana y un buen sueldo que se veía aumentado por las guardias y extras. Por eso tenía una buena vida económicamente hablando. Podía comer en restaurantes y salir de noche y sobre todo la ropa, que era su debilidad. Sobre todo, la ropa interior.

Tenía una cantidad enorme de ropa interior en su vestidor, desde conjuntos, camisones y medias en invierno, de lo más *sexy*.

Sin embargo, tenía mucha ropa interior *sexy* y pocas oportunidades de enseñarlas.

La mayoría de las chicas que conocía del trabajo tenían pareja, así que ella salía sola, iba al gimnasio o se daba algún masaje en el cuello y la espalda, ante todo, tras tantas horas de quirófano.

Esa era su vida en Manhattan después de la Universidad. A pesar de tenerlo todo, estaba sola. Y no es que la soledad cuando llegaba a su apartamento fuese algo malo. Le gustaba, pero también quería relacionarse con otras personas fuera del trabajo y eso no lo tenía, lo echaba en falta, como le faltaba un hombre que le gustase.

Se había acostado con algunos. Una noche que salía conocía a algún hombre que le parecía interesante y se acostaba con él al final de la velada, pero eso no era una relación, sino una necesidad física como todo el mundo necesitaba.

Y así fue como conoció a unos seis o siete hombres en ese tiempo. Y con un par de ellos ni consiguió un orgasmo siquiera.

Casi un hombre al año, menuda lista tenía. Otras veces charlaba con algunos hombres, pero no se acostaba con ellos.

Esa era su vida de soltera cirujana.

Viajaba a Martos a ver a sus abuelos, pero habían muerto uno detrás de otro en años diferentes y ahí estaba. Más sola que en toda su vida. Por eso pensó que un pueblo pequeño era lo mejor que podía pasarle.

Si el director del hospital no le hubiese mencionado Alabama, a ella jamás se le había ocurrido. Había sido una casualidad y ella iba a aprovecharla. Un pequeño pueblo de Alabama, donde todo el mundo se conoce. Y si quería hombres, siempre podría irse a algún pueblo lejano donde nadie la conociera.

Dejaría su apartamento alquilado en Manhattan y se compraría una casita en el pueblo. Quizá pudiese comprar un par de mecedoras y ponerlas en un porche. Y sentarse a la luz de la luna y cerrar los ojos tranquilamente, sin tener miedo a la soledad.

Era joven y rica y vería en qué podía invertir en ese pequeño pueblo.

De momento ir a casa y prepararlo todo para irse. El lunes entraba en su nuevo trabajo y tenía que hacer un montón de cosas y dejar liquidados todos los pagos y seleccionar qué iba a llevarse. Le quedaba menos de una semana. Tenía que darse prisa.

Afortunadamente su apartamento era amueblado y no iba a llevarse nada que no fuese imprescindible, algunos objetos personales y la ropa.

Compraría todo nuevo para su nueva casa. Nada de apartamentos y pisos. Una casa con un porche y vallas blancas.

Se dirigió a casa y compró por el camino: un juego de maletas, dos grandes y una mediana

para los enseres de aseo y maquillaje. Ya tenía otra maleta en casa.

Ingresó su cheque del hospital en el banco. Tomó su coche y lo vendió.

Le dieron el dinero en metálico. Lo vendió bien, ya que era un buen vehículo, pero tenía unos años. Le dieron por él cuatro mil dólares. Con ese dinero tendría para el viaje. Desde que era rica se tornaba más ahorrativa y sonreía para sí con ello.

Se compró un billete a Montgomery, la capital de Alabama. Y con cuatro maletas, y su bolso de mano, dos días después, dejó su apartamento vacío, y dejó la Gran Manzana tras permanecer allí durante once años.

No tuvo sensación de pérdida. Al contrario. Iba contenta y entusiasmada. Iba a la aventura. A otro Estado, a un lugar nuevo, pequeño, y esperaba que mejor.

Durante el vuelo, tuvo el presentimiento de que se dirigía a un lugar al que pertenecía y que no volvería más a vivir en la Gran Manzana. Era optimista. Y estaba contenta.

Al llegar al aeropuerto de Montgomery, la capital del Estado de Alabama tomó un taxi hasta un hotel de cuatro estrellas que estuviese en el centro. Se lo pidió al taxista y este se lo recomendó.

Cuando llegó al hotel eran las dos de la tarde. Dejó su equipaje y salió a comer por los alrededores y cuando terminó, tomó otro taxi hasta un concesionario y se compró un monovolumen de la marca Ford gris oscuro, nuevo y último modelo con todos los extras. Al contado.

Lo llevó al *parking* del hotel. Se tomó un café y un trozo de tarta en la cafetería del hotel y se fue a su habitación.

Se echó una buena siesta. Cuando se despertó, cenó fuera, se duchó y acostó pronto. Al día siguiente saldría temprano para su destino. Sin prisas. Tenía todo el tiempo del mundo para ir viendo el paisaje.

El viernes por la mañana, metió sus cuatro maletas y un bolso grande, en su nuevo coche y emprendió camino, hasta que llegó a Evergreen, una ciudad cerca de Grove Hill donde iba. Si no se había equivocado, le quedaba Monroeville y luego el que iba a ser su pueblo.

Le gustó Evergreen y pensó quedarse allí ese día a descansar. No tenía prisa. Vio un motel de carretera a la salida del pueblo y allí paró. Pidió una habitación.

Se echó una buena siesta y se despertó casi de noche. Frente al motel, cruzando la carretera, había un restaurante de comida rápida y al lado un bar de copas, que esperaba que fuese un local decente.

Se veían coches buenos, digamos que si era un lugar de moteros se saldría de allí, si veía un buen lugar se quedaría a tomar una copa o dos y si encontraba un hombre... hacía unos cuantos meses que no había estado con ninguno y le apetecía.

Allí iba a celebrar el giro que había dado su vida. Dinero y un trabajo que cualquiera podía llamarla loca por cambiar. De hecho, se lo llamaron cuando se despidió de sus compañeros en el hospital de Nueva York.

Se puso un vestido negro estrecho y pegado al cuerpo, por encima de la rodilla. Era de tirantes y una chaqueta estrecha de piel elegante que le marcaba la cintura, de color piel, unas botas altas, también de color piel y el bolso igual, se puso medias a media pierna que solía llevar en la Gran Manzana cuando salía a ligar. Y un conjunto de ropa interior muy *sexy*. Como toda la que tenía.

Y si podía, ligaría antes de empezar su trabajo. Se lo merecía, necesitaba un hombre esa noche, como siempre, sin condiciones ni compromisos, además estaba lejos relativamente del

pueblo donde trabajaría. Bueno, no tan lejos...

Se maquilló y se perfumó, y se dejó su mata de pelo suelto.

Cuando entró en la cafetería, pidió una hamburguesa y una coca cola. Sabía que no era sano, pero por una noche... ya se pondría a dieta cuando llegara.

En la cafetería había un grupo de hombres jóvenes que armaban algo de jaleo, parecían estar de celebración, unas cuantas parejas, chicos jóvenes. Estaba llena la cafetería. Y tardaron en servirle.

En el grupo de chicos jóvenes, más o menos de su edad, sintió la mirada profunda y penetrante de uno de los chicos, ella lo miró también.

Era alto, muy alto, como uno ochenta y seis, con vaqueros y camisa negra, un sombrero negro también y botas del mismo color.

Su cabello era negro como el carbón, y los ojos azules como el mar y ese contraste entre su pelo y sus ojos la atraía como un imán. Luego estaba su cuerpo de escándalo con esa ropa negra. Esas anchas espaldas y estrechas caderas. Era muy atractivo y miraba como un psicólogo, analizándola.

Sintió todo el rato su mirada sobre ella.

Podía ser ese, si no fuera porque iba con amigos... Era el hombre más *sexy* que había conocido. Guapo para matar por él.

Se sentaron en una mesa y pidieron también hamburguesas como ella, y cerveza, no como ella.

Cuando terminó de cenar, pagó y salió a tomarse la copa al local de al lado. No tenía sentido quedarse allí en la cafetería mirando ese pedazo de hombre.

Era un buen sitio, así que se sentó en la barra y pidió un San Francisco. No solía beber alcohol, incluso la cerveza la prefería sin alcohol. Por su profesión estaba acostumbrada.

Echó un vistazo al local desde el espejo de la barra del bar. En ella, había unas parejas, algunos chicos jóvenes y otros más maduros, una pista de baile y mesas y sillones. Le gustó el local. La música que sonaba era *country* y no estaba muy alto el volumen.

A través del cristal de la barra, vio al grupo de chicos que había en la cafetería, entre ellos, el moreno de ojos azules, que la miró de nuevo al pasar a su lado a través del espejo de la barra del bar.

Se pidieron unas cervezas. Al cabo de un cuarto de hora, él le dijo algo a sus amigos y se dirigió hacia ella.

Vaya, parecía que iba a tener suerte esa noche con el moreno alto. De cerca era más guapo si cabía. Olía bien, era muy *sexy* y le encantó su voz, cuando este le dijo arrastrando las palabras:

—Hola, ¿estás sola?

—Sí. —Y se sentó a su lado.

—Te invito a una copa.

—Gracias. Acepto.

—¿Qué tomas?

—Un San Francisco

—¿Nada sin alcohol?

—Prohibido el alcohol. No bebo. No me gusta. Quizá una copa de *champagne* en Navidades o alguna ocasión importante.

—Eso es muy fino para este Estado. ¿Eres de por aquí?

—No, voy a un pueblo cerca por trabajo, pero voy a pasar la noche en el motel de enfrente.

—¿Novio, amigos?
—Nada, ni marido, ¿y tú? —le preguntó ella. Aquello parecía un interrogatorio o un chat. Y le hizo gracia. El chico no sonreía. Era serio.
—Tampoco, nada de compromisos. ¿Qué edad tienes?
—Veintinueve cumplí el mes pasado, ¿y tú?
—Cumpló treinta esta noche.
—Vaya, feliz cumpleaños, así que tus amigos y tú estáis de fiesta. ¿Y nosotros estamos chateando o me estás haciendo un interrogatorio en toda regla? —Fue la primera vez que lo vio sonreír.
—Se puede llamar así. Perdona, era por conocerte. No pareces de aquí. Eres una señorita fina y no estamos acostumbrados.
—¿Eres de aquí?
—Vivo cerca de aquí, pero a veces, venimos a este local. Es tranquilo y se está bien. ¿Bailamos?
—Bueno, no sé si sabré bailar eso —le dijo con una gran sonrisa—. En Nueva York no lo hago.
—¿Vienes de allí? —dijo él tomándole la mano. Ella bajó del taburete de la barra y se dirigieron a la pista de baile.
—Sí, de allí vengo. —La agarró por la cintura, pegándola a su cuerpo al ritmo de la música.
—Se nota.
—¿Cómo que se nota?
—Tu acento y tu forma de vestir, tu olor. Hueles muy bien.
—Vaya, qué observador. Gracias. —Ella perdió un poco el paso y casi estuvo a punto de pisarlo.
—Venga, te enseño —le dijo el moreno, que también olía muy bien y notaba su piel cálida sobre la suya, sus brazos y su pecho fuerte, pegado al suyo, y sintió el sexo duro contra su vientre y ella se excitó. Sin embargo, él estaba como si nada pasara.
—Bueno, si aceptas un pisotón...
—Acepto. Es mi cumple.
—Vale —le dijo Rosa sonriendo.

CAPÍTULO 3

«Al menos no era el típico tonto ligón», pensó Rosa. Cuando hacía preguntas, las hacía en serio, como si de verdad le interesase.

Y no babeaba. Era un tipo seguro. La química entre ellos resultaba química sexual desde el momento en que intercambiaron en la cafetería la primera mirada.

Cuando ese hombre la miraba, le hacía el amor con los ojos. Sabía qué pensaba. Era una conexión que no había sentido con ningún hombre. Y era una pena, porque quizá ya no le viese nunca más.

La cogió por la cintura más fuerte y la pegó a su cuerpo y ella sintió su dureza en el vientre, y se excitó.

Sus brazos eran cálidos y la abrazaban con fuerza; sentía su calor traspasarle la piel. Era pura fibra y se sintió encajar en su cuerpo.

Ese hombre era distinto a los que había conocido, pijos y creídos, vestidos con traje de chaqueta impecable.

Sin embargo, este era silencioso y hablaba cuando debía, no gastaba palabras en balde, y ella no necesitaba palabras vacías.

Él le acariciaba la espalda y en un momento en que ella lo miró, acercó su boca a la suya y besó sus labios y ella lo dejó, y el beso en los labios pasó a ser un beso en la boca, donde su lengua trepaba por la suya en una danza primitiva.

Ese hombre besaba como un Dios y si no paraba, ella iba a perder la noción del tiempo, algo que no le había pasado nunca.

Siempre había controlado su sexualidad. En realidad, había estado con seis o siete hombres. Contactos sexuales y nada más.

Se dio cuenta de que prácticamente no sabía nada de amor y sexo o química, sino de necesidad rápida. Incluso en un par de ocasiones no había conseguido tener un orgasmo con esos hombres.

Cuando terminó el tercer beso que le dio y tocó su pelo y acarició su espalda...

—¿Me invitas a tu habitación?, o tomamos una distinta.

Ella lo miró sorprendida.

No hacía falta hacerse la remilgada. Ella quería también sexo con él, y este lo sabía, y también quería. Salieron de la mano, cruzaron la carretera en silencio y entraron en su habitación.

No hacían falta palabras, pero ella jamás había estado con un tipo como ese, tan alto y guapo... y un vaquero. No tuvo miedo en ningún momento.

El sueño de una neoyorquina como ella, aunque era española, era también de Nueva York. Un vaquero en su cama.

Al entrar en la habitación, ella se quitó la chaquetilla de piel y se quedó con el vestido de tirantes.

Él llevaba una cazadora de piel en la mano. La dejó en una silla al lado de una pequeña ventana de la habitación y ella dejó la suya allí también. Se le acercó en toda su imponente altura y la cogió de la cintura y sin hablar, la besó despacio.

Sabía que era una mujer distinta a todas cuantas había conocido y se había acostado. Era una mujer fina. Tampoco, él iba a ser distinto, pero debía actuar con delicadeza. Y eso hizo, la besó y le bajó los tirantes del vestido y vio su sujetador caro y *sexy*.

Le bajó la cremallera y le echó el vestido a los pies y se quedó en sujetador y tanga a conjunto. Y esas medias de seda... a media pierna, lo dejaron duro como una piedra. Le

molestaban los vaqueros.

Él supuso que aquella ropa interior costaba lo que él ganaba en diez días como *sheriff*. Y pensó de dónde habría salido aquella mujer y qué hacía por allí, pero estaba demasiado excitado y duro como una piedra como para hacerse esas preguntas ahora.

Su cuerpo era pequeño y perfecto y esas medias a media pierna lo iban a matar. Era como una chica de revista. Su olor era caro y fresco y se metía en su cuerpo.

Mientras besaba sus pechos por encima del sujetador, se quitó la camisa y ella vio su espalda ancha y los músculos perfectos, su cintura y cadera estrechas. Se quitó los pantalones y los *slips* y se quedó libre y en toda su grandeza. Y se pegó a su cuerpo.

Era el hombre más *sexy* y guapo que había conocido y también el mejor dotado. Su miembro era grande y largo y deseaba tenerlo dentro de ella. Lo deseaba como nunca había deseado a ningún hombre.

Le quitó el sujetador y sus pechos quedaron llenos y los pezones grandes y duros se pegaron a su pecho. Luca sintió morir.

Tenía una piel delicada y preciosa, chupó sus pezones y los mordisqueó. Metió su mano en el sexo de ella y lo encontró húmedo y caliente, y era por él. Y era para él.

No había palabras, solo se oían los gemidos de ella cuando Luca la tocaba y sabía cómo hacerlo. Eso lo supo ella bien porque explotó en un orgasmo loco y rápido, agarrándose a su cuello.

Él le quitó ese minúsculo tirante llamado tanga y la tumbó en la cama con las medias a media pierna que lo excitaban tanto y le parecían de lo más *sexy*, se puso un preservativo y entró en ella con una embestida rápida y ella gritó de deseo y él también.

Luca siempre controlaba en sus relaciones sexuales, pero cuando ella le cerró las piernas estrangulando su miembro, dejó de controlar y se volvió loco de deseo y excitación y quería que durara, que esa señorita del norte supiera lo que era un vaquero de Alabama. Como si quisiera enseñarle algo. Como si le tuviese rabia. Pero ella estaba disfrutando de su cuerpo y él dejó de pensar.

Era la primera vez que le ocurría y a ella también. Perdieron el control que tanto controlaban en sus relaciones y mientras él agonizaba de deseo en su cuerpo, ella llegaba a un pozo sin fondo y estallaron en mil emociones. La tenía sujeta por las caderas y ella por el trasero para tenerlo apretado a su sexo.

Cuando recobraron la respiración, él entró al baño y ella se quedó boca arriba, sin poder moverse. Preguntándose qué le había ocurrido.

Había sido un sexo perfecto. El mejor de su vida. A los veintinueve años. Nunca había sentido nada igual. Con nadie. ¡Qué pena que aquello acabara aquella noche!

Su orgasmo había sido perfecto y se había descontrolado como nunca. Se había vuelto loca con ese cuerpo del vaquero vestido de negro.

Luca pensaba que era la primera vez que se descontrolaba con una mujer. Esa mujer había sido un peligro para él y para su estado emocional. Nunca había sentido nada con ninguna mujer comparado con lo que había ocurrido con ella, y tenía que sentirlo con ella, una mujer que se acostaba con cualquiera en un motel de carretera.

Sabía que era un pensamiento machista y que él mismo lo había hecho, pero si alguna vez elegía una mujer para formar una familia, no iba a elegir a una como ella, sería una buena chica. De momento iba a disfrutar de su cumpleaños y de su cuerpo esa noche. Hasta bien entrada la noche.

Salió del baño y se tumbó en la cama.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó ella.

—Nada de nombres. Cuanto menos hablemos, mejor.

—Muy bien, señor mudo. Sin palabras. —Así estaban las cosas. Perfecto. Sexo del bueno y punto.

Bajó a su sexo y movió su miembro con su boca y Luca se quedó mudo de verdad. Movía los pliegues y se los estiraba y su boca era miel en su sexo de junco amurallado; él gemía y tiritaba como un niño y su cuerpo fue de ella el tiempo que esta quiso. Explotó sin remedio y sin poder controlarlo.

Ya era la segunda vez que no controlaba, pero era perfecto.

Le tocó el turno a él y chupó su sexo, que a él le supo a gloria, su olor lo embargaba y ella se aferraba a las sábanas, mientras Luca cogía sus caderas y las alzaba a su boca y chupaba y lamía su sexo desnudo...

Fue una noche de sexo descontrolada, inolvidable, caliente y *sexy*, pero ambos sabían que había sido más que sexo, que ninguno había sentido algo así antes, pero claro, eso lo sabía cada uno individualmente y por separado.

No hablaron. Solo tuvieron sexo. Hicieron el amor hasta las tres de la mañana, y no se cansaban ninguno de los dos, cuando ella lo tocaba, él se excitaba y cuando él la tocaba, ella era arena en sus manos.

Él, a cambio, se llevó una noche de sexo, la mejor de su vida y un cierto malestar por no haber controlado lo suficiente. Nunca le había pasado y estaba molesto consigo mismo. Afortunadamente, se había ido y no la volvería a ver jamás. Por fortuna o por desgracia, sabía que había sido distinta a las demás.

Lo escuchó vestirse sobre las tres y media y salir en silencio. Tan silencioso como entró, salió de su habitación, pero dejó en su cuerpo la huella de sus besos, de su sexo, de su boca y de su olor. Se quedó dormida y antes de hacerlo sintió su cuerpo más relajado que en toda su vida.

A la mañana siguiente, Rosa se levantó a las nueve de la mañana. Fue a desayunar a la cafetería donde estuvieron la noche anterior.

Tras tomar su desayuno, se lavó los dientes y terminó de recoger sus maletas y las volvió a meter en el maletero de su monovolumen; salió en busca de su destino.

Ya le quedaba un pueblo más y llegaría en poco tiempo a Grove Hill. Allí, buscaría un motel o si había alguna inmobiliaria y si había suerte, una casa donde quedarse.

Le quedaban tres kilómetros para llegar a Grove Hill cuando empezó a seguirla un coche patrulla.

—¿Qué demonios...?

La hizo parar en el arcén y se detuvo.

No había hecho nada, no se había pasado de velocidad.

Por el retrovisor, vio bajarse a un hombre alto, vestido con un pantalón verde y una camisa caqui de manga larga, unas botas y todas sus parafernalias; en la camisa, pistola en la cartuchera y un sombrero vaquero y unas gafas verde oscuras. Al acercarse vio una placa de *sheriff* y se asustó un poco.

Cuando el hombre se acercó a su coche ella abrió la ventanilla. Él se quitó las gafas y se reconocieron.

¿Era posible tanta casualidad? Era el vaquero de la noche anterior.

¿Con quién había hecho el amor? Dios mío, ¡con un *sheriff* de Alabama! Uno joven y

guapo. Esperaba que eso no fuese nada malo.

—¡Buenos días, señorita!

Hizo como que no la conocía. ¡Eso era la monda! Bien, ella haría lo mismo. Si él tenía demencia senil, ella tendría Alzheimer también.

—¡Buenos días, *sheriff*! Espero que haya pasado una buena noche —ironizó.

Se mordió el labio para no reír, y pensó que se había pasado. Él la miró detenidamente y siguió serio y callado. *Vale, seguimos así. El sheriff manda.*

—Documentación.

Ella sacó su documentación y él le ordenó que no se moviera. Fue a su coche de patrulla, como si ella fuera una delincuente.

«¡Será imbécil!».

Cuando le contestaron, volvió de regreso con su documentación.

—Ni una multa de tráfico —volvió a ironizar ella.

—¿Dónde va?

—A Grove Hill.

—¿Piensa vivir allí?

—Pienso vivir allí y espero que por muchos años. Si me canso, me iré.

—¿Y qué va a hacer allí?, digo, ¿en qué va a trabajar?

—En el Hospital General. Soy médica cirujana.

Él pareció sorprendido.

—¿En serio?

—Espero que no le suponga ningún inconveniente.

—Ninguno.

—Oiga, *sheriff*, ya que estamos, ¿hay alguna inmobiliaria en el pueblo donde pueda encontrar una casa o algún motel donde quedarme? —A la palabra motel le hizo hincapié.

—Hay casas que se alquilan.

—Que se alquilen o se vendan, me da igual. Necesito un lugar tranquilo donde vivir.

—Cuando entre al pueblo siga como a medio kilómetro. Hay una inmobiliaria a la derecha.

Yo avisaré al dueño y le buscaré algo.

—Gracias. Es usted muy amable.

—Puede seguir, doctora Vera.

—Encantada de conocerlo, *sheriff*...

—Luca.

—¡Encantada!, *sheriff* Luca.

—*Sheriff* Brown para usted.

—¡Ah, perfecto! Sheriff Brown. Ya nos veremos. Y gracias. —Cuando miró por el retrovisor, aún estaba observando su coche con las manos en las caderas y las piernas ligeramente abiertas.

Era *sexy* a morir.

Y la situación... muy irónica.

CAPÍTULO 4

Rosa Vera siguió su camino. Iba muerta de risa, pues eso había sido un suceso surrealista. ¿Qué le pasaría a ese hombre?

Supuso que como era el *sheriff* no querría que nadie supiera que había tenido un *affaire* con ella que iba a vivir en el pueblo. Bueno, . a A ella tampoco le gustaría que nadie lo supiera. Era una doctora de prestigio. ¡Ay, señor!

Le encantaba Alabama y el guapo moreno de ojos azules de uniforme. Lo iba a pasar muy bien en ese pequeño pueblo. Porque en los pequeños pueblos todo el mundo se conoce y se iba a enterar de quién era Luca.

Por su parte, Luca no se lo podía creer.

Se había acostado con la doctora del pueblo. ¡Dios! Iba a tener que verla a menudo y le iba a costar olvidar que la había poseído y que la deseaba de nuevo, que media noche no había sido suficiente para él. Estaba metido en un buen lío con la pequeña pija morena de Nueva York.

Sin haberse recuperado de la impresión, Luca llamó al señor Smith, dueño de la inmobiliaria del pueblo.

—Hola, señor Smith. Soy Luca.

—Hola, *sheriff*, ¿qué puedo hacer por usted?

—Le va a aparecer dentro de unos momentos la doctora Vera. La he mandado para allá. Quiere una casa para alquilar. Y... llamo para recordarle que hay una casa en alquiler junto a la mía. Es una de las más nuevas. Y queremos que tenga una buena imagen del pueblo.

—Por supuesto —dijo el hombre—. Entendido, *sheriff* Brown.

Cuando Rosa llegó a las indicaciones de Luca, paró su monovolumen en la puerta y ya el señor Smith la estaba esperando.

Al salir se dio cuenta de que alguien había anunciado su llegada. El hombre ya sabía que era la doctora.

—Hola, ¿es usted la doctora Vera?

—Sí, y usted es...

—El señor Smith, agente inmobiliario. La estaba esperando. Me ha llamado el *sheriff*...

—¡Qué eficiente! Encantada, señor Smith.

Ambos se saludaron.

—Tengo una casa para usted preciosa y tranquila. Y está cerca del hospital. Bueno, aquí todo está cerca. —Se reía el señor Smith—. Sígame con el coche. Es nueva, se la enseñaré. Son las últimas que se han construido. El problema es que no está amueblada, ni tampoco tiene electrodomésticos, pero se pintó el mes pasado y está para entrar.

—No se preocupe.

—Bien, vamos allá...

Siguió unas cuantas calles al coche del señor Smith, y llegó a un paraje tranquilo dentro del pueblo. Había dos casas más apartadas, pero entre ellas había unos diez metros.

Eran iguales y no demasiado grandes. El señor Smith le indicó con la mano que parara y

ella se detuvo detrás de su coche.

Salieron y el hombre le dijo que esas casas eran muy tranquilas, nuevas y preciosas, el barrio también, así como el pueblo en el que todos se conocían.

La casa era preciosa de verdad, parecía una casita mona, pintada en gris oscuro, con dos ventanales blancos a cada lado de la puerta, con contraventanas negras.

Una chimenea y una ventana en la parte de arriba con contraventanas también. Toda rodeada de césped y con setos alrededor de los ventanales. Y terminada en dos triángulos en la parte alta de puerta negra, y la ventana de arriba. Una entrada parecida a un porche a pie de calle para sentarse por las tardes, pero sin escalones.

Era una preciosidad por fuera. Eran dos casas iguales. Le daba igual cualquiera de ellas. Le encantó.

Le dijo que una ya estaba ocupada. Estaban recién fabricadas. Y se alquilaba por mil dólares al mes. Aún no sabía cuánto iba a cobrar en el hospital. No sería como en Nueva York, claro. No le pareció mal el precio y le preguntó si estaba en venta y le dijo que sí, por trescientos veinte mil dólares.

—Sí, me gusta, la compro —le dijo ella.

—¿En serio?, aún no la ha visto —preguntó el hombre sorprendido y contento por la comisión.

—Sí, en serio. Prefiero comprar a pagar un alquiler. Vamos a verla.

La casa tenía los suelos de madera oscura, con escaleras igualmente y pintadas de blanco. Preciosa y cuca. En Nueva York no se podría comprar esa casa por aquel precio.

La pena es que estaba vacía de muebles y electrodomésticos. La cocina era una monada, abierta a un salón con una chimenea. Un aseo en la parte de abajo y una sala no muy grande que ella usaría como despacho.

Arriba había tres dormitorios con dos baños y sus vestidores completos. Uno, el principal, daba a la calle y los otros al jardín. Los dormitorios eran coquetos y pequeños, no demasiado grandes, excepto el principal que sí lo era con dos vestidores y su baño con lavabo doble.

La entrada a la casa era preciosa, un caminito de unos cincuenta metros y un garaje para meter el coche al lado y pegado a la casa. Y rodeada de una valla blanca, como siempre soñó.

El jardín delantero era de césped y el trasero tenía un cuarto de lavado grande y estantes para los útiles de limpieza. Un espacio para patio y otro para jardín, de césped también y un seto alrededor de una valla alta y blanca.

—¡Me encanta!

—Es preciosa y nueva. Aquí va a estar muy bien.

—Me la quedo. Debo tener la dirección. La compro.

—¿En serio no la quiere alquilar antes?

—No, prefiero comprarla.

—Bueno, iremos a la inmobiliaria.

—¿Puedo dejar las maletas y llevarme solo el bolso?

—Por supuesto. Haremos toda la documentación y cuando estén las escrituras la llamo y la firma. Y paga el resto del dinero. Tiene que abonar un 80 % por adelantado o si prefiere financiarla...

—No, la compro al contado. Así que perfecto. Sin problemas. Vámonos a firmar, señor Smith. A propósito, ¿hay alguna tienda de muebles por aquí que me los lleven rápido?

—Por supuesto. La señora Mabel está frente a mi agencia, allí puede comprar lo que necesite y se lo llevarán esta tarde. Son muy eficientes.

—¡Qué bien! ¡Me encanta el pueblo!

—Le encantará. Es tranquilo y todo el mundo se conoce y se ayuda. Somos como una gran familia.

—Vamos, señor Smith. He comprado una casa —dijo toda contenta.

En el despacho de la inmobiliaria ella realizó todas las gestiones de la venta de la casa y pagó con su tarjeta el 100 % de la cantidad y los impuestos. Quería dejarlo todo pagado.

Les dieron sus llaves por duplicado y en menos de una semana la llamaría el señor Smith para darle la escritura.

La trató encantado de la vida. Para el señor Smith, la doctora Vera era una diosa. Lo cierto es que la doctora Vera era encantadora, educada y muy graciosa.

En su trabajo había casos bastantes complicados como para ser seria fuera del trabajo. Era alegre, divertida, irónica y muy graciosa. Siempre estaba riéndose. Su sonrisa era su seña de identidad.

Y al salir, se dirigió a la tienda de muebles de la señora Mabel. Era enorme, la verdad, y ella no se había fijado al entrar porque buscaba la inmobiliaria.

La recibió la señora en persona y ella se presentó como la nueva doctora que iba a trabajar en el hospital y que era cirujana.

Le encantaban las cosas de los pueblos y ella no iba a guardarse nada, salvo lo que quisiera. Sería amiga de todo el mundo. Tenía esa facilidad sin pretenderlo.

—¿Y qué desea de mi tienda, doctora Vera?

—Pues verá señora Mabel, acabo de comprar la casa de esta dirección, al señor Smith.

—¡Ah! Ya sé cuáles son esas casas. Son dos, preciosas. Se hicieron hace un año más o menos.

—Pues necesito muebles o esta noche dormiré en el suelo.

—Ah, pues eso no puede ser. La doctora no puede dormir en el suelo. —Sonrió—. ¿Qué desea en concreto?

—Todos los muebles y electrodomésticos para la casa. Se los compraré a usted. Y complementos que tenga para ella.

—¿En serio?

—Y tan en serio. No voy a irme a otro lado si usted tiene lo que necesito, le dejaré la tienda sin muebles, aunque me lleve los que tiene en la exposición.

—No será necesario, tenemos la fábrica a cinco kilómetros. Algunos del catálogo que le voy a mostrar no los tenemos, pero hay mucha variedad.

—Vale, pues empecemos por los dormitorios de arriba, tengo dos el principal, cama supergrande. Me encantan las camas grandes. Colchones, almohadas. Cómodas altas y con muchos cajones y cajoncitos arriba y mesitas de noche, silloncitos...

La señora Mabel le enseñó los catálogos y ella fue eligiendo. Lo cierto es que los muebles eran modernos, bonitos y tenían un buen precio. Amuebló otro de los dormitorios y algunos accesorios para los baños, y el otro dormitorio, no necesito amueblarlo de momento como dormitorio. Le voy a poner un gran sofá cama, una mesa, una televisión un equipo de música y algunos pufs en el suelo, una mecedora y una lámpara de lectura.

—¿Quiere también las cortinas y los edredones y sábanas?

—¿Tiene? —Se sorprendió ella.

—Claro, tenemos de todo.

—Perfecto. Pues cinco juegos de sábanas para cada cama. Y las cortinas. —Le enseñó un catálogo y las eligió a conjunto con los sillones de los dormitorios. Y las barras para las mismas.

Y toallas para todos los baños y muebles para meter las toallas de los dos baños y dos secadores de baño, básculas, lámparas y cuadros...

—Ahora vamos a la parte de abajo.

—Los electrodomésticos sabemos las medidas por la otra casa.

—¡Ah, perfecto!

—¿De acero inoxidable?

—Los tenemos.

—Pues todos, hasta los pequeños. —Eligieron vajillas y cocina completa. Con hasta trapos de cocina. Todo de lo más caro y lo mejor.

Esa señora era una eminencia. Tenía de todo y era de lo más eficiente y amable. Eligió una mesa comedor para cuatro, unos taburetes para la cocina, dos sofás preciosos y un sillón una mesita de centro y en la entrada mesitas auxiliares, lámparas, cojines, cortinas, muebles para el patio, mesa, balancines, una barbacoa y los sillones, mantitas para el sofá que a ella le encantaban en invierno. Y para la entrada de la casa dos balancines y una pequeña mesa auxiliar. Equipamiento para la cocina, para todo. Un despacho completo. Toda una casa. Y todo lo que se necesitaba en un hogar. Hasta las lámparas y apliques.

No le faltaba nada.

Cuando hubo elegido todo eran las tres de la tarde. Y pidió perdón a la señora Mabel.

—Me da un poco de vergüenza decirle el precio de todo —le dijo la pobre señora.

—Mujer, es lo que he comprado. Es una casa entera y tiene buenos precios. No se preocupe.

Y pagó con tarjeta. Aunque la señora Mabel, le dijo que podía pagarlo a plazos, ella no quiso.

—Y muchas gracias.

—No se preocupe. Aunque terminemos a las dos de la mañana, tendremos todo allí a partir de una hora. Irán llegando a colocarle los muebles y electrodomésticos. Se lo dejaremos todo listo. Tengo tres personas muy eficientes y hoy es sábado y tenemos poco trabajo y si tengo que ir yo, acudiré también.

—Muchas gracias. Hasta luego, me voy a comer y estaré en casa para cuando vengan.

Lo cierto es, que a las doce de la noche su casa estaba amueblada. Se habían dado una paliza tremenda. Pero tenía casa nueva y muebles a estrenar, una chimenea eléctrica, televisión y un equipo de música en la habitación de arriba y al despacho no le faltaba nada, hasta un pc nuevo. Y todo colocado. Y de lo mejor, no en vano le costó una pasta. Solo le faltaba material de oficina que ya compraría en la librería que le recomendaron.

El domingo, encontró un supermercado abierto, así que podría hacer la compra. Desayunó e hizo una buena compra y en un bazar compró algunos objetos de decoración, cuadros y jarrones, plantas, etc. Y en la librería alguna revista, libros y una buena cantidad de materiales de oficina. Todo se lo llevaron a casa y cuando lo colocó, empezó a sacar las maletas y apilarlo en su vestidor y su baño nuevo. Hizo un par de coladas y planchó algunos vestidos.

Sacó sus zapatos de trabajo para llevarse unos dos pares al día siguiente y dejarlos en la taquilla, si había taquilla personal para cada uno en el hospital, como en Nueva York.

Cuando acabó todo, sí que tenía su casa lista. No había visto a nadie y fue a comer fuera. No le apetecía hacerse de comer, aunque tenía su nevera y despensa llena.

Quería darse una vuelta y echarse después una buena siesta, después de haberle dado un toque de limpieza a la casa. Había trabajado toda la mañana. Tenía su casa preciosa e impecable y toda la tarde para descansar. Se había comprado una tarta pequeña y se tomaría luego el café y la

cena en casa.

Encontró una cafetería en el centro del pueblo, que parecía que era la mejor, porque había bastante gente, y pidió un plato combinado.

Mientras estaba comiendo en su mesa, entró el *sheriff* y ella se puso un tanto nerviosa al verlo. Él miró el local y saludó a todo el mundo y al verla, se dirigió hacia su mesa y se sentó.

—Siéntese, *sheriff* Brown. Está en su casa. —Y fue la primera vez que lo vio reír. Si ya era guapo serio, con esa sonrisa podía derretir un iceberg.

—Parece que ha estado muy ocupada, doctora Vera.

—Las noticias vuelan y aún no conozco nada más que a tres personas en este pueblo.

—¿En serio ha comprado la casa?

—Sí, ya es mía, me encanta mi casita, me faltan las escrituras. He pagado también los impuestos.

—La ha pagado al contado.

—Sí, los cirujanos ganamos muy bien en Nueva York.

—¿Y por qué se vino de allí?

—Quería paz y tranquilidad. Estaba estresada. Me gustan los pueblos y mi director conocía al gerente de este hospital y vine recomendada.

—Y ha comprado todos los muebles...

—Al contado también. Espero que no le suponga un problema mi economía. Me gusta comprar al contado. No me gusta tener deudas. ¿Y a usted?

—Tampoco.

—¿Y usted tiene casa?

—Tengo una alquilada.

—Perfecto.

—La que es igual a la suya. Soy su vecino.

—¡No me lo puedo creer! Me ha recomendado una casa al lado de la suya. Creía que no le gustaba hablarme.

—Hablo poco, lo necesario.

—¿No quiere comer? Le invito.

—¿Que usted me invita? —Se acercó la camarera y él pidió lo mismo que ella.

—Bueno, no es una aberración que una mujer invite a un hombre a comer, a su habitación, ya sabe...

Vino la camarera con el plato y se quedó la frase en el aire.

—Lo siento, *sheriff*, nos hemos conocido de una manera un tanto especial.

—¿Cómo de especial? —La miró a los ojos profundamente.

—Haciendo el amor primero y luego...

—Yo no hago el amor —le dijo bajando la voz y acercándose a ella por encima del plato.

—Entonces, ¿qué hace?

—Solo tengo sexo con las mujeres.

—¡Ahhhh! Bueno, pues haciendo sexo —ironizó ella—. Pero no se preocupe. No hemos hecho nada, olvidado. Acabamos de conocernos en este bar.

—¿Le gusta la ironía?

—Sí, mucho, soy irónica por naturaleza.

—Verá, doctora, tengo una reputación que mantener en este pueblo.

—Lo entiendo. Es usted un chico decente. Virgen ya no.

—Muy graciosa.

—Se lo dije. En serio, su secreto está a salvo conmigo, no en vano me ha indicado comprar una casa a su lado. ¿No será para controlarme?

—No, es que son las mejores casas para solteros que hay.

—¿Somos los dos únicos solteros del pueblo? —le dijo, mostrándole su sonrisa.

—No, pero el resto tienen casa.

—Vale.

—¿Cuándo empieza a trabajar?

—Mañana. Y ya estoy muerta. En cuanto me tome este plato y un postre de chocolate me iré a dormir hasta mañana.

—¿Se quedará para siempre? —Quiso saber Luca.

—Si me gusta, sí. Prefiero los pueblos pequeños y los cotilleos a una ciudad donde nadie se conoce ni se saluda. Y usted, ¿cuánto lleva aquí de *sheriff*?

—Tres años. Nací aquí.

—Entonces es conocido.

—Sí, y por eso quiero que todo siga igual que antes.

—¿Antes de qué?

—De que tuviéramos sexo.

—No hemos tenido nada, *sheriff*, acabo de conocerlo. Es la primera vez que lo veo, de hecho.

—Muy bien. Veo que nos entendemos.

—A la perfección —le dijo con doble intención y él la miró profundamente a los ojos.

Al final pidieron tarta y un café y ella iba a pagar cuando él se adelantó.

—Lo habría invitado, *sheriff* Brown —le dijo, mientras salían por la puerta.

—Nunca dejo que una mujer me pague nada.

—Lo tendré en cuenta. Bueno, hasta que nos veamos, y gracias por la invitación.

—Hasta pronto, doctora Vera.

CAPÍTULO 5

El lunes a las siete de la mañana, Rosa estaba en el despacho del director del Hospital General de Grove Hill.

—Siéntese, doctora Vera —le indicó la silla que estaba frente a su sillón al otro lado de la mesa.

—Gracias, señor Landon. —Y le puso encima su *currículum* y sus referencias. Él las leyó en silencio y al cabo de un rato, le dijo:

—Viene con muy buenas referencias, no en vano mi amigo Sam de Nueva York, me la ha recomendado. Ya él me las envió por fax. Como verá, este es un hospital pequeño. No solo atiende a este pueblo, sino a otros cinco más del condado, incluso a algunos ranchos si tenemos que ir con urgencia. ¿Es usted cirujana?

—Sí, señor.

—Una gran cirujana, según consta aquí. —Leyó sus datos.

—Bueno, si hay que hacer cirugía mayor de urgencia y hay un buen quirófano puedo hacerlo, y si es cirugía menor también. Así como médico de cabecera. Y curas.

—Perfecto. Es usted una doctora completa y que necesitábamos en nuestro hospital. Le explico cómo funcionamos: Tenemos a cada médico asignado a una zona y usted lo tendrá a este pueblo y los ranchos cercanos porque es cirujana y el quirófano lo tenemos en este hospital. Hará las visitas diarias por la mañana.

—De acuerdo.

—Tiene asignado este pueblo más algunos ranchos. Aquí tiene los ranchos. —Y le dio una nota con los nombres de ellos y la situación—. Se encargará también de las cirugías cuando sean urgencias.

—¿Y hay muchas?

—No tenemos muchas la verdad, pero si son urgentes tendrá que atenderlas. Solo tenemos un médico de cada especialidad y los de medicina general van a sus pueblos correspondientes, por eso usted hará sus visitas en este, de siete de la mañana a las doce. Luego tendrá tiempo de hacer un listado de sus pacientes, como le venga bien. Aquí tiene la lista. Y encima de su despacho, una carpeta con el historial de cada paciente. En el ordenador también lo tiene incluido.

—Son muchas cosas.

—Se acostumbrará —le dijo y continuó con su monólogo—: Usted lo organiza en su consultorio que será solo suyo como le venga bien. Allí tiene todo lo necesario. Voy a enseñarle el quirófano, cuando acabe su consulta. Ya tiene a gente esperando. Pase por personal y le darán los uniformes y la llave de su taquilla. Cuando acabe las visitas, pase por Recursos Humanos a firmar el contrato. No cobrará tanto como en Nueva York, pero su sueldo son 6500 dólares mensuales, cirugía aparte, según sea menor o mayor. En este documento, está la relación de lo que cobrará por cirugías que realice. En su trabajo, las visitas a los ranchos están incluidas. Esas no se pagan.

—No se preocupe. Estoy encantada y espero ser de gran ayuda.

—Vale, cuando haga todo eso, se pasa por mi despacho y le enseñaré el quirófano y el hospital.

—Perfecto.

—Ya sabe, por personal primero, le darán la taquilla y su número de despacho. Y su horario será de siete de la mañana a tres de la tarde, con media hora para comer, desayunar o lo que desee. Podrá tomar la media hora en horas que pueda. Eso será de lunes a viernes y un fin de semana cada cinco semanas de guardia. Se turnarán todos los médicos. Y el resto de las salidas,

pues algunas serán casi fuera del horario. Tenga en cuenta que este es un pueblo pequeño. Y, bienvenida, doctora Vera. Ya sabe, casi va a estrenar nuestro nuevo hospital. Lo hemos reformado recientemente. Espero que se sienta a gusto con nosotros. Si tiene alguna pregunta...

—Ninguna. Estoy encantada, señor Landon. Todo está claro. Me va a gustar trabajar aquí.

—Espero que así sea.

—Me voy a mi consulta. Luego paso a ver el quirófano.

Rosa pasó por personal y le asignaron una taquilla y le dieron dos batas de manga corta y dos de manga larga, con el eslogan del hospital y la llave de su despacho. Le entregaron así mismo, la llave de su taquilla y la abrió, dejó su bolso y las batas, se puso una de manga corta, ya que era abril y la temperatura era buena, sus zapatos de trabajo y el móvil.

Cerró y fue a buscar su despacho, el número siete. Le gustaba el siete.

Saludó a los enfermos que la esperaban. Abrió el ordenador y cuando tuvo controlados todas las cosas encima de la mesa, llamó a su primer paciente.

La mañana transcurrió tranquila y los pacientes salían encantados con ella, y cuando acabó, hizo lo que le había ordenado el señor Landon, firmó su contrato y se llevó una copia y pasó por su despacho a que le enseñara el hospital.

Era pequeño, pero estaba equipado con lo último en tecnología para ser un pueblo tan pequeño. El quirófano parecía no haber sido usado.

Pasó por la primera planta donde estaban los enfermos. Había camas para cincuenta enfermos y una UCI. Pero estaba vacía.

La gente en el pueblo tenía buena salud. También tenían una ambulancia para las emergencias. Lo cierto es que estaba contenta, era un hospital en pequeñito para cinco o seis pueblos. Y allí se iba a encontrar bien. Le gustaba.

Ya iba a despedirse del señor Landon y trabajar un rato en su despacho hasta las tres en que salía del hospital, cuando tuvo una llamada de uno de los ranchos cercanos.

Como no era una urgencia como para enviar a la ambulancia, tenía que acercarse porque el paciente no podía ir al hospital por su propio pie. Tenía un problema en una mano y no podía conducir.

—Doctora Vera, pase por recepción. —Cuando se acercó, la auxiliar le dijo:

—Tiene que acercarse al rancho Brown —le dijo la recepcionista que la llamó por megafonía. Es el rancho de Patrick Brown. Tiene un problema en una mano. Está a cinco kilómetros de aquí. Tome la dirección. —Y le dio una nota con la dirección—. Llévese un botiquín de emergencias. Están en enfermería. Dice que se ha machacado una mano. No quiere venir a hacerse una radiografía, y no puede conducir, es un hombre terco, ya lo verá. Le voy a indicar dónde es. Es fácil llegar.

—Espero que sí, no se preocupe. Yo me encargo. —Y cogió de enfermería lo que creía que iba a necesitar y lo anotó en las salidas de productos.

Y salió con su botiquín en la mano, sus utensilios de trabajo y algunas medicinas que le podrían ser útiles. También cogió su bolso de la taquilla porque no sabía lo que iba a tardar y por si ya terminaba tarde y no pasaba por el hospital a la vuelta.

Tomó su monovolumen e hizo su primera visita. Rancho Brown, ¿tenía algo que ver con el *sheriff*...? Se enteraría.

No le costó llegar al rancho, estaba a unos cinco kilómetros, pero se le cayó el alma al suelo cuando llegó. La entrada e incluso el cartel de entrada estaban oxidados y desvencijados.

Parecía un rancho abandonado.

Sin embargo, el lugar era maravilloso, los árboles y la entrada al rancho y el paisaje le encantó. Cuando Rosa llegó a la explanada, la casa y las contiguas estaban antiguas, como si hiciera cincuenta años que no las hubieran modernizado. Las cuadras y todo estaba muy viejo y descuidado.

Llamó a la puerta y le abrió un señor alto, vestido de vaquero, con pelo negro y algunas canas y ojos azules. Debía ser el rancho de algún familiar de Luca, porque eran idénticos.

—Buenos días, señor Patrick.

—¡Qué doctora más guapa! Pasa, hija. Perdona que no haya podido ir al hospital, pero no podía conducir la camioneta. Y, además, está algo vieja ya.

—¿Qué le ha pasado en la mano?

—Se me ha caído un trozo de techo del granero.

—¡Por Dios, hombre! —le dijo, cuando le vio la mano ensangrentada—. Vamos a lavar primero y veremos qué ha pasado aquí. —Se puso los guantes y una vez que le lavó las manos, le tocó todos los dedos y los huesos.

—Afortunadamente no hay ni un huesecillo roto, pero esta uña tengo que quitársela. Está colgando. ¿Está listo, señor Brown?

—Sí, la madre que me parió, está todo tan viejo...

—Bien, le voy a poner un poco de anestesia local, le curo las heridas de la mano y le quito esa uña que volverá a crecer de nuevo, pero que tardará. Vendré cada dos días a curársela. No se quite la venda ni se moje. Ya sabe.

Y cuando acabó, le vendó la mano. Era un hombre muy educado.

—¿Quiere comer, doctora? —Ella miró el reloj. Eran las tres y cuarto. Ya había salido de su turno.

—¿Ha hecho de comer?

—Bueno, me han traído del pueblo un pollo asado y patatas. Y una tarta. Menos mal que es la mano izquierda.

—Pues si me invita podemos comer. Ya tengo hambre y me cuenta un poco de usted —le dijo, intentando averiguar algo de Luca.

—¿Ponemos la mesa en el porche? —le preguntó Patrick.

—Por mí perfecto.

Pusieron la mesa en el porche y ella calentó en el viejo horno las patatas y el pollo. Sacó agua porque le había mandado no tomar alcohol por las pastillas, porque cuando se le quitara el efecto de la anestesia le iba a doler la uña. Parecía que el hombre le iba a hacer caso. Era un buen paciente por el contrario de lo que le habían dicho.

—Y dígame, doctora, ¿es nueva en el pueblo?

—Sí, vengo de Nueva York. —Y le contó que tenía necesidad de irse a un lugar más tranquilo y se vino aquí, que era española y que ya no tenía familia. Que llevaba dos días en el pueblo y que le encantaba—. ¿Su hijo es el *sheriff*?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Me paró en la entrada del pueblo cuando vine, y por el apellido... Además, se parecen mucho.

—Ese muchacho... menos mal que se ha centrado. Su madre murió cuando era pequeño. Era una italiana guapísima, y se hizo un rebelde en la adolescencia. Fue eso que se llama un chico malo. No quiso ayudarme en el rancho. Se iba y regresaba de madrugada. No quiso estudiar tampoco. Solo se metía en líos. Hasta que, a los dieciocho años, me dijo que se iba al ejército.

Siempre me culpaba de la muerte de su madre.

—¿De qué murió?

—De cáncer. ¿Ve allí arriba en la colina una cruz blanca de madera?

—Sí, la veo. —Y observó la vieja cruz también desvencijada y le dio pena.

—Allí está enterrada mi mujer. Beatrice, se llamaba. Yo subo los domingos a ponerle flores, pero mi hijo no va nunca. Me culpa de la muerte de su madre, lo sé.

—Usted no tiene la culpa. No se sienta responsable, los chicos siempre buscan un culpable. He visto miles de personas morir de esa maldita enfermedad. ¿Y se fue al ejército?

—Sí, allí estuvo nueve años. Fue a Irak. Dios sabe lo que yo quiero a mi hijo. —Y ella sintió pena por ese hombre que había tenido una vida de soledad—. Y ahora vino, y como el *sheriff* se jubiló, ahora es el *sheriff* del condado. Es bueno, íntegro, honesto y lleva muy bien el condado. Estoy orgulloso de él, pero quiere pagarme una casa en el pueblo y mantenerme y no puedo consentirlo.

—¿Y eso por qué?

—No puedo consentirlo porque gana cinco mil dólares y si paga dos casas y dos bocas que alimentar... Dice que tiene dinero ahorrado, pero yo no quiero que gaste su dinero. Además, no soy un viejo. Puedo encontrar trabajo.

—Por supuesto que no, ¿qué edad tiene?

—Cincuenta y cinco años.

—Es un hombre joven aún.

—Gracias, doctora.

—¿Y el rancho?

—Está embargado.

—¿En serio? —dijo, terminando el último trozo de pollo.

—Mire y dígame lo que ve.

—Bueno, está un poco viejo y las casas también. Pero es maravilloso. ¿Qué ha pasado para que el rancho haya llegado a esta situación?

—Tuvimos cuatro años malos y tuve que despedir al personal y los bancos están al acecho, pero este rancho ha sido siempre bueno, con muchos caballos y podría ser igual de bueno.

—¿Nadie quiere comprarlo?

—Los chicos que he tenido no tienen dinero y el banco querrá hacer casas, como siempre. Me van a quitar el rancho por nada de dinero. En veinte días tengo que irme.

—Y su hijo no quiere el rancho, digo, aunque sea para quitar el embargo.

—No tiene suficiente para ello. Y aunque lo tuviera, habrá que invertir y empezar de nuevo.

—Bueno, bueno, Patrick, ¿cuánto vale un rancho de estos?

—¿Le interesa? —dijo todo emocionado.

—Puede ser.

—¿A una doctora? ¿Y eso por qué?

—Sí, me gustan los ranchos. Siempre he invertido. Mis padres tenían olivos en España y cortijos, y mis abuelos también y los he vendido. No tenía sentido quedarme en España cuando mi lugar está ahora aquí. Mi abuelo murió hace apenas un mes y me gusta el campo. Soy de campo. Da igual un cortijo que un rancho. Así que dígame, ¿cuánto tiene embargado?

—Medio millón de dólares.

—Eso es una fortuna y ¿cuánto vale un rancho como este?

—Este rancho es grande y costaría al menos cinco millones de dólares la tierra nada más.

—Y se lo quieren quitar por quinientos mil dólares. Claro que está hecho una pena y habría que invertir mucho dinero.

—Eso es. ¿Quiere café?

—Sí, no estaría mal. —Le gustaba Patrick y estar allí. Sintió paz y no tenía ganas de irse.

—Espere y lo traigo.

—¿Puede con la mano? —Se interesó ella.

—Sí, señorita.

Mientras Patrick fue a por el café y la tarta, ella se levantó y miró a todos lados y a lo lejos, y a pesar de cómo estaba todo, lo imaginó precioso. Un remanso de paz. Cuando Patrick dejó el café en la mesa, fue a por el suyo y se volvió a sentar a su lado tomando un trozo de tarta.

—Y dígame, Patrick, imagine que quiero comprar este rancho y hacerlo próspero como en sus buenos tiempos. O mejor.

—Tendría que darle un repaso a las tierras, a las vallas, hacer nuevos graneros y cuadras, comprar caballos.

—Y arreglar las casas —añadió ella.

—Si quiere...

—Por supuesto. Hacer casas para los chicos y que se queden. ¿Cuántos chicos cree que debería contratar? Me quedaría con usted, por supuesto. Usted sería como el dueño y dormiría en la casa grande como siempre lo ha hecho. Soñemos, Patrick Brown —le dijo, echándose hacia atrás en la mecedora desvencijada.

—Contrataríamos un capataz que sepa de contabilidad y sea un gestor de nóminas. No se ponga triste, usted sería el que estaría al tanto de todo, como el capataz. Entre los dos tendrían que solucionar el rancho. El capataz estaría a sus órdenes. —Y a Patrick se le vio un destello de felicidad soñando en un rancho como el que tuvo.

—Si pudiéramos contratar un capataz así y que su mujer supiera cocinar... y limpiar las casas, le haríamos una casa para ellos, un barracón grande con cocina y salón abajo, y camas y baños arriba para el resto de los chicos. Sembraríamos nuestro propio grano para el ganado, si hay tierras para eso y compraríamos la maquinaria necesaria. ¿Cuántos caballos necesitamos? —Patrick estaba con la boca abierta imaginando. Esa mujer era un todoterreno de ideas.

—Podríamos tener en principio entre doscientos o trescientos y criarlos.

—¿Cuánto vale un caballo?

—De seiscientos a mil dólares o más.

—Pongamos mil. Eso serían si compramos mil, un millón de dólares.

—¿Y cómo están los sueldos de los vaqueros?

—Dos mil quinientos dólares más o menos y el capataz dos mil ochocientos.

—Estupendo, diez chicos y el capataz, su mujer, más usted.

—Con eso tenemos. ¿En serio se lo va a pensar?

—Ya lo he pensado. Demos un paseo por el rancho.

—Enseguida.

—¿Le duele la uña?

—Un poco.

—Pues tómese la pastilla y vamos a dar una vuelta por este rancho.

Subieron a unas colinas y vieron un riachuelo.

—¿Hay un arroyo!

—Sí, señorita, y tiene agua. Tiene más en invierno. Llega hasta aquellas colinas. Donde se ven las vallas que casi no se ven.

—No se preocupe, Patrick, me hago una idea. Me alegro de haber venido. Vamos a ver, Patrick —le dijo, mientras bajaban por las colinas—. Vamos a hacer un trato.

—Lo que usted diga, doctora.

—Antes de eso, ¿conoce un buen capataz?

—Sam Morris, lo tuve que echar ya que no podía pagarle. Su mujer sabe cocinar muy bien. Es un gran chico. Tiene treinta y cinco años y estudió contabilidad y finanzas en la Universidad, pero ahora están sin trabajo los dos.

—Perfecto. Lo llama y a su mujer y nos vemos mañana aquí a las seis de la tarde. ¿Puede ser?

—Sí, señorita.

—¿Abren los bancos por la tarde?

—Sí. Solo hay uno en el centro del pueblo.

—Perfecto. Nos vemos mañana a las seis, traiga a Sam y a su mujer. Y Patrick. Esto es un secreto, nadie debe saber que ahora va a ser mi rancho. Ni su hijo. Su hijo menos. Ya tendrán tiempo de enterarse. Vamos a convertir este rancho en el mejor del condado.

—¿En serio?

—Y tan en serio. Anímese, que tenemos mucho trabajo.

Y el padre de Luca iba a darle la mano muy emocionado, pero ella lo abrazó fuerte

—Ya verá, confío en usted.

—No voy a defraudarla.

—Será un bonito rancho. Así podré venir a descansar los fines de semana.

Y lo abrazó de nuevo.

En ese momento llegó el coche del *sheriff* Luca; ella lo vio y le dijo al padre:

—Ni a su hijo.

—No se preocupe, soy una tumba.

—¿Una tumba para qué? —dijo en esos momentos Luca.

—Para nada, hijo.

—¿Qué ha pasado, papá?

—Tu padre se ha machacado la mano, se le ha caído parte del granero. Afortunadamente no le ha pasado nada, no tiene huesos rotos. Solo le he tenido que extirpar una uña. Ahí le he dejado unos analgésicos. Nada grave.

—Papá, te he dicho mil veces que dejes este rancho ya.

—Aún me quedan veinte días hasta que me echen.

Ella permanecía en silencio.

—Bueno, Patrick, debo irme ya. Tengo que hacer unas gestiones. Gracias por el pollo y el café. —Y mirando a Luca, le dijo—: Tu padre me ha invitado a comer, así que voy a por otro café y un trozo de tarta, que me lo merezco. Hasta mañana, Patrick, pasaré a verlo.

—¡Adiós, señorita Vera!

—*Sheriff*...

—¡Adiós, doctora Vera!

—¿A que es la mujer más guapa que has visto? Inteligente y buena. Si tuviera veinte años menos.

—Papá...

—Es encantadora y no ha tenido remilgos a la hora de comer conmigo. Hemos pasado un rato agradable en el porche y hemos subido a la colina. Le ha encantado el arroyo. De lo mejor que he visto por estos lares desde hace años.

—Ya veo que te ha gustado mucho, ¿pero no es algo joven para ti?

—No dices más que tonterías. Eres un mal pensado. Podría ser mi hija. Yo nunca sería capaz de eso, ni ella, así que no la insultes. Y si quisiera una mujer más joven no podías achacarme nada, sería mi vida, no la tuya. Nunca desde que murió tu madre ha habido ninguna mujer. Así que no tengo que darte explicaciones en ese sentido.

Vaya, su padre sacando la cara por esa morena pequeña. Por donde iba, conquistaba a la gente. Hasta a su padre.

Pero no sabía lo que él, que se acostaba con el primero que se lo propusiera en cualquier motel de carretera, claro que él no era nadie para criticarla, había hecho lo mismo.

El caso es que esa pequeña pija le gustaba y no quería reconocerlo. No había dejado de pensar en ella desde que tuvo su cuerpo bajo el suyo y sobre el suyo y su boca en...

—Hijo...

—¿Qué pasa, papá?

—Eso digo yo, te estoy hablando.

—Perdona. Tengo muchos problemas, bueno, me voy ya. Ten cuidado y tómate esas pastillas que te ha recetado la doctora. Adiós.

—Adiós, hijo. Ven cuando quieras.

CAPÍTULO 6

Iba por el camino al pueblo cuando le pasó el coche del *sheriff* y con el brazo le dijo que se parara en el camino. Aún no había salido del rancho y se paró. Se bajó del monovolumen y se echó en el coche esperándolo. Él se bajó del coche y se acercó a ella. Puso los brazos atrapándola contra el coche.

—Me está asustando, *sheriff*.

—Dudo que te asustes tú por nada. ¿Por qué abrazabas a mi padre?

—Porque es un buen hombre y estaba emocionado. Le van a quitar su rancho.

—Y ¿abrazas a todos los hombres que se emocionan? —Su cara estaba casi pegada a la suya y veía sus ojos azules y transparentes. Si hacía un movimiento rozaría sus labios.

—No, a todos los que me parecen buenos hombres.

—¿Y también te acuestas con ellos?

—No, solo con los que me gustan mucho, como tú. Para eso los prefiero más jóvenes.

—Eres una descarada.

—Puede ser, pero me estás preguntando y como buena ciudadana respondo al *sheriff* y esa referencia a tu padre es una falta de respeto a los dos.

—Perdona. ¿Y con cuántos te has acostado?

—Pues contándole a usted, *sheriff* Brown, con siete. Claro, una vez tan solo, una vez con cada uno en unos siete años. Menos dos que no cuentan porque no tuve ningún orgasmo, cinco en total. Pero guarde cuidado, los supera con creces al resto. Lo digo en serio.

—No sé qué hacerte, doctora Vera. —Y pegó su cuerpo al suyo para que sintiera su dureza.

—Usted verá, me puede poner una multa, aunque preferiría que me cacheara.

Él movía la cabeza de un lado a otro y en un instante pegó su pecho a los pechos de ella y la besó. La cogió por la cabeza y la besó profundamente, y ella le echó los brazos al cuello y se pegó a él; sintió su excitación como un volcán ardiente.

—Esto no puede ser —dijo él retirándose de ella.

—Pues no lo haga, *sheriff*.

—Me pones duro, me excitas como un adolescente.

—Pero no te gusto. Soy una chica pija de ciudad que se acuesta con cualquiera en un motel de carretera. Lo he entendido.

—Perdona, no es... No quiero que me gustes, que es distinto.

—Pues no puedo hacer nada por usted en ese sentido.

Quitó los brazos y la dejó ir.

—Puedes irte.

—Ha sido un placer, Luca —lo llamó por su nombre—. No sufras. Sigue tu vida como antes.

Él se la quedó mirando con su bata blanca, su maletín y sus zapatos de trabajo. Con una coleta alta y sin pintar apenas, estaba para morirse, no sabía que tenía esa pequeña mujer que lo atraía tanto.

Hasta había sentido celos cuando la vio abrazada a su padre. Su padre aún era joven, tenía cincuenta y cinco años y se mantenía bien. Era atractivo para su edad.

Esa mujer le iba a traer problemas a su estado mental. La deseaba y tenía ganas de poseerla de nuevo, no pensaba en ninguna mujer que le quitara el sueño salvo ella y tenía ganas de entrar de nuevo en su cuerpo para ver si la olvidaba de una vez por todas.

Era guapa, lo atraía un montón y tenía unos ojos verdes que mataría por ella. No recordaba haberse sentido como un adolescente como hasta ahora. Maldita fuera...

Rosa se paró en la cafetería del centro y se tomó un café. Había llevado su bolso al rancho por si salía tarde y así fue, porque se entretuvo demasiado. Como no recibió llamadas del hospital, se tomó otro café y un trozo de tarta y se fue directa al banco. Pidió hablar con el director y este la atendió en su despacho.

—Pase, doctora Vera, siéntese.

—Muchas gracias. Bueno, vengo por un tema que me gustaría permaneciera en secreto. Tratarlo con usted con total discreción.

—Dígame y así se hará.

—Quiero levantar la hipoteca del rancho Brown.

—¿Qué me dice?

—Sí, así es, quiero invertir y usted y el señor Brown son los únicos que lo saben y así me gustaría que permaneciera de momento en secreto, aunque seguro que será por poco tiempo.

—Bueno, no tenemos a nadie que haya levantado la hipoteca del rancho. ¿Sabe que son quinientos mil dólares?

—Sí señor, sé la cantidad. Si hubiese comprado el rancho tal cual está me saldría más caro. Por eso es una buena inversión para mí. Quiero renovarlo.

—Bien, pues tendrá las escrituras cuando pague.

—Pues voy a pagar ahora mismo. ¿Cómo poner las escrituras a mi nombre?

—Nosotros le damos unas notificaciones de levantamiento del embargo y la escritura y va a la notaría y se la ponen a su nombre.

—Bien perfecto. —Sacó su tarjeta y pagó. El director se quedó sorprendido. Le dio las escrituras y el levantamiento de hipoteca. Le preguntó por la notaría y pasó por ella. Y allí dejó los documentos necesarios, pagó la minuta y al día siguiente tendría la escritura a su nombre.

Perfecto. Vaya días que llevaba. Pero el dinero que tenía iba a invertirlo en ese rancho. Quizá lo perdiera, pero si perdía ocho o nueve millones de dólares, no era nada comparado con todo lo que tenía.

Digamos que era el capricho más grande que se iba a permitir. Miró su cuenta corriente y tenía unos ciento treinta y nueve millones, doscientos veinte mil dólares. Había tenido que pagar impuestos de la casa, del rancho, la inmobiliaria y la notaría.

Invertiría los nueve millones o diez, ya vería, en ese rancho y aún le quedarían ciento treinta millones y el pico si era necesario. Con ese dinero dejaría el rancho que no lo iba a reconocer nadie.

Y sería suyo y del padre de Patrick que viviría allí como uno más. Le había producido una profunda ternura. Quizá empatizara tanto porque estaban solos y porque le parecía un buen hombre, solo que no había tenido suerte. Y nadie lo iba a sacar ahora de ese precioso lugar que le había encantado.

Cuando llegó a casa eran las ocho de la noche, se duchó, se puso un chándal fino y se hizo un plato de sándwiches variados grande. Metió unos pocos en la enorme nevera que se había comprado, sacó en un platito unos pocos y una cerveza sin alcohol y salió a la calle.

Dejó la puerta abierta y se sentó en uno de los dos sillones balancines que compró para el porche. Puso unas servilletas, el platito con los sándwiches y la cerveza sin alcohol y se sentó a comer tranquilamente mientras una suave brisa corría.

Tenía sus pensamientos en la inversión en el rancho. Iba a hacer feliz al padre de Luca y se iba a gastar una pasta, sin saber si iba a obtener beneficios, pero iba a dar trabajo y a tener una

propiedad por poco dinero.

Cuando hiciera su inversión, aún le quedarían casi ciento veintinueve o ciento treinta millones de dólares más o menos, más su sueldo, toda una fortuna. Y tenía casa nueva con muebles, coche nuevo y un vecino serio y *sexy*.

Iba a tener un rancho precioso. Al menos le costaría unos millones. Tenía de tope diez, pero seguro que le sobraría. Lo iba a conseguir y si amortizaba bien, y si no amortizaba el dinero, tendría un lugar maravilloso donde ir a relajarse. Y una inversión que era lo que quería en realidad. En Jaén, había olivos y en Alabama, ranchos. Y eso iba a tener, un buen rancho.

En ese momento, paró el coche de Luca en su garaje. Y cerró por fuera. Cruzó el césped y fue a su casa a saludarla.

—Hola de nuevo, autoridad —le dijo irónica, pero ese hombre la ponía a cien, y nerviosa.

—Déjate de ironías, doctora.

—Bueno, ¿quieres una cerveza?

—¿Me invitas?

—Claro, y a cenar, tengo de sobra —dijo, señalando el plato.

—Acepto —dijo Luca y se sentó en el otro balancín.

Rosa fue a la nevera y sacó una cerveza y el plato de sándwiches y servilletas.

—Puedo acostumbrarme.

—Ven cuando quieras. Te invitaré a cenar.

—Gracias. Tu casa es preciosa, los muebles que se ven desde aquí son maravillosos. —

Había mirado desde fuera.

—Los compré en la tienda de Mabel.

—¿Al contado todos?

—Sí.

—¿Cuánto dinero tienes?

—Eso no se pregunta, *sheriff*, pero no he robado ningún banco. He heredado y quiero invertir.

—¿De dónde eres?

—De España. Del sur.

—¿Qué lejos!

—Sí, me fui a la Gran Manzana a los dieciocho. Allí estudié medicina en la Universidad de Manhattan y luego la especialización... nueve años.

—¡Vaya, doctora!

—Sí, me especialicé en cirugía.

—¿Y por qué has venido al culo del mundo?

—Quería un lugar tranquilo y pequeño y me recomendaron este. Ya se lo conté el otro día.

—No te has casado...

—No, nunca. No he tenido tiempo ni he conocido a un hombre para ese evento. Y tú, ¿qué me cuentas?

—Me fui al ejército a los dieciocho también. —Mientras daba un sorbo a la cerveza.

—¿No te gustaba el rancho?

—Era un rebelde, la verdad. No me lo planteé. Siempre estaba metido en líos y mi padre no podía conmigo. Tiene el rancho embargado, ¿lo sabes?

—Sí, me lo ha contado esta tarde. Me da pena. El lugar es maravilloso. El arroyo me encanta.

—Ya no hay solución. Ha pedido muchos préstamos y le dije que hiciera una auditoría,

pero no me hizo caso.

—Lo siento.

—Es un cabezota. No quiere que le pague una casa y le dé un sueldo mensual.

—Eso sería para él un fracaso. Tiene cincuenta y cinco años. Ponte en su lugar. Es un hombre joven.

—Estás muy enterada.

—Me ha contado muchas cosas esta tarde. Es un hombre muy especial. Me gusta tu padre.

—¿Te gusta como hombre?

—¿Y qué si así fuera? —bromeó ella.

—No te dejaría.

—Me parece que eres un poco bobo. Sería como un padre para mí. Me gusta como persona. Deja de pensar mal. Me cae bien. Creo que es mutuo, sí, hemos conectado. Y te quiere mucho.

—Lo sé.

Y se quedó callado un rato en silencio. Cuando acabaron de comer...

—¿Quieres más?

—No, gracias.

—¿Y café?

—Eso sí. Sin azúcar.

—Con tarta.

—Es una cena completa.

—Completa.

—Pues sí, un trozo.

Y mientras ella entró a hacer café, él recogió los platos y las botellas y lo metió todo dentro y cerró la puerta. Ella se dio cuenta y sabía qué iba a pasar.

—¿Por qué has cerrado la puerta?

—Porque lo que quiero hacer, no quiero que nadie lo vea.

Se puso tras ella y la cogió por la cintura, atrapándola contra la encimera y bajó su boca al cuello de ella y la besó, en el cuello, en la oreja...

—No vamos a tomarnos el café si sigues así, jefe.

—Lo tomaremos después. —Y ella sintió su sexo duro y lo deseaba, lo deseaba desde aquella noche en que tuvieron su primera relación sexual.

Ella se dio la vuelta, la cogió por la cintura, la subió a su altura y la besó apasionadamente. Su lengua buscaba la suya y recorría los rincones de su boca en una danza sin fin. Metió sus manos entre el chándal y se la quedó mirando.

—No llevas sujetador.

—Me acababa de dar una ducha e iba a dormir. No lo creía conveniente.

Le tocó sus pezones pellizcándolos y le quitó la parte de arriba del chándal, la de abajo y el tanga, y la subió a la encimera, se bajó los pantalones y se puso un preservativo y entró en ella como un poseso ansioso y apagó su grito con un beso.

—Ohh, nena. Esto es...

—Perfecto —dijo ella entre gemidos.

—¡Dios!

Entraba y salía de ella y su piel se estiraba y se contraía entre sus músculos, mientras la acariciaba por las caderas y besaba sus pezones. No podía aguantar esa maravillosa sensación que le embargaba al estar dentro de ella, avivó el ritmo y alcanzaron un orgasmo juntos

inigualable, mientras sus cuerpos temblaban.

Cuando Luca salió del baño, ella había puesto los cafés en el sofá y se había vestido. Él salió muy serio, como siempre era.

—¿No quieres el café?

—No me apetece. —Ya había cambiado, ya era el Luca serio y lejano.

—¡Siéntate un momento, Luca!

—Tú dirás. —Se sentó.

—¿Qué te pasa conmigo?

—No me pasa nada —dijo serio y distante.

—¿Crees que puedes llegar a mi casa, hacer el amor o tener sexo conmigo e irte sin más? No puedes hacerlo.

—Eso has hecho con otros, según tú.

—Sí, lo he hecho, pero ahora es diferente.

—¿Y eso por qué?

—Porque me gustas mucho, porque te veo demasiado y porque vives a mi lado y vivimos en el mismo lugar. No voy a ser tu desahogo sexual, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo. —Y sin decir una palabra, se levantó y se fue sin siquiera mirarla.

No, no iba a perder el tiempo en entenderlo. Estaba segura de que ya no volvería más ni haría el amor con él, pero era lo mejor.

No iba a consentir esos cambios de humor, no tenía por qué y no quería problemas con los hombres, aunque le gustaran demasiado como Luca.

CAPÍTULO 7

Al día siguiente, cuando terminó de atender a sus pacientes, se metió en el despacho a leer los informes de los mismos. Tenía que terminarlos en unos días y estar al tanto de sus enfermedades y demás.

Comió fuera, porque con tanto ajeteo no tuvo tiempo por la tarde de hacerse nada y eso iba para unos cuantos días. Así que a las tres y media estaba comiendo en la cafetería del centro. Luego se iría a descansar un rato y por la tarde tenía cita en el rancho.

En ese momento entró Luca, pero ella desvió la mirada y él ni la saludó. Se quedó en la barra. Muy bien, así estaba la cosa. Era un tipo con heridas. Pero esas heridas ella no iba a curarlas. Cuando terminó, pagó y se fue.

A las seis estaba en el rancho con una carpeta.

—¡Hola, Patrick!, ¿cómo va esa mano?

—Mejor con los analgésicos.

—Mañana te quitamos esa venda y te miro de nuevo.

—Doctora Vera...

—Rosa, Patrick, llámame Rosa.

—¡Ah!, prefiero doctora Vera

—Bueno...

—Le presento a Sam Morris y a su mujer Margaret. Él trabajó aquí y sabe contabilidad y finanzas como le dije ayer.

—Muy bien, encantada. Sam, Margaret... Ya os habrá dicho Patrick quién soy y que no quiero que nadie sepa que soy la dueña ya de este rancho. Ayer me quedé con él. En un par de días las escrituras estarán a mi nombre. Aunque este es un pueblo pequeño y la gente se enterará más tarde o temprano.

—Estoy emocionado. Al menos no se quedará el banco con el rancho —dijo el padre de Luca.

—No te preocupes, Patrick, ya verás qué tengo pensado. Bien, les voy a explicar qué vamos a hacer. —Y se sentaron todos en el viejo porche de la casa grande.

—Aún las dos casas están habitables, pero quiero hacer las dos cosas a la vez. En cuanto tenga las escrituras voy a llamar a un arquitecto que sea bueno.

—En Evergreen hay uno estupendo —dijo Sam.

—Muy bien. Necesito tu teléfono, el de tu mujer y el de Patrick para empezar. Y el del arquitecto. —Y los anotó en su móvil y ellos anotaron el suyo.

—Durante el trabajo no se me puede llamar. A partir de las tres de la tarde, ¿vale? Si no contesto, me dejan el mensaje. Puede que esté en una urgencia.

—Bien —dijeron todos.

—Bueno, he pensado —siguió Rosa— que si pueden dormir un tiempo los chicos en el barracón viejo podemos contratarlos ya. Tú te encargarás de eso, Sam, serás el capataz del rancho

—¿Yo? —dijo Sam sorprendido.

—Sí, tú y tu mujer, la cocinera. ¿Tenéis casa en el pueblo?

—Alquilada.

Podéis mudaros aquí, aún no podéis vivir en las mejores condiciones, pero será de lo primero que haga. Margaret, si puedes acondicionar el pabellón y las casas. Mira qué tenemos de sábanas y toallas y demás ropa y haz coladas y arregla un poco hasta que se hagan los nuevos pabellones. Si algo imprescindible hay que comprar, me haces una lista

—Sí, señorita.

—¿Contratamos diez chicos de momento? Si luego nos hacen falta más cuando tengamos los caballos, los contrataremos.

—Vale, diez —dijo Patrick.

—Sí. Patrick estará por encima de ti. Sam, entre los dos vais a comprar y llevar el rancho; tú también la contabilidad y las finanzas. Yo las revisaré. Patrick se encargará de que todo esté en orden y comentareis todo. No quiero problemas entre los dos.

—No los habrá. Hemos trabajado juntos muchos años.

—Bien, el sueldo... dos mil ochocientos dólares mensuales más la comida y casa para vosotros dos y los chicos igual que tu mujer, dos mil quinientos. Se encargará de la comida de todos y limpiar las casas, ¿qué te parece, Margaret?

—Señorita, eso es más de lo que nunca podíamos soñar. Gracias.

—Es que vamos a trabajar duro, sobre todo al principio. Hasta poner en marcha el rancho.

—¿Qué os parece el sueldo? Ten en cuenta, Sam, que debes llevar la contabilidad también y yo le echaré un vistazo

—Me parece magnífico. Gracias.

—Os cambiáis cuando queráis. Id llamando a diez chicos trabajadores. Esto es lo que tengo en mente en la lista. Os cuento. —Y sacó su lista.

»Uno. El ganado es lo último que entrará. Cuando todo lo tengamos listo. Yo calculo que en dos o tres meses. Mientras...

»Dos. Entre todos vais a limpiar este rancho de cabo a rabo. Hasta los hierbajos del arroyo. Vamos a poner una placa con el nombre nueva. El nombre del rancho será el mismo. Ya está registrado, y me dará el gestor a mí de alta como ganadera. Eso lo tendré que averiguar esta semana.

»Tres. Lo limpiaremos y compraremos vallas nuevas de madera para todo el rancho, blancas, bonitas y altas; y una bonita entrada.

—¿Qué bien! —dijo Patrick. Estaban entusiasmados y aún no había terminado.

»Cuatro. Me pasas el número del arquitecto. Voy a hacer una casa nueva, reformada, con garaje, una casita para el capataz, y un barracón precioso para los chicos, pondré para veinte chicos, por lo que pueda pasar en el futuro, y necesitamos a más gente. Les pondré abajo una cocina y una gran mesa, un fuego, aseo y lavadero, y una gran sala de juegos y tv. Arriba, sus baños y habitaciones individuales.

»Cinco. En la casa grande voy a hacer una entrada independiente con un despacho para ti, Sam, que utilizarás en la contabilidad, y al lado un gran dormitorio para Patrick completo, como una gran *suite*. Estas tendrán acceso al salón, tu despacho, tendrá una puerta, pero estará cerrada por dentro, ¿vale? Por si entro yo. Patrick podrá utilizar la parte de debajo de la casa. La de arriba será mía. Y la de abajo la compartiremos. Margaret trabajará hasta dejar la cena hecha. Si somos pocos, haces para todos y ya está. Si algunos días como en el rancho, me llevas la comida. Eso no tiene importancia. Sobre las cuatro se irá al resto de las casas o a las tres. Según termine. Ella se administrará bien como quiera. Y hará las listas de la compra.

—Lo que usted diga, doctora

»Seis. Vamos a hacer un granero para el grano y si podemos aprovechar, sembraremos grano para nuestros caballos. Si hay tierra para hacerlo.

—Sí, hay unas tierras al sur del rancho que pueden servir —dijo Sam.

—Pues esas. En cuanto se limpie el rancho se preparan para el sembrado. Uno de los chicos que sepa de campo, Sam, y se encargue de ello. —Y este asintió.

»Siete. Y otro almacén enorme al lado del granero para las herramientas y la maquinaria del campo.

»Ocho. Y por fin las cuadras. Y un rodeo. Con todo lo necesario. Quiero listas de útiles, en cuanto se limpie el rancho y las vallas estén colocadas. Las cuadras me gustaría que estuvieran más lejos de la casa. Haremos cuadras para mil quinientos caballos. Si tenemos que contratar a más chicos... lo haremos. ¿Qué os parece?

—Me parece una locura. ¿De dónde va a sacar tanto dinero? —preguntó Patrick.

—No te preocupes, Patrick, por eso. Compraré dos todoterrenos, dos camionetas y cubículos para llevar caballos.

—Mejor tres camionetas, señorita, y un todoterreno.

—Hecho. Estará aquí en cuanto las compre. Las vamos a necesitar. Los cubículos después. ¿Y cuándo vayan pariendo los caballos qué hacemos?

—Tendremos que ir vendiendo, de eso se trata, señorita.

—Bueno, de eso os encargáis vosotros. Ese es vuestro trabajo, hacer próspero mi rancho. Yo voy a levantarlo. Otra cosa, forma de pago, hacéis los pedidos y yo hago las transferencias. Y tú vas guardando los recibos, Sam, cuando tengamos hecho el despacho, ya te encargarás de ir metiendo los datos.

—Perfecto.

—Bien, pues llamo al arquitecto y quedo con él, os mudáis, vais buscando los chicos y empezamos a limpiar esto. Si faltan herramientas, ya sabéis, una lista y el chico que trabaje en el campo que me haga una lista de herramientas también y maquinaria, y quiero unas vallas blancas y altas, y un nuevo letrero. Estamos en contacto. Patrick, hemos de aprovechar todo cuanto tenemos de sábanas, mantas y toallas viejas, haz coladas y que te ayude Margaret. Y calculad los metros de vallas y las compras, solo tenéis que decirme qué comprar y hago la transferencia, que os den el número de cuenta para transferir y la cantidad. Y otra cosa, Patrick, quiero que cuando esté limpio el campo, encargues una lápida y una buena cruz para Beatrice, con su nombre y su fecha. Como deben hacerse las cosas y que la pongan como es debido, con unas vallas rodeando el cementerio. —Y Patrick se emocionó.

—Vale —dijeron todos.

—Pues me voy. Si me da tiempo de llamar al arquitecto y de ir a la gestoría lo hago esta tarde. Mañana voy al notario y a la inmobiliaria, y vendré temprano a curarte y a ver qué tal va todo.

—Adiós, doctora.

—Adiós, chicos. ¡Ah, Margaret! Mañana a las cuatro en el supermercado. Haremos una compra para que empieces a cocinar ya.

—Perfecto, señorita Vera. Y muchas gracias.

—¿No es una gran mujer? —dijo Patrick, cuando se fue Rosa.

—Es nuestra lotería, pero haremos que se sienta orgullosa de nosotros. A trabajar —dijo Sam.

Ella llamó al arquitecto y quedó en dos días en el rancho a las cinco.

Pasó por el banco y se hizo una nueva cuenta con su tarjeta a la que transfirió diez millones de dólares. No tendría en cuenta los gastos anteriores. Pasó por la gestoría y se dio de alta como ganadera y pagó con su cuenta. A partir de ahí, todo se cargaría a la del rancho. Ya estaba lista para pagar impuestos. Vaya año que llevaba. Sam se encargaría de llevar sus registros.

Margaret limpió un poco la casa del capataz para mudarse porque estaban casi en una situación precaria, económicamente hablando, y les había aparecido un ángel de la guarda: la señorita Vera.

Esa noche del martes, Rosa no vio a Luca, ni ella salió a la calle ni oyó su coche. Se acostó temprano. Tenía otras cosas más importantes en las que trabajar.

Al día siguiente, tuvo muchos pacientes, y muchos papeles en su despacho. Alguna cirugía menor, y unas charlas con una enfermera que le consultó acerca de una herida. También le dio tiempo de seguir estudiando los informes de sus pacientes.

Al menos se leía cinco diarios a conciencia. En dos o tres semanas creía saberlo todo de ellos. Quería tenerlos antes de tener su primera guardia. Y pasarse por los ranchos que tenía a su cargo.

A las tres y cuarto estaba comiendo como siempre en la cafetería. Luca no estaba ese día, mejor.

A las cuatro fue al supermercado y entre ella y Margaret, llenaron el monovolumen.

Ellos se habían cambiado al rancho por la mañana y Margaret llevaba una lista de herramientas de momento. Por si podían comprarlas.

Pararon en un almacén y se las llevaron. Ella iba guardando todas las facturas y se las dio a Sam. Y curó a Patrick mientras Sam y su mujer descargaban la compra y la organizaban.

Salió del rancho camino de un concesionario que le había recomendado Sam. Compró tres camionetas preciosas nuevas, y al final, dos todoterrenos.

También tenían maquinaria de campo, pero no sabía qué podía necesitar. Pagó al contado y les dijo que se las llevaran al rancho esa misma tarde con todos los documentos y seguros.

Por la noche, la llamó Sam diciéndole que habían llegado al rancho. Ella les dijo que ya podían utilizarlas.

Y le preguntó que si era mejor comprar combustible y echarle en el rancho y le dijo que sí, así que le comentó que al día siguiente temprano fuera con una de las camionetas a comprar suficiente para tres meses.

Ella los llamaría antes de ir al trabajo y les haría una transferencia, y que recogiera las facturas. Y así se hizo.

Al día siguiente, jueves, llegaban los chicos y Margaret iba a limpiar el barracón temprano por la mañana. Mientras, entre los hombres estaban midiendo las vallas. Primero las pondrían, y entre los chicos y ellos limpiarían el rancho que les llevaría casi un mes. Lo mismo que la obra. Bueno, menos. Pero tendrían que ayudar a hacer de todo.

Esa tarde ya tenía las escrituras de su casa y de su rancho. Era propietaria. Estaba invirtiendo en un proyecto que le encantaba. Si no salía, al menos tendría un rancho para su recreo particular. No iba a invertir más de ese dinero.

El resto tenía que dar beneficios.

Llegó a casa cansada, pero estaba muy animada con su proyecto.

La tarde siguiente, quedó con el arquitecto en el rancho y ella, le explicó lo que quería hacer y le dio la lista al arquitecto que llevó a dos chicos que midieron y tomaron notas; vieron las casas para ver qué podía aprovecharse. Ella les dijo qué quería y cómo lo quería.

La semana siguiente le pasaría el proyecto y el presupuesto.

Lo cierto es que la semana pasó bastante rápido. El sábado y el domingo tuvo descanso en el hospital. Tenía guardia una vez al mes, pero aún no le tocaba, salvo cirugía de urgencia.

Fue al supermercado, limpió su casa e hizo una colada y comida para el fin de semana, no salir a comer. Le apeteció meterse en la cocina.

La llamó Patrick para darle la cantidad de metros y vallas y la medida de la entrada del rancho con el cartel y el nombre. Le facilitó un teléfono de un lugar en el que podían comprarlas, y ella llamó y se pasó por allí.

Estaba en otro pueblo cerca. Eligió el cartel de la entrada, y las vallas, pagó al contado y quedaron en llevárselas al rancho todo el lunes.

Llamó a Patrick y le dijo que las vallas y el resto les llegaría el lunes, y los chicos llegaban esa misma tarde. Llamó a Sam y le pidió que preparara contratos para todos. Y Sam preparó los contratos para firmarlos el lunes o si se pasaba quizá el domingo un momento.

Cuando llegó a su casa, llegaba el coche de Luca también. No lo saludó siquiera, pero él se acercó a su casa, mientras ella abría la puerta, y entró tras ella.

—Pasa, estás invitado. ¿Qué quieres, Luca?, estoy cansada. Ha sido una semana estresante y quiero pasarme la tarde en el sofá.

—¿Dónde has estado estos días?

—Trabajando, ¿dónde voy a estar?

—Tu turno termina a las tres.

—He tenido que ir al rancho a curar a tu padre. ¿Algo más?

—Sí, te deseo, doctora Vera.

—Ya sabes qué te dije el último día. No puedes venir solo a eso. No soy de esas chicas, a pesar de que me acosté contigo aquel día y del cual no me arrepiento.

—No puedo dejar de pensar en ti. Te tengo todo el día en la mente.

—Y ¿qué quieres que haga? Me gustas mucho, pero ese tipo de relación no me va. Tengo una edad ya para eso y tú también. ¿Quieres cenar?

—Sí —dijo él, que quería quedarse más rato con ella.

—Luca, podemos ser amigos —le dijo, mientras ponía la mesa del comedor para dos amigos y vecinos.

—No, después de haberme acostado contigo, de haberte poseído y haber estado dentro de ti. Eres una pija de ciudad y me encanta tu olor y tu ropa interior *sexy*, y tu pelo.

—¿Y qué propones? Habrás pensado algo...

—Que salgamos juntos.

—¿Que quééé?

—Que salgamos juntos como pareja.

—Pero, si no nos conocemos.

—Pues para conocernos.

—Eres un hombre muy difícil y me cuesta llevar tus cambios de humor, Luca.

—Yo no tengo cambios de humor, si estoy así es por ti. Nunca he tenido una mujer como tú. Estoy de mal humor porque me gustas demasiado, ¿lo entiendes? Y te considero superior a mí. Tienes estudios. Eres una mujer muy inteligente. Tienes más dinero que yo, seguro. —Si él supiera, ni lo quería pensar.

—¿Y? No veo el problema que tenga más dinero y estudios que tú. Yo nunca he presumido de ninguna de las dos cosas.

—Me resulta complicado.

—Eso se llama machismo. ¿Y si fuese al contrario?

—Eso estaría mejor. Yo trabajaría para mi familia. Y mi mujer dependería de mí.

—¡Qué tontería más grande! Pues lo siento, tengo dinero que me he ganado y otro que no me he ganado. Es herencia de mis padres y abuelos. No puedo hacer nada por ti en ese sentido. Si quieres salir con una pija rica de Nueva York, española, bien, si no... A mí no me importa salir con un *sheriff* que ha sido un chico malo.

Él sopló y se sentó en la mesa. Ella puso un estofado y dos cervezas, y empezaron a comer.

—Esto está buenísimo —dijo con apetito partiendo el pan.

—También sé cocinar.

—En serio, Rosa.

—Es la primera vez que me llamas por mi nombre.

—Sí, dime cuánto dinero tienes.

—Pues descontando la inversión que estoy haciendo, porque tengo que invertir. Quiero invertir, sin tener en cuenta la casa y los muebles... pueden quedarme unos ciento veintinueve o ciento treinta, depende de la inversión, poco más, no he mirado hace días... además, tengo mi sueldo, seis mil quinientos dólares más cirugías. Gano más que tú.

—¿Ciento treinta mil dólares?

—No. Ciento treinta millones de dólares —lo dijo muy seria y Luca se atragantó y empezó a toser, y ella le dio unos golpes en la espalda.

—No te me mueras ni te me ahogues. O tendré que hacerte el boca a boca. Bebe agua.

—¡Me estás tomando el pelo...! —Y ella permaneció callada.

Él se levantó de un salto a medio comer.

—Pero ¿quién eres?

—Una niña rica española que ha heredado. Ya te lo he dicho. —Él se pasó la mano por la cara desesperado.

—Come, está bueno. Eso no va a cambiar nada. Ni quiero que nadie lo sepa. Solo lo sabes tú. Y quiero confiar en ti.

—Por supuesto, pero ¿sabes la cantidad de dinero que es eso?

—Sí, por eso estoy haciendo una inversión.

—¿Qué inversión?

—He comprado el rancho de tu padre. Te vas a enterar de todos modos.

—¿Que has hecho qué?

—Levantar el embargo. El rancho es mío y tu padre se quedará allí el resto de su vida. Él y Sam Morris lo llevarán. Cuando meta caballos, que será lo último, no conocerás el rancho.

—Dios mío, esto es una locura. Tú no sabes nada de caballos.

—No, pero quiero un rancho y tendré gente que sepa y si no sale bien con el dinero que tengo estipulado invertir o no me da beneficios, no voy a invertir más. Me lo quedaré como un rancho donde ir a descansar los fines de semana. Me encanta esa propiedad.

—¿Y mi padre?

—Está loco de contento. Voy a hacerle una *suite* en la parte baja que dará al salón y para mí la parte de arriba, y compartiremos la parte baja. Además, tendrá comida gratis y dos mil ochocientos dólares de sueldo.

—Pero, pero...

—No sufras. Tu padre ahora mismo, Sam Morris y su mujer, son en este momento las personas más felices de la tierra.

—Te echaré una mano.

—Pero si no tienes tiempo.

—Sí que tengo. No trabajo todos los días y a todas horas.

—¿Quieres que te pague otro sueldo?

—Muy graciosa.

—Bueno, te haré estofados.

Se levantó y se acercó a él, se empinó y lo abrazó por el cuello rozando sus pezones en su pecho.

—No me hagas eso o no responderé, loca.

—Me gusta que respondas. Además, estamos saliendo, o ¿ya te has arrepentido?

—No, no me he arrepentido, pero no quiero saber nada de tu dinero.

—Bien, ¿y de mí?

—De ti, ahora mismo. —Y la cogió en brazos subiéndola por las escaleras. Era la primera vez que iban a hacerlo en su cama. La echó en ella y la desvistió.

—Eres preciosa. Tienes un cuerpo magnífico y una piel...

Ella se quitó la ropa rápida y él sacó un preservativo, y le tocó su miembro con delicadeza.

—Cielo, no toques mucho —la había llamado cielo. Vaya, ese hombre sabía decir palabras hermosas. No era tal ogro, se le estaban resquebrajando las grietas.

—Nena, espera...

Y cuando se puso el preservativo, entró en ella lentamente, haciéndole el amor, y no simplemente sexo. Era delicado y el roce de sus sexos le producía a Rosa un placer exquisito; apretaba su trasero contra ella y a él le costaba moverse. La besaba apasionadamente, gimiendo ambos, y él supo que le estaba arrancando un calor de su cuerpo. Se movió más rápido y gritaron con sus cuerpos temblorosos en un clímax maravilloso.

Esa vez, cuando salió del baño, no se fue como las otras veces, y se acostó con ella en la cama. Le echó el brazo por encima y ella se recostó en su pecho fuerte y duro.

—Esta vez no se va la autoridad en silencio.

—No, no pienso irme a ningún lado. No hemos terminado.

—¿Quieres matarme esta noche? Mira que estoy muerta y no me has dejado comer.

—Luego bajo a por tarta de esa que tienes.

—¡Atrevido!... eres un hombre muy guapo, me encanta tu cuerpo, tus ojos azules y cómo me tocas.

—Eres de lo que no hay...

—¿Cómo?

—Demasiado sincera.

—¿Te gusta que me haga la difícil?, prefiero ser directa y sincera. Ya con lo que veo en el trabajo tengo bastante y a ti te pasará lo mismo.

—¿Se te ha muerto alguien en el quirófano? —Ella se quedó seria ante la pregunta.

—Afortunadamente no. No quiero ni pensarlo. Pero a algunos compañeros míos, sí. Y tú, ¿qué me cuentas de Irak y de tu vida como *sheriff*?

—De Irak no quiero recordar nada. Aquello era muerte.

—Pero afortunadamente estás aquí conmigo. —Él la besó en el pelo, en la cabeza y en la frente, y tocó con la otra mano su cuerpo, sus pechos y su sexo húmedo de nuevo para él. Y la miró.

—Es que estás muy bueno...

—¡Qué mujer eres!

—Cuando me conozcas te gustaré.

—Ya me gustas, pero me sorprendes.
—Es que nunca he estado así con un hombre, jamás. Hablando así, después de... lo que sea.
—Hacer el amor.
—Has cambiado. ¿No era sexo lo que hacías con las mujeres?
—Seguro que se ha notado la diferencia.
—Me gustas, vaquero. Eres bueno.
—¿En qué?
—En muchas cosas, no solo en el sexo. Contigo me siento... flotar. Pierdo la noción del tiempo y no controlo.
—¿Y te gusta controlar?
—Sí. No es por nada, pero contigo me dejo llevar y me encanta.
—Eso me pasa contigo. Es como si te conociera y adivinaras lo que pienso, por eso te tengo rabia.
—Y ella lo besó y tocó su miembro que se estaba alborotando.
—¡Tenme más rabia, vaquero!
—¡Mala! Ven aquí.
Y con una mano la echó encima y se puso un preservativo, y ella cabalgó como una auténtica vaquera.

Después de hacerlo dos veces más, Luca le preguntó:
—¿Quieres que me vaya a mi casa?
—No, quiero que te quedes, si tú quieres, claro.
—Mañana tengo libre.
—Pues quédate. Por la mañana desayunamos y vamos al rancho un rato. Tengo que ver unas cosas. ¿Quieres ayudarme?
—Te dije que te ayudaré.
—Gracias, guapo. Mi vaquero negro... —Y se quedó dormida en sus brazos.
Luca la estuvo mirando un buen rato, antes de dormirse. Era una mujer especial. Respondía a sus caricias como ninguna mujer. Estaba dispuesta para él siempre.
Era guapa y sus ojos verdes lo iban a matar. Era alegre e irónica, graciosa, divertida y trabajadora.
Y lo que estaba haciendo por su padre, eso no tenía precio. Desde que vino del ejército y vio cómo estaba el rancho, supo que nada podía hacerse por él. Su padre no había sabido gestionarlo. Era un cabezota.
Y no podía hacer más. Él tenía ahorrado del ejército casi doscientos mil dólares, pero no para quitar el embargo del rancho, porque y luego, ¿qué? Había que invertir.
Y aparece un ángel de la guarda en forma de niña pija con bata de seda, guapa como nadie, con una ropa interior de infarto y hace feliz a su padre. Y su padre la mira como una diosa.
En vez de sentir celos y rabia, debía estar contento. Tenía una mujer en su cama que era una delicia, un cabello que le encantaba. Dormida era bellísima y no hacía alardes de nada. En esa semana, la gente hablaba maravillas de la doctora Vera, en todos sitios lo oía, todos la querían.
Era un ídolo en una semana de estar allí. Debía reconocer que era trabajadora y atrevida. Y le encantaba e iba a conocer a esa pequeña mujer que lo ponía como ninguna. No quería otra.
El problema era su dinero. Y su complejo de inferioridad, pero que a ella no le importaba

lo más mínimo.

Debía de dejar ser tan tonto y centrarse en amarla. Se lo merecía y en ayudarla en lo que pudiese con el rancho. Al menos con lo que iba a comprar. No quería que se gastara millones en esa inversión. Ella no era una ganadera de caballos. Aunque bien que se había rodeado de su padre y de Sam que era bueno.

Había que reconocerle sus dotes de mando y cuando algo no sabía, se dejaba aconsejar. Era feliz así y estaba haciendo feliz a unos pocos. Tenía ganas de ver qué hacía con el rancho.

Y esperaba que no se arrepintiera cuando empezara a perder dinero, porque para obtener beneficios, había que invertir mucho y trabajar también mucho, pero la veía tan dispuesta y optimista que tampoco le iba a quitar la ilusión.

Esa pequeña no tenía miedo a nada, era un ciclón y cuando se le metía algo entre ceja y ceja, seguía adelante costase lo que costase.

La abrazó por los pechos y se pegó a ella oliéndola y quedándose dormido con su olor y el calor de su cuerpo.

CAPÍTULO 8

El domingo, se levantaron a las ocho de la mañana. Cuando ella se fue a la ducha, él se metió con ella y la cogió a horcajadas y le hizo de nuevo el amor contra la pared de la ducha. Era pequeña y él un hombre alto y fuerte y a Rosa, le encantaba esa diferencia. Y a Luca también porque desde que se había vuelto cariñoso la noche antes, la cogía como a una niña. No le pesaba nada. Era un hombre fuerte.

Después de jugar un rato en la ducha, se secaron, él fue a su casa a cambiarse mientras ella se vestía, cogió su bolso y salieron a desayunar. Se llevaron su monovolumen. Ella le dio las llaves para ir al rancho cuando salieron de la cafetería y Luca la miró.

—Prefiero que la autoridad conduzca, así voy mirando el paisaje.

—Seguro que es por eso...

—Anda, venga. Machito.

Él tomó las llaves y empezó a conducir.

—Va muy bien...

—Claro que debe de ir, es nuevo. Oye, ¿le vas a decir a tu padre que salimos juntos?

—No, por supuesto que no —dijo mirándola.

—Cuando nos vea... No es tonto. Si me pregunta, se lo diré.

—No se pondrá más contento en la vida. Todo el mundo adora a la doctora Vera y lleva solo una semana en el pueblo.

—¿De verdad?

—Sí, todos tus pacientes te quieren y te adoran.

—¡Me encanta el pueblo!

—Sí, cómo no...

—¿Estás celoso?

—Mucho.

—Tendré que recetarte algo contra los celos.

Cuando llegaron al rancho, Luca aparcó y le pasó las llaves. Patrick salió por la puerta y Sam también.

—¡Buenos días! Sam, Patrick...

—Buenos días, doctora Vera. Hijo, has venido con la doctora —le dijo a Luca.

—Sí, quería echar un vistazo.

—Ya lo sabe Patrick. Tuve que decírselo. En este pueblo, las noticias vuelan. Después de todo cuando compre cosas, todo el mundo lo va a saber.

—Eso sí. Así somos.

—¿Cómo estás de la mano, papá?

—Ya está curada casi. La doctora es una eminencia. —Y esta rio mirando a Luca y él movió la cabeza porque era tremenda.

—¿Han llegado los chicos? —preguntó Rosa.

—Sí —dijo Sam—. Ya saben las condiciones y están de acuerdo. Mañana empezamos a limpiar y poner las vallas.

—Las traen mañana, junto con lo necesario para ir colocándolas. Quitáis las viejas y colocáis las nuevas, limpiando. ¿Me tienes la lista de las herramientas y de maquinaria para el sembrado?

—Sí que la tenemos. Entre Patrick y yo hemos hecho una lista. Aunque no sabemos si va a resultar muy cara...

—De eso me ocupo yo. —Le tomó la lista, la leyó y se la pasó a Luca.

—Nos va a echar una mano —les dijo a los demás.

—¿Puedo hablar con usted, doctora? —le dijo Patrick. Y Luca se los quedó mirando.

—Sí, claro. —Entraron dentro.

—¿Mi hijo le va ayudar en el rancho?

—Sí, eso me ha dicho.

—Y ¿eso por qué?, si a él no le ha interesado nunca.

—Lo ve a usted feliz y le quiere mucho. Se preocupa. Y estamos saliendo juntos. ¿No le gusto como nuera? —bromeó.

—¿Qué me dice! ¿Desde cuándo? Y claro que me gusta como nuera. No hay nadie mejor.

—Desde anoche, pero nos conocimos cuando venía de camino al pueblo y aunque nos conocemos de hace una semana, me gusta su hijo.

—¿Pero muchacha, mi hijo nunca ha tenido novia! No quiero que te haga daño.

—No lo hará, no te preocupes, Patrick. Su hijo es cariñoso.

—¿Cariñoso? Ese no ha sido cariñoso en su vida.

—Conmigo sí.

—¡Madre de Dios! No me malentienda. Si quisiera una nuera en la vida, esa sería usted.

—Pues ya está, suegro. —Y lo abrazó.

—Pero...

—No se preocupe. Vamos a montar este rancho, el resto ya vendrá rodado. Su hijo es cosa mía.

—Pues espero que lo domes bien. Ninguna mujer ha podido domar a ese potro.

—Yo no soy ninguna mujer.

—Eso lo sé de sobra. Dame un abrazo, hija.

Y se abrazaron; en ese momento entró Luca, y los pilló de nuevo abrazados.

—Mucho cariño veo aquí —dijo con un cierto recelo.

—Sí —dijo el padre— y si le haces daño te mataré con mis propias manos. —Y salió fuera. Luca se quedó mirando a Rosa con un interrogante.

—Me quiere, ¿qué voy a hacerle! —le dijo a Luca y este la cogió por la cintura. Le dio un beso de infarto.

—No hagas eso, que nos van a pillar.

—Me da igual. Estamos saliendo.

—Anda, vamos fuera.

Cuando salieron, conoció a los muchachos en el barracón y ya les dijo que iban a vivir en uno nuevo en cuanto les dieran los planos.

Y al chico que sabía de sembrados, le dijo que Patrick y Sam, le enseñaría las tierras para el sembrado y en cuanto estuviera la maquinaria, se pusiera manos a la obra, mientras el resto se encargaban de las vallas y limpiar el rancho.

El lunes podía ir a comprar esa lista de herramientas y maquinarias. Luca le dijo dónde podía ir y el lunes por la tarde acudiría.

Cuando se estaba despidiendo de ellos, la llamaron del hospital por una urgencia, posible apendicitis. Y se despidió de todos. Luca la llevó al hospital lo más rápido que pudo.

Iba a ser su primera intervención en el nuevo hospital y en domingo. La dejó en la puerta y le dejó el coche allí para cuando saliera. Le dio un beso en los labios y ella entró, se lavó las

manos y se vistió para el quirófano.

La estaban esperando. Tocó a la paciente. Una chica de catorce años y efectivamente tenía apendicitis.

Era una intervención relativamente fácil, si se cogía a tiempo antes de que se produjera una peritonitis. Y en una hora, terminó su trabajo en el quirófano.

Se quedó en el hospital. La chica la trasladaron a una habitación a la que acompañaban sus padres y se fue a su despacho.

Allí trabajó en las carpetas de sus pacientes. No se iría hasta que no hubiese despertado de la anestesia y viese sus parámetros normalizados.

Al cabo de una hora, se fue a la habitación. La chica había despertado poco a poco y aún estaba con el efecto de la anestesia.

Ella la llamó por su nombre y la despertó del todo. Sus constantes eran muy buenas y todo estaba bien. Así que la dejó con la médica de guardia.

—Si hay alguna novedad, me llamas.

—De acuerdo.

—De todas formas, llamaré en un par de horas. Le dejamos suero hasta mañana. Vendré a verla antes de pasar consulta. Bueno, hasta mañana, doctora Sammy.

—Hasta mañana, doctora Vera. Ha sido un placer trabajar con usted.

—Lo mismo digo.

Cuando llegó a su casa, aparcó el monovolumen y Luca salió de su casa y fue a la de ella.

—¿Qué tal, cielo? —Y la besó.

—Muy bien. Una apendicitis. Ha salido todo bien. Llamaré en un par de horas de todas formas. Era una chica joven.

—¿Tienes hambre?

—Sí, ¿qué hora es?

—Las tres.

—Tengo aún estofado, ¿has comido?

—Te estaba esperando por si querías ir a la cafetería.

—Prefiero terminar el estofado, ayer ni me dejaste. Venga, pasa y comemos.

Y Luca pasó a su casa. La había esperado. Eso era todo un detalle por su parte. Sacó el estofado y lo metió en el horno.

—Si quieres poner la mesa... me doy una ducha rápida. ¿Vale?

—Venga, no te preocupes. Yo la pongo. No tengas prisa.

Cuando estuvo limpia y el pelo seco, dejó la ropa para la colada y bajó a comer. Luca la estaba esperando. Y ella preparó los platos. Y antes de sentarse frente a él, bajó su boca y lo besó

—Gracias, cielo, por poner la mesa.

—Eres boba. Eso no es nada.

—Para mí, sí. No estoy acostumbrada.

—Pero si la comida la has hecho tú... ¡qué bien hueles! Siempre hueles bien. Me encantas.

—Y tú a mí, pero no empieces, Luca. Tengo que comer.

—Come, guapa. Hoy tenemos todo el día.

—Sí, espero que no me llamen para más urgencias.

Y mientras comían, Luca le dijo que había estado echando un vistazo a la lista de maquinaria. Que podía comprar buena de segunda mano en un lugar que conocía.

—No, Luca, va a ser todo nuevo. Las máquinas de segunda mano no le salen luego, sino

problemas. Todo lo compraré nuevo en mi rancho.

—¿Tienes idea de lo que te costará todo esto?

—Tengo un presupuesto máximo para todo de nueve o diez millones máximo, pero si hace falta, puedo poner otros cinco o así. Espero gastar menos, pero ese es el tope.

—¿Estás loca? Eso no lo vas a amortizar en la vida.

—Si quiero que sea un buen rancho, no. No es cuestión de amortizar. Es cuestión de invertir. Y si doy trabajo y gano algo, bien. Creo que tengo buena gente.

—No te gastarás tanto.

—Voy a comprar mil caballos.

—¿Mil caballos? No van a caber en las cuadras a menos que hagas una barbaridad, Rosa.

—Entonces, ¿cuántos crees que debo comprar? Le he pedido al arquitecto cuadras para mil quinientos caballos. Por si tengo que comprar algunos más con el tiempo.

—Eres una exagerada, ¿lo sabías?

—Bueno, compro menos de lo que he pedido que me fabriquen por si paren.

—Si tienes cuadras para mil quinientos, compra esos mil, si es lo que quieres. Luego siempre puedes hacerte con algunos más, si todo va bien.

—Bien, eso haré. Sam y tu padre se encargarán de comprarlos, que sean jóvenes.

—Para no ser una vaquera, tienes muchas ideas. Pero sigo pensando que estás loca.

—Voy a hacer una casa preciosa en ese rancho.

—¡Dios Rosa!, mi padre ha rejuvenecido veinte años y le has dicho que salimos juntos, me ha amenazado.

—Eso es porque me quiere bien.

—Pero si no te conoce salvo de una semana.

—A veces no hace falta ni un día para conocerse. Y conectamos muy bien.

—Como nosotros.

—Como nosotros. Vamos a tomarnos un café. Estoy deseando ver los planos del arquitecto a ver qué me trae.

—¿Cuándo te los traerá?

—Me dijo que la semana que viene y le dije que lo antes posible.

—Bueno, señora ganadera. Recojamos esto. ¿Nos tomamos el café en el salón?

—Por supuesto, y la tarta.

El lunes por la tarde, al salir del hospital, se fue a comer a la cafetería y allí estaba Luca. Se sentó con él y le dijo que en cuanto terminara, iba a por las herramientas y maquinaria. Él no podía acompañarla, pero les haría una llamada de teléfono para que la trataran bien.

—Vaya, mirando por mi dinero.

—Exacto, no quiero que te cobren más de la cuenta.

—No soy tonta.

—Pero ellos son listos.

—Bueno, gracias, cariño. No tengo idea de lo que esto costará.

—La máquina recolectora es la más cara, pero todo lo que llevas, prepara casi el millón y medio. Es que lo quieres, todo nuevo y de todo.

—Así lo he pedido. Mi rancho será un rancho por estrenar.

—Sigo pensando que estás un poco loca, niña pija.

—Sí, cada día estoy más loca. —Acercándose a su cara para que lo oyera.

—¡Ejem! Estamos comiendo y tengo que salir andando de aquí, lo sabes.

—Sí, dejaré el ligoteo. En cuanto compre eso, me voy a dar una ducha y hoy voy a dormir una siesta que verás. Vine aquí buscando paz y no he parado. Estoy cansada.

—Pues descansa, encanto. Esta noche tengo guardia. Así que tienes tarde y noche sin tu *sheriff*.

—¡Qué pena! Bueno. Me acostumbraré a mi hombre tan trabajador.

—Sí, que tú te quedas atrás.

—Venga, que invito yo hoy. —Cuando terminaron de comer, pero bajo ningún concepto la dejó pagar.

—Eres terco.

—Sí, después de lo que haces con mi padre... y además eres mi novia.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que no vas a pagar cuando salgamos.

—¡Ay, Dios!

—Un terco que te gusta y una doctora que me encanta. Pero tengo que irme, pequeña.

Al salir de la cafetería, la besó en los labios y no le importó que la gente lo viese. A partir de ahí ya todo el mundo supo que la doctora Vera salía con el *sheriff* Luca Brown.

CAPÍTULO 9

Se fue a buscar la maquinaria y encontró el lugar fácilmente. Estaba en una especie de polígono a tres kilómetros, por la carretera contraria por la que había llegado una semana antes.

—Hola, ¿la doctora Vera? —la saludó un hombre alto y que tenía una pinta de comercial perfecto.

—La misma, encantada.

—Soy Samuel Torn, encantado. Ya el *sheriff* nos dijo que venía que necesitaba maquinaria y que la trataríamos bien.

—Sí, lo supongo —le dijo sonriendo—. Traigo una lista. Espero que tengan lo que busco.

—La trataremos bien. Pase a mi despacho, y siéntese. Vamos a ver esa lista y si algo no tenemos, lo pedimos y estará aquí lo antes posible.

Y ella le fue enumerando y el señor Torn empezó a anotar, enseñándole los catálogos y ella elegía hasta el color: un tractor, con su remolque.

—Me gusta este —decía—. Pero quiero dos en vez de uno. Y para ensamblarles, una cuba para fumigar, para arar, para sembrar, etc. —Tenía como cinco o seis complementos.

Luego eligió una máquina para recoger el grano. Eso era otro cantar. Esa máquina era inmensa, y sabía que era la más cara. Pero compró una mediana, no de las más grandes, no hacía falta. Luego una lista larga de herramientas para todo, desde clavos para las vallas hasta pequeños tornillos en la sección de ferretería y cajas de herramientas de varios tamaños.

—¿Está segura de que quiere todo esto?

—Muy segura. Le parecerá extraño, pero espero que me haga una rebaja o me regale algo.

—Es buena negociadora.

—Le voy a dejar un buen pellizco. Todo es nuevo y le voy a pagar al contado.

—¿Al contado?

—Sí, señor. Ahora mismo y quiero que me lo manden al rancho Brown en cuando tengan todo, que será...

—Pasado mañana.

—Pues el miércoles le diré a los chicos que va todo para allá. Dígame el total.

Como iba comprando conforme le enseñaba todo, la caja iba sacando una lista inmensa.

—Con el descuento que le he hecho y un par de regalos que le voy a mandar y que será una sorpresa todo asciende a un millón ciento setenta mil dólares.

—Perfecto. —Y sacó su tarjeta y pagó al contado. La trataron como a una reina y le dijeron que se lo llevarían sin falta el miércoles por la mañana.

De vuelta a casa pasó por la gasolinera y pidió más gasoil para el rancho. En total pidió tres mil dólares. Que se lo llevarían en un par de horas.

Mientras iba a casa llamó a Sam y le dijo que llegaría más gasoil y el miércoles la maquinaria y lo de ferretería. Que los colocaran lo mejor que pudieran hasta que las obras se hicieran.

Y que siguieran con el trabajo que quizá no pasara hasta que el arquitecto le dejara los planos. Y los vieran.

Y se fue a descansar. Una buena ducha. Se tumbó en el sofá con un café y se quedó dormida hasta las nueve de la noche. Se despertó, cenó, miró la cuenta del rancho y volvió a la cama de nuevo.

Tenía aún más de siete millones y medio de dólares y cinco si faltaba, que transferiría, caso de necesitarlo, pero esos estaban en su cuenta. Lo otro gordo sería la obra, el mobiliario y pagar casi tres meses de sueldos. Esperaría al arquitecto. El resto era comprar caballos y empezar a funcionar.

El martes era una mujer diferente y nueva. Había recuperado sueño. Se dedicó al trabajo y a poder trabajar con sus pacientes y las carpetas estaba a punto de acabarlas. Las terminaría esa misma semana si no había cambios y ya solo sería ir metiendo las novedades diarias.

Ese día se fue a casa a comer. Todos los días no iba a comer en la cafetería. Luca la llamó. Estaba en uno de los pueblos cercanos y volvería por la noche.

Así que aprovechó para hacer un par de comidas y así tendría los dos días siguientes. Luego comería, aunque tarde y se echaría un rato a descansar tras una buena ducha.

Estaba en la cocina cuando el arquitecto la llamó, para ver si podían verse por la tarde. Le dejó la dirección de su casa y quedaron allí.

¡Adiós siesta! Y quedó con él en un par de horas. Dejó la comida hecha, y se duchó. Comió y se sentó a descansar un rato hasta que llamaron a la puerta. E hizo pasar al arquitecto.

Lo invitó a sentarse en la mesa y este le extendió los planos. A ella le encantó la disposición, los metros, todo lo había pedido grande y con enormes espacios.

Un rancho debía tener espacio. La casa más grande, una mediana para el capataz, el barracón para los chicos, un buen granero. Y otro separado convenientemente para la maquinaria. Este debía ser enorme, con depósito al lado para meter los bidones de gasoil y gasolina que necesitaran.

Y luego las cuadras, relativamente lejos de la casa principal, como ella quería.

Era una barbaridad, pero le encantaron. Todo como ella pidió. Sobre todo, le interesaba la casa principal; lo otro, ellos eran especialistas y se fiaba. Y el rodeo.

Pero la casa era lo que quería disfrutar ella. Cuatro habitaciones en la planta alta, grandes con sus baños dentro y sus vestidores. Una, la principal con dos baños independientes y dos vestidores enormes. En la planta baja una gran cocina, con despensa, con una gran sala comedor, salón y su fuego. Y una sala para ver la televisión más pequeña.

Ya decoraría después. Iría a casa de Mabel y ella le amueblaría todas las casas. Un gran porche, y un aseo en la planta baja y un gran cuarto de la colada, el despacho con acceso a la calle y una habitación con saloncito y con baño para el padre de Luca.

Quería hacerle una salita para que no se sintiera encerrado, que formara parte de la casa, al menos la parte de abajo, pero que también tuviera un espacio por si quería estar solo.

En el patio, había previsto una parte para poner una barbacoa y sentarse en las noches y un gran jardín, con una piscina y una pequeña cascada. Rodeado de césped.

Unas vallas altas y alrededor de las vallas, pondría setos y flores, con un pequeño cenador en una de las esquinas. Y una imitación a un pozo andaluz en la otra. El patio era enorme. Y en la entrada un gran porche a ambos lados de la entrada con una gran puerta.

—Me encanta todo. Está como lo he pedido, ha hecho un buen trabajo.

—¿Por dónde quiere que empecemos?

—Quiero que se empiece por el granero, el almacén y el depósito, después los barracones, la casa del capataz y, por último, la casa grande y al final de todo, las cuadras. No meteré caballos hasta no estar todo listo.

—Bueno, podemos hacer varias cosas a la vez, si tiene prisa...

—La tengo, sí. Si es necesario que se haga antes y puede contratar a suficientes obreros, mejor.

—Bien, vamos a hacer todo a la vez, excepto la casa grande y las cuadras. Eso lo dejaremos para el final.

—¿Todo pintado?

—Todo se lo dejaremos pintado en gris, como acordamos y no quedará rastro en el rancho de que se ha hecho obra, limpiamos todo.

—Perfecto.

—Y este es el presupuesto. Lo hemos ajustado todo cuanto hemos podido, pero tenga en cuenta que son muchas obras y permisos. Pero si acepta, empezamos la semana que viene, el lunes temprano.

—¿Tan pronto?

—Sí, los permisos son fáciles, ya que muchas cosas estarán donde estaban las anteriores, excepto un almacén que es nuevo y las cuadras que se cambian de lugar, pero eso no es tan importante como una casa. Nos darán los permisos en un día. Los tendré esta semana.

—Bueno, veamos ese presupuesto, eso sí, quiero que todo sea de calidad.

—Tiene lo que pidió, calidad máxima.

Y le entregó el presupuesto detalladamente, pero ella se fue al final... siete millones de dólares y poco más con permisos incluidos.

—Me parece perfecto. Estoy de acuerdo. Empecemos el lunes.

—¿En serio?

—Sí señor. ¿Dónde hay que firmar...?

Firmaron y él le dio una cuenta en la que tenía que ingresar un 70 % del total y al finalizar la obra el otro 30 %. Y le hizo el ingreso por internet.

Se dieron la mano y el arquitecto salió contentísimo de allí.

Tendría que aumentar su presupuesto en dos o tres millones más de lo previsto. No importaba, metería otros tres millones. Había que comprar animales. Y aún tenía dinero.

Rosa llamó al rancho para decir que el lunes comenzarían las obras, que todo el mundo debía dormir en la casa grande, que se debía apanarse como se pudiera. Que se llevaran las mantas y colchones porque la casa del capataz y los barracones iban a hacerse a la vez y Patrick estaba como loco. Que vaciaran el barracón, la casa del capataz y todo cuanto había en el granero. Podían meterlo de momento en las cuadras viejas. Luego ya se vería. Despejar y seguir trabajando en el rancho.

—Sí, doctora. El domingo todo estará en la casa.

—Dime cómo va la limpieza y las vallas.

—Los chicos se están poniendo manos a la obra y Robert, está limpiando ya el campo para cuando llegue la maquinaria. Tenemos que comprar grano para sembrar en cuanto esté listo.

—Lo haremos. De momento vamos a limpiar y cuando lo tenga listo, que calcule la cantidad para sembrar. Muy bien, Patrick, os dejo hacer vuestro trabajo. Un abrazo.

—Hasta luego, doctora.

Esa semana se dedicó a su trabajo como doctora. El miércoles llegó la maquinaria y que ellos trabajaran, para eso tenía dos capataces.

Por fin pudo ponerse al día con sus pacientes, dejar las carpetas listas y visitar a dos o tres enfermos que ella consideraba que tenían una patología importante.

Visitó a los pacientes mayores y les hizo pruebas, les sacó sangre en sus casas para comprobar cómo estaban, tensión, sintrom...

Y el que visitara a los enfermos en sus casas le hizo coger puntos en la comunidad. El director la felicitó por su trabajo y su interés.

Visitó también los ranchos cercanos en los que tenía pacientes, se presentó y estuvo saludándoles, y les contó que había adquirido el rancho Brown y todo el mundo le daba consejos.

En alguno estuvo comiendo o tomando café o limonada. La gente era maravillosa y ella estaba en su salsa, nada que ver con Nueva York.

Sabía que había hecho bien en cambiarse de lugar. Le encantaban sus proyectos y su trabajo tranquilo, su casa y su hombre.

Era raro cómo en tan poco tiempo su vida había cambiado para mejor. De estar sola en Nueva York a tener una comunidad entera que la conocía y la apreciaba. Era feliz.

Tuvo una urgencia de uno de los chicos de un rancho cercano, que se había clavado un gancho en un hombro y tuvo que inyectarle un par de vacunas, limpiarle la herida, curársela y ponerle unos puntos. Tenía que pasar a los cinco días para que se la mirara de nuevo.

Se hizo pronto a los pacientes y casi los conocía a todos. Algunos la llamaban la novia del *sheriff* y ella se reía. Había sido un acierto estar allí, no podía ser más feliz.

En cuanto a su novio, lo vio el miércoles, y pasaron toda la tarde juntos haciendo el amor. Desde que hizo el amor por primera vez en el motel, había cambiado radicalmente. Era fogoso y caliente y en cuanto llegaba a casa, si ella estaba, lo tenía duchado en su puerta.

—¿Qué tal, cielo?

—Me he puesto al día con mis pacientes y he visitado a los más ancianos. Les hice una analítica y he comprobado sus tensiones y el sintrom. Todo el mundo me quiere invitar a comer. Me voy a poner como una vaca.

—Eres estupenda. No están acostumbrados a que el médico se desplace.

—Pero son mayores y me encanta. ¿Sabes una cosa?

—Dime, pequeña...

—He ido a unos cuantos ranchos cercanos y tengo una lista más grande que la tienda de maquinaria en consejos.

—Es que ahora eres una ganadera. ¿Me has echado de menos?

—Pues claro, bobo. Me has dejado sola muchos días.

—Teníamos un trabajo que hacer.

—Tendrás cuidado.

—Claro que sí. Siempre tengo cuidado. Es un lugar tranquilo de gente pacífica. Pero hay una parte del condado que nos tiene preocupados. Está lejos, pero hay que trabajar. ¿Hoy no hay comida?

—Sí que hay comida para mi agente. Tengo una ensalada, filetes de pollo al horno y una tortilla de patatas.

—¿Una tortilla de patatas?, eso no lo he probado nunca.

—Pues vas a probarla. Te encantará. Es española. Me cuesta encontrar aceite de oliva aquí. No quiero cocinar con manteca.

—Pídele al del supermercado, te costará una pasta, pero si usas poco...

—Le preguntaré a ver.

Y cenaron en el jardín esta vez. Y estuvieron hablando. Ella le contó lo del arquitecto y a Luca le iba a dar algo cuando le dijo lo que iba a hacer en la casa grande. Y, sobre todo, el precio.

—Eso es una pasada, ¿para qué quieres una casa tan grande?

—Por si alguna vez me caso y tengo hijos.

—Eso no me ha gustado.

—¿Por qué?, sería lo normal, que me case y tenga hijos. Tengo ya veintinueve años. Antes de los treinta y tres quiero tener hijos. Mi reloj biológico no creo que aguante más. ¿Tú no piensas casarte algún día?

—No, no pienso casarme.

—Y eso, ¿por qué?

—No quiero.

—Pero tendrás algún motivo que no sea un simple no rotundo.

—No estoy hecho para el matrimonio. Mi trabajo es complicado y no quiero ser padre. No sería un buen padre.

—Pues entonces, lo nuestro va a tener los días contados.

—No digas eso, Rosa.

—Si no coincidimos... yo quiero enamorarme, y tener lo que todo el mundo tiene, no soy distinta.

—¿Por qué ahora que estamos bien?, no llevamos saliendo ni un mes y me cuentas esto.

—No creo que cambie nada. Por salir un tiempo no pasa nada.

—¿Y si salimos más de un tiempo?

—No lo he pensado, pero de que quiero tener hijos y un marido, sí.

—Bueno, dejemos eso ahora.

Pero ella lo vio molesto. Sin embargo, dejó la conversación, aunque Rosa no estaba bromeando.

Quería una familia e hijos, no ahora mismo, y si él no tenía las mismas expectativas, con el tiempo, tendría que dejar de salir con él, por mucho que le gustase, porque ella era una mujer que tenía sus ideas y nadie iba a cambiárselas. Pero, sobre todo, esperaba no enamorarse de Luca.

Luego, cambiaron de conversación y siguieron como siempre; e hicieron el amor. Él se quedó a dormir con ella.

Al día siguiente no tenía que trabajar. Había hecho dos guardias seguidas y quería aprovechar el tiempo con ella.

—Ven aquí, pequeña. Eres complicada.

—No me digas... tú eres el complicado, pero te lo perdono, tienes un cuerpo de escándalo.

—¡Estás loca!

—No estoy loca. Me encanta tu cuerpo. Eres *sexy*.

—*Sexy*, ¿eh? —Y se colocó encima de ella y le hizo el amor hasta enloquecerla.

Tiempo después, a Rosa le rondaba algo en la cabeza.

—Oye, Luca.

—Dime, guapa.

—Cuando tuvimos sexo en el motel, ¿cuánto hacía que no te habías acostado con una chica?

—Esa pregunta, ¿por qué la haces?

—Una pregunta normal. —Ella se encogió de hombros—. Vamos, contesta.

—No quiero...

—Contesta, bandido. —Y le dio con la almohada.

—Te vas a enterar. —Pero ella se puso encima de él.
—Venga, dímelo agente, o le pongo una multa.
—Pequeña española... Hacía dos meses, ¿y tú?
—Casi siete meses.
—Eres una virgen del sexo.
—Ahora ya no. Contigo lo he hecho más que en toda mi vida.
—¿Por qué quieres saberlo?
—Nunca he tenido novio ni pareja formal, así que no me he visto en la opción de tomar pastillas.
—Si quieres me puedo hacer una analítica. Me la puede hacer mi doctora.
—Nos la hacemos y me receto pastillas.
—Joder, no te voy a aguantar nada.
—Shhhh, claro que sí.
—Siempre tienes que estar haciendo planes.
—Pero este plan es estupendo, ¿no crees?
—El mejor que se te ha ocurrido. ¿Cuándo paso por la clínica?
—Mañana temprano, y sin comer nada. Nos la hacemos los dos. Tarda una semana.
—Bien. Mientras... ¿no me ibas a poner una multa?
—Voy a ver. —Y bajó a su sexo, lo lamió y chupó, y él no se esperaba que así fuese.
—Esa multa es cara, ah, ohhh, cielo...
—¡Calla, agente, libérate!
—¡Dios, vas a matarme doctora...! —Y explotó como una bomba ardiente—. Eres preciosa y me encantas. Déjame respirar. Y te vas a enterar.
—¡Qué miedo!...

Se quedó a dormir con ella, los dos abrazados. Cuando ella se durmió en sus brazos, él estuvo pensando en la conversación que tuvieron sobre los hijos y el matrimonio.

No iba a dejarla. De momento no era una opción. No podía. Lo traía loco y era encantadora y preciosa, pequeña y graciosa, y todo el mundo la quería y él también.

Si tomaba pastillas, las relaciones sexuales lo iban a matar. Él nunca había tenido sexo sin preservativo, pero si ella era su novia, y era la primera que tenía, así como resultaba el primero para ella, lo normal era eso. Para ello estaba el tema de fidelidad.

Ella seguro que era fiel y él también lo sería, pero debían dejarlo claro. Se sentía celoso cuando la miraban.

Ella no se daba cuenta, pero algunos del pueblo babeaban cuando entraba en la cafetería, pero que se fueran olvidando. Ahora mismo estaba saliendo con él.

De matrimonio y niños, ya se vería. De momento no estaba preparado y así se lo había dicho. Y además llevaban menos de un mes saliendo y le parecía que la conocía de toda la vida. Su conexión era mágica, tanto en el terreno sexual como de amistad.

Cuando se levantaron al día siguiente, ella se duchó y se fue al hospital. Él se fue a casa a ducharse y se cambió; y pasaría también a hacerse un análisis. Cuando se lo hizo se fue a desayunar a su casa y ella se quedó en la pequeña cafetería del hospital y fue a ver a sus pacientes que era lo primero que tenía que hacer.

El día terminó, la llamó Sam para decirle que había llegado la maquinaria, le comentó que lo comprobara con la lista.

Lo había hecho y todo estaba bien; además, les habían regalado cinco cajas de herramientas completas. Estupendo.

Pasaría la semana siguiente, ya que el fin de semana tenía guardia en el hospital. Los chicos seguían poniendo vallas y limpiando ese rancho descuidado. Además, tenían trabajo con el cambio de casas el fin de semana.

El resto de la semana lo pasó descansando, limpió la casa el viernes por la tarde e hizo la colada y la compra. El sábado y domingo tenía doce horas cada día, de siete de la mañana a siete de la tarde y después debía estar por si la llamaban por alguna urgencia.

Solo el sábado la llamaron a las diez de la noche y tuvo que acudir por un amago de infarto que no resultó ser tal, sino un ataque de ansiedad. Mejor.

Se sentía feliz en ese pequeño pueblo, y aunque por un momento tuvo miedo de perder a Luca, dejó de pensarlo por ahora, pero sabía que a él no le hacía mucha gracia el matrimonio y que con el tiempo tendría que dejarlo y buscarse un hombre como pareja que la quisiera y tener hijos con ella. La familia con la que soñaba.

CAPÍTULO 10

A Luca lo veía por las noches. El sábado le llevó una *pizza*. Cuando se la estaban comiendo, interrumpieron por una urgencia, y él la esperó en su casa hasta que la vio venir del hospital y se quedaron juntos de nuevo. Hicieron un café y de postre...

El domingo, Lucas no tenía trabajo, así que recogió su casa, la colada e hizo un asado con patatas cocidas, para cuando volviera Rosa, y que no tuviera que hacer comida. La pobre llevaba toda la semana que no paraba.

—¡Qué buena pinta! No he hecho sino llegar a casa y... ¡Qué novio tengo!

—No te podrás quejar. Asado con patatas. Tú pones el café.

—Y no me quejo. Vengo molida, guapo. Dame tiempo para darme una ducha. Elige Nueva York o Alabama.

—Por esta vez Nueva York. Qué te traerás entre manos...

Él puso la mesa y cuando ella bajó de ducharse, traía puesto un camisón super mini de gasa transparente negro cortísimo, con un tanga que se transparentaba todo, porque ella siempre se depilaba su sexo. Decía que era más higiénico. Cuando la vio Luca...

—Pero ¡qué demonios...! Nueva York siempre. —Y ella se rio a carcajadas.

Se acercó a ella y se la subió a su cintura. Se bajó el pantalón de chándal que llevaba, se puso un preservativo y la pegó a la pared del salón, le apartó ese hilo de tela que ella llamaba tanga y la embistió como un buen vaquero de Alabama con fuerza y calma; la besaba y mordisqueaba sus pezones a través de la tela y ahogaba sus gemidos con su lengua, mientras sujetaba su trasero y sus caderas y ella se aferraba a su cuello.

Cuando acabaron, ella aún jadeante por el orgasmo que acababa de tener, puso su cabeza en el pecho de Luca y él la bajó despacio y la abrazó con fuerza.

—Nena, esto no es normal... estoy loco por ti. Si te vistes así...

—Pienso cenar así...

—Pues no esperes que me vaya esta noche.

—No quiero que me dejes sola.

—Te vas a acostumbrar mal, doctora. Y yo, también.

—Eso es bueno, muy bueno.

—Tú eres la que estás buena y pienso comerte después de comer otra vez.

—Pues probemos ese asado del agente más *sexy* de Alabama.

El lunes, terminó su turno en el hospital y quiso descansar, pues no estaba Luca porque tenía turno de noche y porque había tenido un fin de semana de guardia y de sexo, así que aprovechó para dormir una buena siesta tras comer el asado que había quedado del domingo por la noche.

Se fue a dormir temprano, porque el martes, si todo iba bien en el hospital, iba a pasar al rancho por la tarde un rato a ver la demolición de las obras. Tampoco quería molestar demasiado.

La obra y la limpieza tardarían un par de meses por lo menos. Luego tendría que meter los muebles.

El miércoles la llamaron de uno de los ranchos cercanos y ella aprovechó para ir casi a la hora de terminar su turno, porque no era urgente, así pasaría por su rancho de vuelta y no tenía que dar dos viajes.

Cuando acabó en el rancho de curar lo que había sido un corte en una mano, dar unos

cuantos puntos y volver a pasar en unos días, se fue a su rancho a dar una vuelta, cuando la llamó Luca.

—¡Hola, pequeña pija!

—¡Hola, agente *sexy*! —Luca se rio.

—Estoy en la cafetería, ¿no vienes a comer hoy?

—Voy camino del rancho. He tenido que ir al rancho de los Miller por una urgencia y aprovecho para ver las obras de paso, así no tendré que volver luego. Comeré tarde hoy, pero solo voy a dar una vuelta. Volveré pronto.

—Voy para allá. Luego comemos juntos.

—No hace falta, bobo, come tú.

—No, así veo contigo qué hay por ahí y a mi padre.

—Vale. Nos vemos allí. Luego comemos.

—Hasta ahora, guapa.

—Hasta ahora.

Cuando llegó al rancho, se paró en la entrada. Aunque la entrada aún estaba desvencijada porque seguro no habían llegado allí limpiando, sí que los vio a lo lejos.

Estaban poniendo las vallas y otros limpiando las malas hierbas para dejar la suficiente para que se contemplara la hierba baja y un prado verde precioso y los árboles.

Lo que se veía limpio, era maravilloso. Estaban haciendo un buen trabajo.

Al llegar a la altura de la casa grande, había un conglomerado de grúas y de obreros. Habían demolido la casa del capataz, el barracón y el granero y estaban llevándose los escombros y allanando para construir lo nuevo. Aquello iba rápido.

En dos días habían hecho todo eso. En ese momento llegó Luca con un todoterreno, se bajó del coche y la besó.

—¿Y ese coche?

—Es el mío, cielo, no siempre me muevo con el coche oficial.

—Pensé que no tenías.

—Pues, ese es mi niño. Tiene ya unos años, pero me gusta.

—Está muy bien.

Margaret venía a saludarlos.

—Hola, Margaret, ¿qué tal va la cosa?

—Todos están en las vallas y en el campo. Y aquí están los obreros. Son rápidos, doctora.

—Ya veo. Está quedando bien.

—Han dicho a Sam que mañana empezarán por el barracón de los muchachos y el granero y el almacén de herramientas y maquinaria.

—Estupendo. Solo quería dar una vuelta. Di a los chicos que he pasado. Solo era para ver cómo iban. Quizá vuelva el domingo por la tarde. O por la mañana. Si necesitan algo ya sabéis.

—Sí doctora Vera.

—¿Te hace falta comida?

—Pues ya casi me hace falta.

—Bien, te viene bien mañana a las cuatro en el supermercado.

—Muy bien.

—Perfecto y haremos una compra, trae la lista con lo que necesites.

—Como diga, doctora.

—Hasta mañana, Margaret.

—Hasta mañana.

—Adiós, Margaret —dijo Luca—. Dale recuerdos a mi padre. Quizá pase con Rosa el domingo y así lo saludo.

—Muy bien, *sheriff*.

—¿Comemos en la cafetería? —le preguntó Luca.

—Me parece bien, estoy muerta de hambre.

—Ve delante. Te sigo.

—Vale, cielo. —Le dio un beso y la siguió hasta que llegaron.

El viernes siguiente, ella se llevó los análisis a casa. Esa noche trabajaba Luca, pero cuando volviera el sábado, descansaría por la mañana y por la tarde se verían y abrirían los sobres.

Ya de todas formas se había recetado la semana anterior unas pastillas. Había tenido esa semana la regla y empezó el día anterior a tomarlas.

Ahora que las obras estaban en marcha y los chicos trabajando en el rancho que era más grande de lo que pensaba en un principio, ella había tenido gracias a Dios una semana tranquila, solo pacientes, salvo el del rancho de los Miller, pero se quedaba en casa descansando y se tomaba unas horas en el despacho de casa organizando el historial de sus pacientes.

Le gustaba repasarlos por segunda vez, por si se le pasaba algo.

El sábado, supermercado, limpieza y colada, como siempre y como no sabía si Luca se levantaría para la hora de comer, se esperó hasta lo más tarde posible trabajando en el ordenador, y a las tres como su novio no dio señales de vida se fue a la cafetería. No tenía ganas de hacer de comer.

Estaba cansada y generalmente el sábado que no tenía guardias, se dedicaba a la casa, y luego iba a comer fuera.

Estaba comiendo cuando entró Luca. Se fue hacia su mesa.

—Malvada, no me has esperado. —Y la besó. Se sentó enfrente de ella en la mesa.

—Quería dejarte dormir. Fíjate la hora que es. He venido lo más tarde que he aguantado. Eres un dormilón.

—Cielo, he estado toda la noche de guardia y ayer todo el día.

—Pobrecito. Bueno pide y comamos. Vamos a echarnos una gran siesta hoy.

—¿Qué bien! Me has tenido toda la semana a pan y agua.

—Tenía la regla. Eso no es por gusto, cariño.

—Tendré que acostumbrarme.

—No te quedará más remedio y que no te vea con ninguna.

—Pero si no miro a ninguna desde que tengo una pija neoyorquina española.

—Más te vale. —Rio ella.

—¿Quieres que vayamos a bailar esta noche?

—Sí, quiero salir un poco.

—¿Vamos donde nos conocimos? Cenamos y luego bailamos. El domingo trabajo temprano, pero no importa, termino a las cinco.

—Podemos ir al rancho luego, o yo voy por la mañana.

—Vamos cuando yo salga y veo a mi padre.

—Estupendo.

Cuando llegaron a casa de ella, tenía encima de la mesa dos cartas.

—Esta es tuya, guapo.

—Gracias.

—Y esta mía.

—¿Son los análisis?

—Sí.

Los abrieron y ella los leyó.

—Estamos estupendos. Si todo va bien, el mes que viene podemos hacerlo sin nada. Ya he empezado a tomar las pastillas ayer. Pero esperaremos un mes.

—No veo el momento. —Y se fue hacia ella. Se la llevó arriba y allí echaron un par de siestecitas...

Por la tarde fueron al lugar donde se conocieron. Se tomaron una hamburguesa y estuvieron bailando en el local de al lado, donde bailaron por primera vez.

Ella se había puesto un vestido a media pierna y con tirantes, elegante y negro, unos tacones altos y se dejó el pelo suelto, se maquilló y se perfumó.

Él llevaba una camisa negra y un pantalón del mismo color, por una vez no era vaquero, sino de corte italiano que le quedaba de maravilla y unos zapatos negros.

Recordaron la primera vez que se vieron, se tomaron unas copas y después de bailar abrazados, decidieron irse a casa. Al salir del local, miraron el motel...

—¿Nos quedamos? —le dijo Luca mirándola.

—No, prefiero ir a casa. No quiero que te vuelvas silencioso de nuevo.

—Qué tontita eres. ¿Quieres ir a mi casa hoy? Aún no la has visto.

—No estaría mal. ¿Has llevado allí a alguna chica? —le dijo, mientras subían al todoterreno de Luca.

—No, serás la primera.

—Eso me gusta, fijate.

—Sé que eso te gusta. Te pondrías celosa.

—Bueno, si la llevas después, sí, antes... también.

—Lo sabía. Pequeña celosilla.

—Tú eres más celoso.

—Eso es verdad. —Y la besó antes de arrancar el coche.

Ella fue a su casa por primera vez. Era igual que la suya y estaba decorada mejor de lo que pensaba. No tenía un estilo minimalista como el de la mayoría de los hombres.

Era normal. Sin muchos adornos. Necesitaba un toque femenino, pero ella no lo haría.

CAPÍTULO 11

Los siguientes dos meses pasaron en un suspiro, estaban a principios de Julio y pasaron sin darse cuenta.

En cuanto al rancho, estaban terminando la casa y las cuadras y les quedaban apenas medio mes a los obreros para terminar todo y pintar. El granero y el almacén para la maquinaria eran inmensos.

Cuando lo dejaron pintado y le echaron cemento a los suelos para alisarlos, quedaron maravillosos, se pintaron por fuera de gris oscuro y ambos almacenes , tenían unas escaleras de acero que llevaban a una parte alta, donde dejaron las herramientas en el almacén, debidamente colocadas y señalizadas.

Sam se encargó de ello. Habían comprado varios muebles de ferretería para meter luces, enchufes, tornillos de distintas dimensiones, tuercas... parecía una ferretería de verdad.

Y en la parte de abajo, las máquinas. Aquello era una inmensidad, preciosa, con dos puertas grandes correderas mecanizadas. Tenía un anexo exterior para meter el combustible. Una caseta para ello. El granero estaba prácticamente vacío. Allí meterían la paja y el grano, pero cuando la tierra diera grano y tuvieran caballos.

El barracón de los chicos estaba terminado totalmente. Daba cabida para veinte chicos. Al entrar, al frente, había unas escaleras que llevaban a la parte de arriba. Con cuartos individuales y al otro lado diez baños y diez duchas en el mismo cuarto alargadas, con veinte lavabos y espacio para poner sus enseres de baño.

Un gran armario para las toallas. Le había comprado para cada uno un color distinto, de cada clase. Un cuarto de lavado profesional y cubos para la ropa sucia enumerados para cada uno.

Una mesa en el centro para doblar la ropa y unas cuantas planchas con sus tablas para tal fin. En cada cuarto tenían sus camas, un armario empotrado, una silla, una mesita pequeña tipo escritorio, un espejo alto, sus sábanas, tres pares y tres mantas, dos edredones y una alfombra y una ventana en cada cuarto con su cortina.

Les había puesto algunos cuadros de caballos en los pasillos y en las habitaciones que cada uno pusiera lo que le apeteciera. Eso era parte de ellos.

En la parte de abajo del barracón tenían una gran cocina industrial, en la que cocinaría Margaret para todo el mundo. No iba a hacer tres cenas diferentes. Una gran isla con todos los utensilios necesarios, dos hornos y un gran frigorífico y despensa.

Una gran mesa alargada para sentarse de madera, sillas y taburetes bajos para comer los chicos y al fondo una sala de televisión con una pantalla enorme, sillones de cuero suficientes para sentarse todos, un par de sofás, un armario con juegos, para entretenerse, un futbolín, un billar y juegos de mesa.

El barracón era enorme y toda la parte de abajo era abierta. Había quedado preciosa. Les había puesto una columna de luces de punta a punta y litografías del rancho antiguas que tenía Patrick en la casa grande.

La casa de Sam y Margaret era sencilla, con tres dormitorios y un baño grande arriba con doble lavabo, armarios para todos los dormitorios, y debajo un despacho para Sam, una cocina abierta con una pequeña isla, un comedor, un salón y un aseo.

Un patio y jardín grande con cuarto de lavado y césped para sentarte. También se lo amuebló todo precioso, hasta le compró una barbacoa y sillas balancines para el porche y hamacas para el patio con sillas y una mesa.

Objetos de decoración, algunas plantas, las lámparas y todo cuanto necesitaba una casa.

Como cuando compró la suya. Y balancines en un bonito porche de madera.

Y llenó el despacho de Sam de todo lo necesario para que fuese trabajando allí ya con todo lo que habían gastado, facturas y demás, que luego lo tendría que pasar a la casa grande. Con la decoración, Margaret le dijo que estaba loca la doctora.

Que su casa era maravillosa.

Como era normal, todos los muebles se los puso Mabel. Que ya le tenía encargada la casa grande. Mabel estaba haciendo su año con la doctora.

Pagaron ya dos nóminas a los chicos, estos terminaron las vallas, limpiaron el campo y compraron grano para sembrar y estaban echando una mano al chico que se encargaba del campo en los sembrados y otros limpiaban alrededor de lo que ya estaba terminado, poniendo césped y construyendo en la parte de atrás de las cuadras un rodeo para domar caballos o por si hacían cursos para niños con problemas y montar. Ella compró lo necesario.

Adquirió una lápida preciosa para Beatrice con su cruz. Era pequeña y de mármol jaspeado. Vallas rodeando el pequeño cementerio. Y se la pusieron en la colina con los jarrones insertados para ponerle flores y agua. Ese día lloró Patrick. La llamó y le dio mil veces las gracias.

El trabajo le iba fenomenal, no había grandes problemas, y algunas cirugías menores, sus guardias, sus visitas a los mayores al menos una vez al mes y estaba contentísima, y sus pacientes también.

Con Luca, las cosas no podían ir mejor. Se estaba enamorando de ese *sheriff* y le preocupaba que esa relación no fuese a ningún lado, pero amaba su cuerpo *sexy* y grande, sus charlas, cómo era, y si él le decía que estaba loca por ella, ella no estaba menos por él.

El día que hicieron el amor sin protección, antes tuvieron una conversación en la que se mostraron fidelidad mientras salieran juntos.

Y Luca le dijo que por él no había problemas porque dónde iba a encontrar una pija *sexy* y guapa de Nueva York española. Si no miraba a ninguna mujer, porque no había otra para él.

—Si no miro a otra, pequeña, pero si aquí el celoso soy yo.

—Sí, hombre. Este cuerpazo —tocándolo— es mío solamente, agente. ¿Sabes que ya llevamos saliendo más de dos meses?

—Es todo un récord para mí.

—Y para mí. Pero estoy muy contenta contigo. Como si hubiésemos empezado ayer.

—Y ahora que puedo entrar en ti en cualquier momento sin preámbulos... estoy como loco. Pero no solo por eso, eres una mujer muy inteligente, interesante y tienes todas las cualidades que me gustan en una mujer.

El domingo, fue al rancho de nuevo. La casa estaba terminada, le quedaba apenas recoger. Los chicos estaban descansando y a las cuadras les estaba dando los últimos toques de pintura.

Tenía que ir con Mabel una tarde e ir anotando los muebles. Los chicos le pondrían el césped en el jardín, algunos árboles, los setos, y las flores tanto dentro como fuera. El lunes se lo harían.

Patrick y Sam iban a ir a ver caballos, y apartarían unos trescientos. Luca quería ir con ellos, así que aprovecharían un día que él tuviese libre.

Los caballos tendrían que estar ya para el mes siguiente. Mientras, comprarían todo lo

necesario para las cuadras y los caballos, y un par de cubículos para caballos.

Así que Patrick y Sam hicieron una lista de los materiales para las cuadras, para cuatrocientos caballos porque, aunque no tuviesen todos, los compraría por si acaso.

Ese era el plan para la semana. Más gastos. Bueno, esperaba que ya fueran los últimos.

El lunes fue a la tienda de Mabel nada más terminar de comer y estuvieron eligiendo muebles hasta las ocho de la tarde para su nueva casa. Iba a quedar maravillosa. El martes fue con los chicos a comprar lo necesario para las cuadras. Se llevaron las dos camionetas, porque iban a traerse un buen montante. El jueves terminó la obra y lo recogieron todo. Ella quedó con el arquitecto al día siguiente y le pagó lo que quedaba.

Lo felicitó porque estaba muy satisfecha y los chicos empezaron a poner en orden los útiles de las cuadras, a rellenar de césped la entrada de la casa y a dejar la explanada perfecta.

Había tres garajes para los coches, independientes.

Los chicos de Mabel vinieron además a amueblar toda la casa y allí estuvieron todo el día trayendo y colocando muebles. Margaret se encargó de colocar todo preciosamente.

Y el sábado compró el material de oficina y se lo colocaron, además de internet. Y una compra que se llevó de nuevo Margaret. Y otra para la casa grande.

Y miró su saldo. Había gastado otro millón y medio. Tenía dos millones aún para los caballos y dejaría uno en el rancho para ir tirando hasta obtener beneficios.

Todo estaba acabado, solo quedaban los caballos, el campo sembrado y todo lo demás era nuevo y colocado. Sam ya podía entrar en su despacho y pasarle la contabilidad, y miró su cuenta corriente, porque había pagado ya las nóminas de ese mes y ahora solo quedaba comprar los caballos. Y empezar a trabajar.

Cuando el domingo se pasó por la mañana con Luca, miró el rancho desde la entrada. Luca estaba alucinado, la entrada era preciosa, el camino maravilloso con flores a ambos lados, el césped en la entrada de la casa, los macetones, los geranios, el porche con sus tres balancines y su mesa.

Las cuadras a lo lejos con otro camino para llegar a ellos y a los almacenes. La casita de Sam, los barracones. El campo a lo lejos con sus vallas blancas. Subieron a la colina con Patrick y Sam.

—Esto es maravilloso —dijo ella—, perfecto. Es mi rancho —comentó, mirando a Luca, que la tenía cogida por la cintura.

Patrick estaba satisfecho; ella lo abrazó y a Sam, separándose de Luca.

—Gracias. Si no es por vosotros no tenemos este lugar maravilloso que es de todos.

El padre de Luca se emocionó y Luca no tenía con qué agradecer a su doctora hermosa, la felicidad que sentía su padre.

—Hemos acabado, ahora queda trabajar. Os felicito por este trabajo. Sam, en cuanto vea la casa, hablamos en el despacho. Tengo que coger las llaves también. ¿Necesitamos rifles?

—Sería necesario comprar algunos, doctora —dijo Sam.

—Bien. Me encargaré de comprarlos. Luca tiene el martes libre, podéis ir a ver los caballos los tres, por la mañana. A ver cuándo los traen.

Todos estaban satisfechos y se iban a quedar a comer en el rancho. Margaret había preparado un estofado e iban a comer todos juntos con los chicos en el barracón.

Mientras, Luca y ella fueron a ver la casa. Patrick se acercó al barracón y Sam se metió en el despacho.

La casa era maravillosa, muy grande, la piscina, el patio, se lo habían dejado precioso. Los dormitorios, todo, todo, era como ella quería. Cuando entraron al dormitorio, Luca le dijo que era una habitación escandalosa, dos baños y dos vestidores enormes.

—Ese será el tuyo cuando vengamos, el mío el de la derecha, como mi lado de la cama, que da a la ventana.

—¿En serio es el mío? —le dijo, cogiéndola por detrás y besándole el cuello.

—Sí, traeremos alguna ropa, esto está muy vacío.

—¿Sabes que eres preciosa?

—Sí, lo sé.

—Vanidosilla...

—Guapo. Vamos a ver la habitación de tu padre.

Cuando Luca la vio se quedó sorprendido. Era grande y maravillosa, con un baño para él solo, una mesa, un butacón y una cama grande y hasta una televisión y maravillosamente decorada en azul, en una salita aparte.

—Mi padre estará contento.

—Pregúntale. Pero creo que sí —dijo, riéndose—. Voy a ver a Sam. Ahora vamos a comer.

—Oye, Rosa...

—Dime, cielo...

—Gracias, de verdad.

—Venga. Pero si es mi casa...

—Ya lo sabes, por hacer lo que has hecho con mi padre. Está que no cabe en sí de gozo al ver esto.

—Ha trabajado mucho, no creas. Se ha ganado su sueldo.

—Lo sé.

Se fue a ver a Sam mientras Luca se dirigió al barracón a ver a su padre y a los chicos que esperaban la comida.

—Sam. ¿Cómo va eso? Nos hemos gastado un dineral, ¿no?

—Más o menos. Ya lo tengo casi todo pasado. Tengo aquí las carpetas con las facturas para dejarlo todo archivado, aunque esté en el ordenador. Espero terminarlo esta semana.

—Vendré a quedarme desde el viernes. Me quedo el fin de semana y podemos acabar con esto. Además, en cuanto los caballos estén comprados te voy a dejar el número de cuenta del rancho para que pagues las facturas. Quiero que mañana estés en la armería a las cuatro, vamos a comprar algunos rifles. Y encarga ya la paja y grano suficiente hasta que nos den los terrenos. Y la pagas. Para tenerlas aquí en cuanto estén los caballos. Vais tú y Patrick, y la compráis. Le haces una transferencia.

—Muy bien, doctora. Y el martes a por los caballos. Sam, elegid bien. Quiero que tengamos potros dentro de poco tiempo y hay que avisar a la veterinaria en cuanto vengan a que les eche un vistazo.

—De eso me encargo yo. No se preocupe.

—Bien. De todas formas, anota ya el número de cuenta para los pagos de la veterinaria y de la paja o alguna cosa que necesitéis. Lo usarás a partir de ahora para lo que necesites. Ya lo veremos todo el sábado y el domingo.

—Perfecto.

—¿Estás contento con tu casa?

—No puede ser más maravillosa, gracias. No teníamos nada y ahora recibimos casa y trabajo. Y todo gracias a usted.

—No hay de qué. Me gusta cómo trabajas. Os lo merecéis. Y ahora nos vamos a comer y a celebrarlo.

Comieron con los chicos; lo pasaron y brindaron por el nuevo comienzo.

Se despidieron de ellos, dándole las gracias a Margaret por la comida. Y les dijo que ya probablemente volvería el viernes.

El viernes también vendrían a colocarle un sistema de seguridad en el rancho.

Al día siguiente, Luca tenía guardia y ella cuando salió del hospital fue a comer y a comprar los rifles. Allí la esperaba Sam con la camioneta. Se saludaron, entraron a la tienda y estuvieron viendo. Sam le aconsejó unos.

—¿Cuántos compramos, Sam?

—Puede comprar seis o siete.

—No, vamos a comprar treinta y pediremos un descuento.

—Es usted una exagerada.

—Y si luego vienen más chicos, mejor que sobren.

Y compró treinta rifles y balas para un año para todo.

—Esto es una locura, doctora.

—Sí, soy una loca.

—Bueno, me voy a casa. Lleva eso al rancho y ponédlo donde Patrick y tú consideréis que debe estar. Y mañana hacedme un buen trabajo. Ya he visto algunos ejemplares por internet.

—Y ¿por cuánto salen?

—Entre ochocientos y mil doscientos dólares.

—Bueno, entre novecientos cincuenta y mil ejemplares y entre los tres elegís bien a mis yeguas y hasta mil quinientos dólares si son buenos. Los prefiero buenos.

—Hasta otro día.

—Hasta el viernes. Si nos lo traen antes, ya podéis empezar a trabajar.

—Adiós, doctora.

Y se fue a su casa a descansar. Se preparó un bocadillo y una cerveza y miró su cuenta. Tenía aún tres millones trescientos mil dólares. Si gastaba un millón quinientos mil dólares en caballos, le quedarían dos millones más o menos, suficientes para pagos hasta que empezara el rancho a dar frutos.

Eso tenía que preguntarlo. ¿Cuánto tiempo tardarían en tener beneficios? Si tuviera que poner otro millón a la cuenta del rancho lo haría, pero de momento tenía suficiente. No tocaría su cuenta.

Aún tenía en ella ciento veintiséis millones y poco. Eso era demasiado. Metió otro millón y dejó ciento veinticinco millones, así tendría cerca de tres millones. Y eso sería lo último. Pero no pensaba en invertir más, de momento. Tenía que mirar para su futuro por si tenía hijos. Y no había necesitado sacar de eso nada porque tenía un buen sueldo. Pero estaba contenta con la inversión que había hecho.

A propósito de hijos. No habían vuelto a hablar Luca y ella de nada familiar. Desde luego solo llevaban casi cinco meses apenas saliendo con él y eran una pareja fabulosa.

Se entendían perfectamente, bromeaban a menudo y comían en su casa o en la cafetería o le

llevaba algo de comer cuando tenía el fin de semana de guardia y él no.

No hablaban del tema económico ni tampoco de un futuro. Pero ella pensaba que era muy pronto. Cuando llevaran un año, podrían.

Pero estaba enamorándose irremediablemente de su *sheriff* y no sabía si él sentía lo mismo por ella, pero le encantaba ese hombre, cómo la mimaba, la ayudaba y su generosidad, su inteligencia, su aroma, la forma *sexy* en que llevaba el uniforme, sus botas y hasta su sombrero, lo bueno que era en la cama y cómo le hacía el amor de mil maneras distintas.

Y siempre le decía palabras hermosas y la trataba como una reina y se preocupaba por ella, cuando él tenía un trabajo más peligroso.

Debía dejar el tiempo correr a ver qué le traía a los dos. Ahora mismo estaba también centrada en que el rancho fuese viable. Confiaba en su gente.

El fin de semana siguiente lo pasaría en el rancho arreglando las cuentas. Invitaría a Luca. A dormir o a quedarse si disponía de un día libre.

Iba a estrenar su piscina. Hablando de piscina, tenía que comprarse ropa para el rancho. Iría a la tienda al día siguiente, mientras los chicos estaban comprando caballos.

Había una tienda de ropa en el pueblo y se compraría con el dinero extra que había sacado de las cirugías, y parte del sueldo de ese mes que había cobrado.

Ella ganaba un buen sueldo para lo barato que era el pueblo y lo poco que ganaba se lo gastaba en comida, y la mayoría de las veces no la dejaba Luca pagar, por eso salía poco, porque era tan tozudo... le iba a comprar ropa para el rancho también, quisiera o no, e iba a llenar los vestidores, así lo compensaría. Había ahorrado desde que estaba allí casi diez mil dólares y no se había comprado ropa, porque traía de Nueva York una barbaridad, pero ya era hora de comprarse. Era verano y empezaba a hacer demasiado calor.

Por la noche, esperó que viniese Luca de su guardia, aunque sabía que venía a las doce, lo esperó en el sofá con un camisón que ella tenía *supersexy*.

A las doce oyó el coche de Luca entrar en su casa, seguramente se ducharía y a la media hora llamó a su puerta.

Ella le abrió.

—No puedes abrirle así a cualquiera a esta hora de la noche.

—No eres cualquiera, eres mi hombre.

—Estás loca, ¿lo sabías? —Y la besó hasta que no pudo respirar.

—Sí, por ti. ¿Has comido?

—Estoy hambriento.

Luca seguía abrazándola.

—Yo me he comido un bocadillo.

—Me viene bien uno —dijo él sonriendo.

—Espera, te lo preparo. ¿Una cervecita?

Se apartó de él y fue en busca de una.

—Sí, cielo. Estás en todo. ¡Qué calor hace!

—Aquí hay aire acondicionado.

—Pero la calle hoy es un horno —le respondió Luca.

Mientras se comía el bocadillo, ella le habló sobre el tema de los caballos.

—Voy a darte la tarjeta que tengo para el rancho.

—¿Por qué?

—Para la compra de los caballos mañana. Quiero que los pagues al contado, y les dices que la condición es que la veterinaria los vea bien, si no, van de vuelta.

—Estás hecha una vaquera dura. ¿Cuánto piensas pagar por ellos?

—Quiero que sean buenos y yeguas igualmente. Vosotros veréis cuánto de yeguas y de caballos. Me ha dicho Sam que ha visto por internet entre mil y mil doscientos dólares, pero los quiero buenos, hasta mil quinientos podemos pagar por ellos, si los veis mejores. ¿Vale? Si ves algún semental muy bueno hasta dos mil.

—Como diga la jefa.

—A ver si te hacen un descuentito.

—Siempre regateando.

—Me encanta.

—No te preocupes, entre los tres te haremos una buena compra.

—Oye, Luca...

—Dime, cielo.

—¿Cuánto crees que empezaremos a tener beneficio en el rancho?

—Creo que en seis meses puedes ir obteniendo ganancias, pero mientras, puedes tener ideas, como rodeo para niños los fines de semana.

—Para eso tengo que contratar un buen seguro y no quiero en un principio llevar el rancho por ahí, me gusta la privacidad.

—Pues seis meses. Pero hay otra opción, comprar potros que crecerán y vender caballos pronto.

—Entonces, ¿qué opinas?

—Se pueden comprar algunas yeguas preñadas, potros y muchas más yeguas que caballos, con cinco sementales tienes. Será quizá algo más caro, pero obtendrás beneficios antes. Pero hasta dentro de al menos un año no tendrás beneficios netos.

—Bueno. Es parte del plan. Pues me llamas a las tres y anotas. Si son más de mil quinientos no pasa nada, llevas dinero suficiente.

—Primero miramos, comparamos precios y te paso un WhatsApp con la cantidad y el precio total.

—Perfecto. No sé cómo no te quedaste con el rancho de tu padre cuando eras jovencito.

—Porque sabía que te lo quedarías tú. De todas formas, me tienes siempre liado.

—Pero solo hasta que se compren. Ya queda poco.

—No me lo creo. Tengo dos trabajos y un sueldo.

—Pero tienes una novia rica.

—No quiero hablar de eso.

—Tontorrón...

—Tontorrón. Vamos arriba. Estoy muerto.

—Entonces, ¿no hay nada de nada?

—Estoy muerto, pero no tanto

—Ya decía yo...

La tomó en brazos y la subió para hacerle el amor como si fuese la primera vez. La dejó en la cama y la besó apasionadamente.

Le gustaba besarla y tocarle el pelo, bajar por su cuello hasta sus pechos y morderlos despacito, meter la mano en su sexo y tocarlo hasta provocarle un orgasmo inesperado y entrar en ella como un necesitado hambriento y hacerle el amor como si sus cuerpos fuesen uno, mientras ella se aferraba a su cuerpo y a sus anchas espaldas, a su pelo negro y a sus ojos azules y cuando

el mundo parecía detenerse, derramarse en su vientre.

Era para él lo mejor del mundo. No había nada mejor.

CAPÍTULO 12

El martes, se levantó temprano para ir al trabajo y dejó durmiendo un poco más a Luca, porque a él lo iban a recoger su padre y Sam a las nueve de la mañana para ir a ver los caballos.

Ese día tuvo una mañana tranquila en el trabajo y esperaba el mensaje de Luca, pero sabía que por lo menos hasta casi que saliera del trabajo, ellos también lo tendrían. Tenían mucho que ver, mientras los chicos preparaban las cuadras.

Cuando eran las dos, estaba en su despacho mirando unas carpetas de pacientes recibió el esperado mensaje de Luca:

100 potros, 500 yeguas preñadas jóvenes, 100 caballos, 300 yeguas jóvenes, con descuento, que es el transporte al rancho... 1 400 000 dólares.

Confiaba en ellos, así que dijo:

Sí, adelante.

Eran mil ejemplares, pero tenían cuadras para mil quinientos animales por si parían las yeguas. Porque al final se volvió loca por si tenía que meter más animales.

Seguro que iban en *pack*. Perfecto. Le encantaba. Y Luca pagó con la tarjeta que ella le había dado, revisaron de nuevo y quedaron en que el jueves le llevarían los caballos.

Cuando salió del trabajo, Luca le dijo que eran excelentes, preciosos, le iba a encantar y que Sam ya había avisado a la veterinaria para que los revisara en unos días a todos.

Se tirarían unos días en el rancho hasta terminar de revisarlos y si necesitaban vacunar, ponerlas y registrarlos. Ella les dijo que comiera allí, que no la dejaran sin comer.

Perfecto.

Ella se fue a comer, porque aún les quedaban un par de horas de camino y comerían por ahí, así que en cuanto tomó algo en la cafetería, se fue a la tienda de ropa.

Allí se compró de todo. Hasta un par de botas vaqueras y otras para entrar a las cuadras: vaqueros, mallas, camisetas, ropa interior de lo más *sexy* que tenían, alguna la dejaría en casa y el resto se lo llevaría al rancho. Una buena cantidad de ella y algunos camisones, un par de bikinis y un bañador.

Y, sobre todo, un sombrero. Faltaría más. Hasta un par de chalecos de flecos se compró. Algunas camisetas de manga larga y un par de rebecas largas, finas.

También cinco vestidos frescos, cortos e informales, y zapatillas deportivas, un par de chándal y zapatos bajos y un par de tacones, dos o tres bolsos y maquillaje, cosas de aseo para dejarlo en su vestidor. Alguna bisutería también.

Y perfume; ya se compraría ropa de invierno cuando llegara. Era por tener algo en el armario de su rancho.

Para Luca, que se compraba allí la ropa, como sabían su número, aunque ella también, le compró ropa interior, calcetines, dos botas y unas para las cuadras.

Un sombrero nuevo, tres vaqueros, seis camisetas y una docena de camisetas de manga corta y otras tantas de manga larga.

A él también le compró productos para el baño y su colonia favorita. Todo lo que él usaba. Un par de pantalones de deporte largos. Tres pantalones cortos y dos bañadores. Perchas ya le había comprado a Mabel.

Le iba a reñir, pero eso a ella no le importaba. El sábado cuando fuese, pondría todo en

orden en los vestidos y las cómodas y mesitas preciosas con las que había decorado su gran habitación. Incluso tenía televisión y un equipo de música. Y aún no la había estrenado.

Le encantaba y si había algo para planchar, le daría un repaso. Las cosas del baño las compró en el supermercado y en el bazar. Y no se quedó corta.

Salió contenta con su compra, pero la dejó en uno de los dormitorios tal como se la dieron y separó las suyas de las de él. Si las veía Luca, ya tenían discusión. Y no quería. Era un regalo personal para ellos.

Se dio una ducha, se puso un chándal y había comprado una tarta de camino a casa, porque los chicos iban a pasar por su casa. Tomarían café y charlarían de la compra.

Se tumbó un rato en el sofá hasta que llamaron a la puerta. Se había dormido una horita. Les abrió a los chicos que venían muy contentos. Los saludó con un abrazo como siempre, y Luca la besó en los labios y la abrazó.

Se sentaron en el sofá del salón y le contaron la compra tan hermosa que habían hecho. Los potros se podrían vender pronto. Y las yeguas parirían también, y así podrían ir vendiendo pronto y obtener beneficios.

Luca le dio la tarjeta y ella hizo café y sacó un trozo de tarta a cada uno.

—Bueno, ha llegado la hora de empezar. ¿Qué tal Patrick?

—Estoy emocionado y con ganas de empezar.

—Pero, suegro, si llevas trabajando ya unos meses duros.

—No sabes cómo te agradezco esto y que dejes el mismo nombre del rancho. Ha quedado maravilloso. El mejor de todo el condado.

—Porque todo es nuevo. Si ganamos dinero, iremos invirtiendo una cantidad en comprar más animales. Las cuerdas deben estar llenas.

—Y lo estarán.

—¿Tenemos con esos, chicos?

—De momento, sí, por ahora no hace falta más, el grano aún no ha nacido y somos siete, aunque Sam tiene que hacer el papeleo, pero nos la apañaremos con los que estamos de momento.

—Bien, daremos un año y veremos.

—Es lo mejor —dijo Luca—. No gastes más dinero por ahora.

—No, solo nos queda la veterinaria y el resto ya son facturas normales y nóminas o comida. Para la casa y el ganado. Tenemos que hacer un balance a ver cuánto gastamos mensualmente, Sam. A partir de ahora, ya serán gastos normales.

—Muy bien, eso ya lo tengo en un programa contable.

—Le echaremos un vistazo el sábado y el domingo, si no terminamos.

—Me voy a ir al rancho el fin de semana —le dijo a Luca, mientras tomaban el café y la tarta—. Quedaré con Margaret el viernes por la tarde, haremos una buena compra y que se la lleve; luego, cogeré algunas cosas y me quedaré hasta el domingo por la noche.

—Yo tengo el viernes hasta la tarde, el sábado hasta mediodía y el domingo libre.

—¡Qué bien! Puedes venirte.

—Iré, sin duda. Pasaremos el fin de semana en el rancho. Vamos a ver cómo se portan los caballos en ese campo.

Cuando terminaron el café, Sam y Patrick se fueron al rancho y ellos se quedaron solos.

—Ven aquí, pequeña. Te he echado de menos. Y la sentó en sus rodillas y le metió la mano entre sus pechos a través de la camiseta del chándal y la tumbó en el sofá besándola y acariciándola. Se quitaron la ropa e hicieron el amor lentamente, como si no tuvieran prisa, pero ella le animó porque iba a tener un orgasmo y él no pudo aguantarla y estallaron en un clímax

brutal y potente.

—No sé por qué no te puedo aguantar cuando vas a tener el orgasmo.

—Porque no quiero que te aguantes, me encanta que pierdas el control, agente.

—Eres muy mala, preciosa. Estaba deseando llegar, pero quería comprarte los mejores caballos. Mi vaquera...

—Gracias. La verdad es que todo el mundo ha participado de maravilla.

—Cielo, les pagas muy bien, es normal que hagan su trabajo.

—No, no es eso. La gente puede hacer su trabajo bien y puede hacerlo con entusiasmo y de la segunda manera trabajan. Y Sam ha hecho un buen cuadrante para los fines de semana, porque son chicos jóvenes y deben salir. Así que ha hecho guardias, uno se queda los fines de semana y se van turnando. Y ellos también descansan. Pero no quieren, dan solo una vuelta. Y me parece bien, pero cuando tengan que ir a algún sitio o les toque vacaciones tendrán que cogerlas.

—Eres una mujer interesante.

—¿Ahora te das cuenta?

—Cada día me gustas más. ¿Cuánto llevamos saliendo?

—Cuatro meses y medio, y tengo miedo.

—¿Y eso por qué, pequeña? —le dijo, mientras la tenía desnuda en sus brazos—. Soy el *sheriff*, no puedes tener miedo conmigo.

—Pues lo tengo. Tengo miedo de enamorarme de ti. Tienes muy buenas cualidades y eres perfecto para mí.

—¿Y por eso tienes miedo?

—Sí, lo tengo... a que no me correspondas.

Él permaneció en silencio un buen rato.

—Vale, no contestes, ¿qué piensas?

—Nunca me he enamorado. Sí, que nunca he conocido a nadie como tú que me vuelva tan loco y que quiera hacerle el amor y que no me haga pensar en otra.

—Quizá eso sea amor.

—No sé, cielo. A eso tengo yo miedo.

—¿Pero por qué? ¿No será por lo que le pasó a tu madre?

—Puede ser. Ver a mi padre solo siempre. Él la amaba de verdad, y nunca hubo otra mujer en su vida.

—Porque él no ha querido, era un hombre joven con un hijo difícil, como para meter una mujer en su casa.

—No lo había visto de esa manera.

—Él te quería mucho, pero se lo pusiste difícil. Ponte en su lugar, sufría por el amor de su vida y por su hijo. Seguro que le prometió a tu madre hacer de ti un buen hombre. Y no pudo. Pero te quiere más que a nadie en el mundo. Y está muy orgulloso del hombre en que te has convertido.

—No, te quiere más a ti, y estoy celoso.

—Pero qué tonto eres, cómo va a querer a alguien más que a su propio hijo. —Y le acarició en el pecho.

—Porque veo cómo te mira, como la hija que siempre quiso tener, con agallas, echada para adelante, trabajadora incansable y que no tiene miedo a nada, y que le gusta el rancho.

—Tengo dinero, que es diferente.

—No es por eso, es por cómo eres.

—Pero la gente forma una familia y no todos tienen la mala suerte que tuvo tu madre. Y si te quedas solo, te buscarás otra mujer, no hagas como tu padre, la vida es corta, y hay muchas

mujeres especiales.

—No seas boba ni digas esas cosas, que me pongo malo.

—Bueno, pero eso tienes que superarlo, cariño. Piensa en ello.

El viernes, cuando salió del trabajo, comió en la cafetería con Luca que ya la estaba esperando. Le dio un beso y se sentó con él. Pidieron un plato combinado y dos cervezas.

—¿Qué tal el trabajo, cielo?

—Ha sido una mañana movidita para ser viernes. Pero bueno, muy bien, más estresante era en Nueva York, estoy contenta. La semana que viene me toca visitar a los mayores y a ver si me da también tiempo para dar una vuelta a los ranchos. Al menos por algunos. Me los voy a tener que repartir por días. Si no, voy a ir estresada y no quiero.

—¿Por qué haces eso si no te llaman?

—Me gusta ver cómo está la gente. A veces no vienen por falta de tiempo, pero si tienen más de cincuenta años, les tomo la tensión al menos y les pregunto. Me gusta hacerlo y ellos lo agradecen.

—Eres una buena doctora. Y una gran mujer.

—¡Vaya!, qué bien empiezo el fin de semana. Y tú, ¿qué tal?

—Nada del otro mundo. Ahora está la cosa tranquila. Multas de tráfico y pruebas de alcoholemia. Sin novedades. También me paso por los ranchos, no creas. Aunque no hay robos, me gusta pasar para ver y saludar y que sepan que estamos vigilantes.

—Ahora cuando coma voy a ir al supermercado, he quedado con Margaret a las cuatro. Para la compra semanal del rancho.

—¿A qué hora vamos al rancho?

—Después de la siesta. Necesito dormir un poco. Me llevaré el coche oficial y el traje para mañana. ¿Cómo vamos a dormir allí?

—Esa pregunta es una tontería. Vamos a estrenar mi gran habitación o ¿esperas dormir en las cuadras?

—Qué graciosa. Lo digo por mi padre.

—Luca, tu padre no es tonto, sabe que salimos hace meses, no esperarás que crea que no nos hemos acostado. La habitación esa la hice pensando en nosotros.

—¿De verdad?

—De verdad. Nadie mejor que tú para eso.

—¡Te adoro!

—¡Vaya, ya al menos es algo!

—Pero no te acostumbres, pequeña.

Al salir de la cafetería, ella se fue al supermercado y él se marchó a casa, le dijo que iba a darse una ducha y se tumbaría en el sofá, que la llamara después.

Cuando Rosa llegó al supermercado, ya estaba Margaret esperándola. Hicieron una compra con la lista que ella traía y otras cosas que quiso comprar Rosa para la nevera de la casa grande, aunque comerían de la compra que hiciera Margaret, prefería hacerlo en la casa y estrenarla.

Así que compró bebidas, una tarta para ellos, aunque también otra para el rancho, algunos embutidos, frutos secos, pan, frutas, latas, otros cuantos productos y una botella de *champagne* para estrenarla por la noche con Luca.

También compró con su tarjeta una compra para su casa. Con la del rancho compró la comida para el rancho y le dio la factura a Margaret para que se la pasara a Sam.

Llenaron la camioneta y le dijo a Margaret que se pasara por su casa antes de irse al rancho, así que cogieron la camioneta y aparcaron en la casa. Ella le sacó toda la ropa que había comprado para que la colocara en los vestidores y los cajones. Les quitaría las etiquetas y planchara lo que estuviese arrugado.

—El mío es el de la derecha y el de Luca el de la izquierda, Margaret.

—Sí, doctora.

—Habrá algunas cosas que hay que planchar, pero si no te da tiempo hoy, mañana, no te preocupes.

—Espero que me dé tiempo.

—Iremos más tarde al rancho. Que te ayuden a colocar las compras entre todos.

Y se fue al rancho a colocarlo todo.

Cuando llegó a su casa, colocó la compra, puso una lavadora, recogió un poco la casa que dejó limpia y se duchó. Se puso un chándal cómodo y unas zapatillas y fue a casa de Luca.

Cuando lo llamó aún seguía durmiendo. Estaba descalzo y con el pelo revuelto y no podía estar más *sexy*.

—Hola, encanto. Eres una marmota ¿sabes? —le dijo Rosa echándose en sus brazos y cerrando la puerta.

—Sí, estaba muerto de cansancio.

—¿Quieres dormir otro poquito?

—Quiero hacer otra cosa que dormir.

—Pues aquí me tienes.

Y la cogió del brazo, le dio un tirón, la tumbó en el sofá, y empezó a desvestirla.

—Vaya, parece que la autoridad tiene prisa.

—Sí que tengo. Te deseo y estaba teniendo un sueño erótico, mira. —Y le cogió la mano y se la puso en su miembro duro preparado para ella.

—Es verdad, habrá que solucionar ese sueño para que llegue al final.

Y entró en ella sin espera, la tomaba por las caderas y la penetraba con fuerza hasta el fondo y gemían y se besaban y él le decía en su boca palabras eróticas.

—No sabes lo que siento estando ahí dentro. Eres mía y no puedo estar sin ti, pequeña —le decía jadeante.

—Pequeño, no voy a aguantarte mucho si sigues esa marcha.

—Me encanta esa marcha, porque luego podemos marchar más despacio.

Y temblaron, vibraron sus cuerpos al unísono gritando sus nombres.

Cuando al fin descansaron, ella estaba recostada en sus brazos.

—Ha sido genial, no puedo aguantar tu cuerpo *sexy*.

—¡Qué boba! Yo no puedo aguantar estar dentro de tu cuerpecillo pequeño.

—No soy tan pequeña...

—Sí, para mí, sí.

—Porque eres demasiado alto y estás demasiado bueno. —Y le tocó su sexo, libre de ataduras.

—Cuidado, doctora, o tendré que ir a urgencias.

—No me importaría, tendré que observarte y tocarte.

—¡Qué doctora más malvada! —Y ella bajó a su miembro y lo metió en su boca.

—¡Loca!, qué haces...

—Revisando la urgencia.

—Oh, aahh, pero preciosa... Dios.

Y ella lamía sus pliegues, los estiraba, y él se moría de placer porque había aprendido a hacerle el amor demasiado bien, le gustaba demasiado y se rendía a sus encantos y se rendía a ella y a su boca; ella amainó el viento con su lengua y él se vació como un loco, gritando su nombre.

—Por Dios, pequeña... has aprendido mucho.

—Bueno, eres un buen paciente.

Y cuando se recuperó, le enseñó cómo era él ejerciendo de agente de la autoridad, y lamiendo su sexo, le provocó a ella un orgasmo profundo y delirante y sin espera la penetró de nuevo y le enseñó lo que hacía en Alabama un *sheriff* como él.

—¡Ay, Dios!, ahora sí que me dormiría aquí. Pero creo que no puedo ni mover las piernas, *sheriff*.

—¡Qué exagerada!

—Exagerado tú, que te gusta mucho el sexo.

—Mira quién fue a hablar, la pija neoyorquina.

—A mí me gusta, pero contigo.

—Lo mismo digo, guapa. Jamás pensé estar tantos meses con una misma mujer sin pensar siquiera en querer acostarme con otra.

—Si se te ocurre, tendré que usar el bisturí.

—Ay, Dios, qué peligro.

Y se besaron y acariciaron. La dejó dormir una hora. Pero debían irse al rancho. Él tenía que madrugar al día siguiente.

—Loquita, despierta. Tenemos que irnos. Vamos a llegar para la cena.

—¿Qué hora es?

—Casi las ocho.

—Por dios, qué tarde, me lavo la cara y nos vamos. Ya he cerrado mi casa.

—¿No te llevas ropa?

—Tengo allí alguna ya. Me voy en chándal.

—Pues vámonos.

—Espera, de todas formas, tengo que entrar a coger las llaves del monovolumen.

Se lavó la cara y se alisó el pelo, se hizo una cola y entró a su casa a por las llaves del coche. Él le dijo que la seguía.

CAPÍTULO 13

Cuando llegaron al rancho estaba cayendo el sol. y Ella se paró en la entrada y él también.

—¿Qué pasa cielo? ¿Por qué paras?

—Quería contemplar esta belleza desde aquí. Mira. —Y señaló las colinas—. Están bajando los caballos. ¿A que son preciosos?

—Son tan preciosos como tú.

—¿Habré comprado pocos?

—No, espera unos meses, al menos tres. Que paran las yeguas, que crezcan los potros. Y que los caballos monten a las yeguas que de eso tiene que ocuparse los muchachos.

—Bueno, menos mal que te tengo.

Él se apoyó en el monovolumen y la cogió por detrás abrazándola y miraron ese rancho tan precioso que había quedado.

—La verdad es que resulta maravilloso. Ni cuando era de mi padre, estuvo nunca así. Es perfecto.

—¿Has visto qué bonitas son las cuadras con cubiles a cada lado? Me encantan lo anchas y grandes que han quedado. Y los dos cuartos a la entrada para los materiales.

—Sí, yo solo espero que amortices lo que has invertido y creo que tardarás al menos unos años.

—No me importa. Ya te dije que era más una inversión que ganar dinero. Eso sí, no quiero pérdidas, a partir de un año tiene que mantenerse solo y dar algo al menos. Además, pienso invertir algo en bolsa a ver si amortizo ese capital.

—No seas loca, Rosa, a ver si vas a perder dinero.

—Conozco a un bróker de Nueva York, le hice una operación y me dejó su teléfono, no creo que me engañe, la semana que viene lo llamo.

—Dios, ¡cuánto sufro contigo!

—¡Qué bobo...!, venga, vamos a esa casa tan bonita.

Cuando llegaron al rancho, el padre de Luca estaba sentado en el porche y se levantó a saludarlos.

—¡Hola, papá! ¿Cómo estás? —Y le dio un abrazo.

—¡Hola, hijo! Estupendamente, los chicos han ido a por los caballos. No han querido que yo fuera.

—Mejor, suegro, déjelos que trabajen, usted es el capataz.

—Sí, pero ahora cuando terminen, se van cuatro el fin de semana a divertirse.

—Es que se lo merecen. ¿Cómo ha estado todo?

—Estupendamente. Vino la veterinaria esta semana. Sam le ha pagado. Están todos vacunados y perfectos. Pasará dentro de dos semanas a ver a las yeguas que están preñadas. Y por si hay alguna novedad.

—¿De cuánto están preñadas las yeguas?

—La que menos de siete meses, pero la mayoría están de diez.

—Pues entonces tendremos potros en un mes.

—Sí, señora.

—Pues hay que hacer que el resto se queden preñadas.

—Estaremos al tanto de sus celos.

—Bueno. ¿Ha comido, Patrick?

—No, no he cenado aún.
—Voy a ver a Margaret y que nos traiga algo al porche. ¿Cenamos en el porche? Se está bien aquí.
—A mí me parece bien.
—A mí también —dijo Luca y se sentó al lado de su padre. Mientras ella iba a casa de Margaret.
—¿Cómo va todo, hijo?
—Bien, papá, el trabajo perfecto, estamos en un lugar tranquilo, a no ser que alguien se vuelva loco, no tenemos ni robos siquiera. Un par de situaciones de vecinos, pero poco más.
—Me refiero a ella. ¡Mírala!
—La veo. ¡Es preciosa!
—¿Y qué tienes pensado hacer?
—¿Hacer de qué?
—¿Vas a seguir otros cinco meses igual que ahora?
—¿Y qué quieres que haga?
—Que le pongas un anillo en el dedo, antes de que te la quiten.
—No soy de esos.
—Te dije que no le hicieras daño, ¿acaso no estás enamorado de ella?
—Estoy loco por ella. No hay otra para mí.
—Eso es estar enamorado, hijo. Tienes una edad, quiero nietos.
—Pero, papá, tú nunca...
—No me lo has preguntado, pero quisiera ver a mi hijo casado y con nietos y ahí tienes a tu mujer. No vas a encontrar a otra mejor.
—Tiene dinero y gana más que yo.
—¿Y qué pasa? A ella eso no le importa.
—Que me gustaría ser yo el que la mantuviera.
—No va a mantenerte. Tú ganas tu sueldo y ella no tiene la culpa de tener dinero y debes dejar de ser tan, tan... me dan ganas de darte un puñetazo. Pero si te la quitan, no digas que no te lo advertí. Es una mujer familiar. Además, podéis juntar los sueldos para manteneros. Ella tiene su dinero aparte para el rancho y el otro es suyo. ¿Acaso gasta mucho o se compra joyas o alardea de su dinero?
—No. Jamás.
—¿Sale demasiado, fuma, bebe?
—No.
—Entonces, tenéis dos buenos sueldos para vivir.
—Tendría que vivir en su casa y en su casa del rancho.
—¿Y qué problema tienes? Además, tú tienes algo ahorrado, lo pones como parte de la casa.
—No sé, papá, me impone. Pero, eso sí, me gusta y nadie va a quitármela. Es mía. Y el padre lo miraba de reojo. Su hijo estaba enamorado. Sabía que algún día vería eso, se daría cuenta y no podía ser más feliz.
—Vamos a dormir juntos esta noche arriba.
—No esperaba menos. ¿Crees que tu padre es tonto? Ella ha hecho la casa pensando en ti y en mí también y quiero ser familia para ella. Es tan guapa...
—Papá...
—¿Qué?, si tengo un hijo un poco tonto... da un paso más. Ahí viene...

—Hola, ¿no habéis sacado una cervecita? —Y se sentó con ellos—. Le he dicho a Margaret que nos traiga aquí la comida. —Luca entró a por las cervezas.

Le había dicho que había colocado la ropa y planchado. Ella le dijo que no corría prisa, pero Margaret dijo que había poca para planchar y quiso quitarla. Y le dio las gracias. Era una mujer tan eficiente... Todo lo mantenía impecable y limpio, y la comida era buenísima.

—Hija, ¿has visto qué preciosidad de caballos?

—Sí, los vi al venir. Nos paramos para verlos, pero me parece que he comprado pocos. Eso le he dicho a Luca.

—Espera un poco. Unos meses y ya veremos.

—Lo mismo me ha dicho Luca. Mañana iré a verlos a las cuadras cuando los traigan del campo. Por la mañana tengo papeleo para dar y tomar con Sam. ¿Qué te ha parecido la veterinaria, Patrick?

—Es muy buena. Yo siempre la he tenido. Primero a su padre y después a ella. Y sabe lo que hace.

—Me alegro. Ahí viene Margaret con la comida.

Y comieron en el porche y ella hizo un café y un trozo de tarta y parecían los tres una verdadera familia. Luca se sentía bien.

Nunca estuvo así de relajado con su padre. Había tenido que venir ella a poner paz entre los dos. Se querían, pero no sabían tratarse, y ella lo había conseguido. Hasta darle un abrazo a su padre. Porque ella también se lo daba.

El padre se retiró, un rato después de tomar el café. Ella le dio dos besos y las buenas noches y su hijo también le dio las buenas noches. Y se quedaron un ratito más en el porche.

—Eres muy buena con mi padre.

—Lo quiero mucho. Desde la primera vez que lo vi tan solo con la mano machacada. Fue algo mutuo. Es como mi familia, como el padre que nunca tuve, así que debes aprovecharte porque lo tienes vivo, es bueno, está orgulloso de ti, te quiere mucho y debes abrazarlo.

—Me preocupo mucho por él.

—Pero decirle que lo quieres también es importante.

—A este paso me vas a hacer un blando.

—Eres blandito cuando quieres. Y duro también te pones.

—¡Qué mala eres! Todo lo trastocas.

—Hoy estoy muerta, tú al menos has echado siesta, pero yo no. Nos vamos a dormir.

—Venga, voy a coger el uniforme del coche, que tengo que madrugar. Vendré para comer a mediodía, pero tarde.

—Te esperaré y comemos juntos.

—No hace falta, cielo.

—Te esperaré.

—¡Qué mujer más terca!

Cerraron la puerta y subieron a la habitación.

Cuando Luca entró en ella fue al baño, pero no pudo menos que mirar el vestidor. Lo repasó y miró la mesita de noche y la cómoda. Ella hacía como que no lo miraba desde su baño, pero sabía que había visto la ropa. Y los enseres de baño.

—A ver, pequeña, ¡ven aquí! —Mientras, ella salía del baño de ponerse el pijama y lavarse los dientes.

—¿Qué pasa? —preguntó, sabiendo lo que le esperaba.

—Eso quiero yo saber, qué pasa. ¿Desde cuándo me compras la ropa?

—Desde esta tarde. No me pude resistir, necesitábamos algo de ropa para el rancho.

—¿Tú quieres que nos enfademos, verdad?

—No, quiero que no nos enfademos. Es un regalo. ¿No puedes aceptarlo?, es solo un poco de ropa.

—Un poco, ¿es de todo?

—¿Y qué? —Se fue hacia él y tocó su miembro a través del chándal.

—Eso no te va a servir esta vez.

—Ni uno para dormirme tranquila...

—Nada.

—¿En serio? —Mientras, metía la mano y sentía crecer su pene entre las manos—. Parece que esto sí que funciona.

—Rosa, te lo digo en serio.

—Y yo también. Deja de ser tan tonto. Tú me invitas siempre a la cafetería y cuando salimos algún viernes no pago nada. Y no aceptas un pantalón vaquero que te compre.

—Mira que eres... sabes que no es un pantalón, son varios, camisas y camisetas y ropa interior. Botas y hasta un sombrero.

—Bueno, la ropa interior no la necesitas ahora. Ven, agente.

—Espera, voy al baño y vuelvo.

—Te espero desnuda en esa cama que vamos a estrenar y que no vas a estropear por un pantalón.

—Uffff. Cómo me pones, de verdad.

—¿Cómo te pongo?

Y él movía la cabeza porque no podía con ella.

Al final, Rosa ganó la batalla, porque hicieron el amor antes de caer rendida en sus brazos.

Cuando se levantó por la mañana, ya se había ido Luca, se levantó y desayunó en la cocina. Patrick no estaba. Cuando entró en el despacho, allí estaba Sam.

—Hola, Sam, buenos días. ¿Preparado?

—Buenos días, doctora. Preparado.

Le enseñó el montón de facturas que había separado, las de la obra, las de la comida, luz, agua, impuestos, nóminas, materiales de oficina, de animales, etc. Había sacado un programa contable y le fue explicando dónde metía cada partida desde el levantamiento de la hipoteca hasta el último impuesto.

Todo estaba perfecto, coincidía con las facturas y tenía preparadas ya las siguientes nóminas para dentro de una semana.

Hicieron el cálculo de lo que había gastado en total, que ya lo sacaba el programa solo. Se había gastado en su inversión 13 130 000 dólares. Así que le quedaba en la cuenta del rancho 2 170 000, tendría que funcionar con ese dinero, hasta que fueran ingresando beneficios.

Según Luca, empezaría a amortizar en unos años, así que ese dinero le debería de dar por lo menos para no menguar demasiado esa cantidad, pagar todos los gastos y nóminas y luego ya pensaría en aumentar esos beneficios.

De momento no gastar mucho más, sino mantenerse con lo poco que ganaría al menos en un año y ver qué tal iba todo. Si al menos ese año terminaban a cero, no estaría mal.

Era optimista.

Empezaría a contar a partir del uno de enero y harían los cálculos hasta el 31 de diciembre y así sabrían si obtenía beneficios y, sobre todo, los beneficios netos.

Estaba muy orgullosa de lo que había conseguido. Si la vieran sus padres, se sentirían orgullosa de ella.

No había podido volver a España y quedarse con las fábricas de aceite y aceituna. Al fin y al cabo, sabía tanto de aceituna como de caballos y de ranchos.

Pero después de tantos años de vivir en Estados Unidos, se sentía parte de ese lugar. Ya en España, no le quedaba nadie, salvo recuerdos y la gran decisión de irse a Alabama fue todo un acierto.

Si sus padres vivieran, los llevaría a ese rancho, aunque fuese algunas temporadas. Aquello, como Martos, era un remanso de paz, cuando salías al campo.

Martos, porque estaba rodeada de olivos verdes y preciosos y el paisaje era maravilloso y los amaneceres y atardeceres en su rancho, no tenían precio.

Además, daba trabajo a personas, por esa razón quería que el rancho funcionara y tuviera beneficios.

De ella dependían algunas personas, personas trabajadoras y entusiasmadas porque todo saliera bien, que la respetaban y la querían, y Rosa a ellos y formaban una gran familia.

Por eso y por muchas razones, no podía volver ya, esa era su vida ahora. Todo su mundo. Un mundo maravilloso en el que era muy feliz, en el que trabajaba mucho y en el que era admirada y querida. En el que ella amaba y quería a la gente y era mutuo. Era libre y amaba esa tierra.

Algunas veces intentaba recordar a sus padres, pero se le hacía difícil recordarlos, salvo en las fotos que tenía guardada en una caja y que se la llevó al rancho, porque allí era más fácil verlas con otra perspectiva.

No solo Luca había perdido a su madre, ella los perdió el mismo día a los dos. Recordaba una vorágine de llantos y lágrimas y a ella la apartaban de todo.

Tenía catorce años y se daba cuenta de todo. Era su último año de colegio y recordaba haber sido una adolescente triste y apagada.

Cuando su dolor pasó, fue al cabo de los años y cuando verdaderamente se sintió feliz, fue al entrar en la Universidad en Estados Unidos.

Era lo que sus padres habían dispuesto para ella. Pero ¿por qué sus abuelos entonces le mandaban lo justo para vivir?

Se lo había preguntado la última vez que fue al entierro del abuelo. ¿Por qué, si sus padres tenían todo ese capital y los abuelos también?

No es que ella hubiese pasado dificultades económicas, pero tampoco había vivido holgadamente hasta que terminó la universidad y trabajó para ganarse bien la vida y ya no le enviaron nada más.

Era extraño, pero quizá entendía que querían que se hiciera una mujer fuerte y con una vida propia y no una niña señorita y mimada. Si era por esa razón, lo entendía perfectamente y además les daba las gracias, porque sabía mirar por el dinero.

¡Cuántos recuerdos tenía a veces!

Su madre abrazándola y su padre mimándola como a una princesa...

Pero de eso hacía tanto tiempo...

Ahora tenía los brazos fuertes de Luca.

CAPÍTULO 14

Cuando acabó con Sam y todo correspondía, siendo correcto con los números que ella tenía, Rosa lo felicitó y Sam la dejó sola en el despacho. Ella, aun siendo sábado, llamó a su amigo bróker de Nueva York.

Se había hecho buen amigo de él desde que lo operó de unas piedras en el riñón unos meses atrás antes de ir a España, y él le dejó su tarjeta y la animó a que invirtiera.

Lo llamó, aunque fuese sábado, seguro que el resto de los días estaba muy ocupado.

—Ernest...

—Sí, dígame...

—No sé si te acordarás de mí, soy Rosa Vera, la doctora que te operó de las piedrecillas de tus riñones.

—Claro que me acuerdo —dijo, sonriendo al otro lado de la línea—. No pude estar en mejores manos, ¿cómo le va, doctora?

—Pues muy bien. Ahora vivo en Alabama.

—¿Y qué hace mi doctora favorita en Alabama?

—Trabajo en un hospital más pequeño y tengo un rancho. Heredé dinero y he invertido en un rancho de caballos y como he hecho una buena inversión y tardaré en amortizarlo, quería preguntarte si invertirías bien un poco de dinero como me comentaste.

—Eso ni lo dude. Además, es el mejor momento para la bolsa.

—Pues cuéntame un poco cómo va eso y cuánto debería arriesgar y en qué, aunque no entiendo mucho de ello ni lo entenderé nunca, y lo dejaría en tus manos y espero recuperar lo que he invertido.

—Yo espero que lo haga, confíe en mí y en nuestra empresa. Tú ganas, nosotros también ganamos. ¿Cuánto quiere invertir?

—¿Cuánto se gana con eso?

—Digamos que puede ganar hasta un 70 %, un 50 % menos de lo que yo me llevo y Hacienda.

—¿Cuánto te llevas?

—Un 20 % y otro tanto Hacienda.

—Bueno, está muy bien. Supongamos que invierto once millones.

—¿Cómo?

—Lo que oye. Once millones de dólares, cuánto puedo sacar y en cuanto tiempo si lo inviertes bien.

—Ahora invertimos en empresas informáticas, es lo que más da y es más rápido. Si inviertes once millones puedes sacar si todo va bien seis millones y medio, y recuperas tus once. Menos el 20 %, digamos que recuperas tus once millones y cinco millones doscientos ochenta mil. El resto es mío. Un millón trescientos veinte mil. Y otro tanto para Hacienda, con lo que te quedas cuatro millones novecientos mil.

—Buenooo. Me gusta eso, quizá invierta quince millones, para recuperar la inversión que he tenido.

—Confía en mí. Te hago la cuenta. Si son quince millones, me pongo en el 60 %, pero podemos ganar hasta el 70 % si hay suerte. En ese caso sacarías siete millones doscientos mil dólares, y ahora es el momento. La bolsa está en alza.

—Pues te digo que sí. ¿Cómo lo hacemos?

—Dame un *mail*. Te mando un contrato, lo imprimes, lo firmas y me lo reenvías, haces la

transferencia a esta cuenta que te envío y estamos en contacto. Pásame el *mail* y te digo cómo hacemos todo, te lo hago a través de mi empresa. Es mucho dinero, Rosa, y no voy a engañarte, podemos ganar menos o perder algo.

—No me importa, me voy a arriesgar por una vez.

—Estupendo. Ahí te he enviado todo. Léelo bien y en cuando lo tengas me lo envías y te llamo. Me anoto tu teléfono.

—Estupendo, espero. Y te envío.

Se sintió un tanto nerviosa. Quince millones era una barbaridad, pero si ganaba, amortizaría todo lo que se había gastado en el rancho y si perdía, pues, ¡qué se le iba a hacer!

Ahora no le iba a comentar nada a nadie. Seguro que Hacienda se llevaba un pico, pero eso ya se lo explicaría Ernest en el correo.

Iba a hacerlo. De todas formas, si perdía algo se quedaría con algo más de ciento cinco millones que tampoco era una cantidad desdeñable. Pero y si ganaba...

Recibió un *email* de Ernest, de su empresa, cómo trabajaban, todo lo que podía ganar y que Hacienda se llevaba un 20 % y él, otro tanto de las ganancias.

Así que imprimió el contrato que venía firmado, puso la cantidad, al final veinte millones, se arriesgó y firmó. Escaneó y lo reenvió a Ernest.

Se quedó con una copia del contrato como le había indicado.

Transfirió el dinero a su cuenta e hizo todos los trámites que debía. Y rezó.

Cuando todo estuvo hecho, lo que le llevó una hora, la llamó Ernest.

—¿No me habías dicho once, después quince y ahora veinte?

—Sí, he pensado que como Hacienda se lleva un pico, sería mejor un poco más.

—Vale, intentaré que mis piedras en el riñón sirvan para hacerte ganar dinero.

—Inviértelo bien, Ernest. Confío en ti.

—No te preocupes. Tendrás noticias mías como muy tarde en un mes o antes, cuando yo vea el momento te invierto, quizá tarde una semana o un mes. Pero ese es el tope.

—Gracias. Estamos en contacto. No te vayas al Caribe.

—No, me pillarían de momento. Somos una empresa seria y trabajamos con más millones que esos.

—Lo sé. Bueno. Gracias, un abrazo. Te invitaré al rancho si me ganas un dinerito.

—Me apunto. Hasta pronto.

Eso no se lo diría a nadie, ni a Luca, o la mataría con sus propias manos de *sheriff* y le diría loca mil veces. Pero confiaba en Ernest y era positiva. Y se trataba de su dinero, si lo perdía, antes tampoco lo tenía. Bueno, ya era tarde y Luca estaría al llegar.

El padre de Luca venía de comer del barracón, donde estaba uno de los chicos, el de guardia ese fin de semana, Margaret, Sam y él, pero ella llamó a Margaret y le dijo que esperaría a Luca para comer.

Terminó en el despacho y salió a estirar las piernas. Aún faltaba una media hora para que viniera Luca e iba a dar una vuelta por las cuadras y los graneros. Se había puesto unos vaqueros, sus botas, una camisa de manga corta y un chaleco de flecos y se puso su sombrero para estrenarse como vaquera.

Se cruzó con Margaret que iba a dejarles la comida en la cocina. Y la saludó, le dijo que iba a ver las cuadras mientras venía Luca.

Eran maravillosas. Estaban superlimpias. Luego fue a ver el granero y el almacén de la maquinaria, impecable. Tenía unos trabajadores perfectos. Ya se lo había dicho a Patrick y a Sam, que le gustaba la limpieza y el orden, que era una prioridad en su rancho, y que los muchachos

debían saberlo y lo llevaban a cabo.

Luego subió a la colina donde veía a los caballos pastar tranquilos en el campo. Se veían felices. El rancho era un soplo de aire fresco y se acercó al arroyo.

Más arriba, algunos potros bebían agua. Era sábado y hacía algo de calor. Así que bajó la colina justo cuando Luca entraba en el rancho y la vio bajar, con sus botas y su chaleco de flecos y su sombrero.

Paró su coche y se apoyó en él, mientras la veía bajar a lo lejos. No pudo menos que reírse. Esa mujer era un caso. Se metía en el papel. En el que fuera. En el de mujer, de doctora, de niña pija, de vaquera... se adaptaba a todo, estaba guapísima y no pudo menos que contemplar a esa pequeña que lo tenía loquito.

Ella lo vio y cuando llegó a su altura, se alzó a sus brazos y Luca la besó apasionadamente.

—¡Estás hecha una vaquera auténtica!

—Sí. Tengo mi ropa para el rancho. ¡Qué guapo estás!

—Debería darme una ducha antes de comer. Guapa.

—Pues creo que me la daré contigo, he estado en las cuadras. Luego comemos.

Y la ducha se alargó un poco más de lo debido, porque Luca la cogió a horcajadas en la ducha y la embistió como un auténtico vaquero.

Luego bajaron a comer y se echaron una siesta.

Cuando salieron de la casa eran las cinco de la tarde. Y Patrick entraba por la puerta.

—Suegro, ¿tomamos un café?

—Eso está hecho. —Y se pusieron los dos en la cocina, mientras Luca los miraba. Ella sacó una tarta y cortó tres trozos y se sentaron en el sofá.

Y estuvieron hablando de las cosas del rancho y de lo efectivo que era Sam con la contabilidad.

—No ha fallado un dólar.

—Te lo dije, doctora, era bueno.

—Y lo es.

—¡Qué bien se está aquí!, lástima que el fin de semana que viene tenga guardia y no pueda disfrutarlo, pero pienso venir todos los fines de semana, menos el que tengo de guardia.

—No me va a quedar más remedio que verte a menudo, papá.

—Ha tenido que llegar la doctora para eso.

—Bueno, me encanta ser la culpable de ello.

La siguiente semana ella no pasó por el rancho, confiaba en los chicos. Solo quedó con Margaret el jueves a las cuatro para hacer una compra de comida que tuvo que hacerla y para su casa también, pero tenía guardia el fin de semana y Luca también, así que se vieron poco esa semana y cuando se veían era o para comer en la cafetería o para dormir. Tres noches solamente. Tenía ganas de que pasara la guardia. La siguiente semana hizo sus visitas a los ranchos y a los abuelos. Estuvo recomponiendo carpetas y tuvo curas, cortes, y una operación inesperada de una vesícula, el miércoles, casi a la hora de salir.

Cuando acabó y salió del hospital eran las siete de la tarde y no había comido aún, pero ella quería esperar siempre que sus pacientes despertaran de la anestesia y sus constantes vitales estuviesen bien.

Y al siguiente día acudía más temprano, la primera visita para ellos. Y se encontraba

perfectamente. Y todo eran agradecimientos para ella, porque hacía más que lo que debía o tenía estipulado en su contrato.

Por eso la gente la quería tanto. Hacía también de psicóloga y daba consejos. Escuchaba a la gente, porque a veces las enfermedades eran emocionales.

No quiso ir al rancho el viernes, hizo la compra con Margaret, pensaba pasar el sábado por el hospital temprano y ver a su paciente y de ahí se iría al rancho a descansar. Luca no trabajaba el sábado, pero sí en cambio el domingo.

Y estuvieron juntos el viernes por la noche y el sábado; en cuanto vio a su paciente se fueron al rancho.

Disfrutaron de la piscina como el primer domingo que estuvieron hasta la hora de comer y se echaron una siesta.

El padre de Luca le decía que vivía bien y se reía. Pero el pobre tenía un trabajo y merecía disfrutar de su chica.

Por la noche se sentaron con su padre en el porche y cenaron los tres juntos y Patrick le contó anécdotas de su hijo cuando era pequeño y ella se moría de la risa. O cuando se peleaba y venía con un pómulo o un ojo morado. Fue una noche feliz.

Y ella pensó que lo más seguro era que Patrick no tuviera seguro de salud y lo iba a meter en el suyo. Se lo preguntó a Luca y este le dijo que no tenía, que nunca quiso hacerse.

Y ella no dijo nada, pero llamó a su asegurador el lunes y lo metió con su seguro. Ya tenía una edad y cualquier cosa le costaría lo que no ganaba.

Hicieron el amor por la noche.

El rancho se convertía en una morada de paz los fines de semana para ellos. Se sentía bien, era un espacio perfecto, paseaban, iban al arroyo, veían los caballos sueltos y libres.

Tenían dos capataces que se encargaban del rancho y unos chicos trabajadores que estaban muy contentos y no tenían problemas entre ellos.

Patrick asignaba bien el trabajo a los chicos y Sam organizaba muy bien las facturas y los cuadrantes y se encargaba de llamar a la veterinaria y cuanto faltaba en el rancho.

A las tres semanas de hablar con Ernest, este la llamo un miércoles que estaba en casa preparándose un café.

—¡Hola, doctora, la mejor médico del mundo! Te tengo una buena sorpresa. Buenas noticias para ti, ranchera de Alabama.

—¿En serio?

—Muy en serio. Te he invertido los veinte millones, pero te los he diversificado.

—¿Eso qué significa?

—Que no lo he invertido todo en el mismo sitio porque si pierdes, pierdes todo.

—¡Ah, bien!

—¿Estás atenta?

—Sí.

—Pues ya puedes darme una cuenta para hacerte una transferencia a tu favor. De todas formas, te lo explico detalladamente en el *mail* que te he enviado.

—No me ha dado tiempo de mirar el correo.

—Por eso. Entre todo hemos conseguido un 67 % de media. En unos, el máximo, y en otros un 60 % y tan solo uno un 50 %, pero la media es un 67 % de ganancias, que significa: primero que te ingreso tus veinte millones. De esos hemos ganado trece millones cuatrocientos mil, pero le tenemos que quitar el 40 %, veinte para Hacienda y veinte para mi empresa. Total, has ganado ocho millones cuarenta mil dólares.

—¡Ay, gracias! ¿En serio?
—Y tan en serio, y gracias a ti. Venga, dame una cuenta y te transfiero veintiocho millones cuarenta mil dólares.
—Ya está. Ahí te mando el documento de Hacienda y los documentos de tu inversión y la minuta de la empresa. Guárdalas para la declaración, que no te cobren el doble.
—Gracias, de verdad, muchas gracias.
—Cuando quieras otra vez, me llamas.
—Ya me han llegado. Te quiero, Ernest.
—Todas me quieren, si gano. —Rio Ernest.
—Te estoy agradecida. Un abrazo.
—Un abrazo. Si te falta algún documento me llamas, pero ahí te lo envío todo. Adiós.
—Adiós, encanto.

Madre mía, acababa de ganar ocho millones, casi lo que había invertido en el rancho. A Luca tendría que contárselo, pero ya no invertiría más, seguro que dos veces no había suerte.

No podía ser más feliz. «Voy a mirar mi cuenta», dijo en voz alta.

Vino con ciento cuarenta millones más lo que había ahorrado de doctora en Nueva York y ahora tenía una casa amueblada, un rancho nuevo con caballos y tenía más dinero que cuando llegó. ¿Se podía ser más feliz? Había amortizado el rancho, porque en la cuenta del rancho tenía dos millones, cien mil dólares aproximadamente. Y así lo dejaría, lo que había ganado, lo metería en su cuenta.

Había sido una inversión perfecta. El rancho le había salido casi seis millones y era precioso. No sabía si decírselo a Luca, al fin y al cabo, el dinero era el problema entre los dos, si le decía que había amortizado ya el rancho y había ganado otros dos, lo iba a pasar mal. Pensó que mejor se lo callaría.

Los meses pasaban y celebraron en el rancho el día de Acción de Gracias. Algunos chicos se fueron a sus casas y después celebraron la primera Navidad en el rancho que Rosa decoró, y compró tres árboles con sus adornos y regalos para todos que les encantó.

Se había tenido que comprar ropa de invierno y compró de nuevo para Luca, hasta le compró jerséis y un par de chaquetones preciosos y de nuevo tuvieron un encontronazo. Cerraron la piscina en octubre y empezaron a poner el fuego en noviembre.

Habían cogido el grano y en cuanto pasara el invierno sembrarían de nuevo. Nacieron potros y ella trabajaba en el hospital más en invierno con las gripes y resfriados, y ellos seguían igual, se veían durante la semana y los fines de semana se iban al rancho y estaba feliz con su vida.

Cumplió treinta años e hicieron una barbacoa. Hacía sus guardias en el hospital y era parte de la comunidad. Se había integrado en esos meses perfectamente.

Le encantaba ir saludando a la gente por la calle, pararse y hablar un ratito con ellos y enterarse de los cotilleos.

Y llegó la primavera. Era primeros de abril, hacía un año que estaba allí, y todo funcionaba a la perfección, las yeguas quedaron todas preñadas y les quedaba algunos meses para

parir, los potros ya se hacían caballos y en un par de meses iban a venderlos.

Los chicos los montaban en el rodeo para que se acostumbraran a ser montados.

La veterinaria se pasaba de vez en cuando, y Sam y Patrick llevaban el rancho a la perfección.

Ya quedaba poco para ir obteniendo beneficios. Sus potros eran de gran valor y por lo que sacaron, comprarían más potros hasta llenar los establos con lo que parieran las yeguas y lo obtenido de los caballos.

Pero ella pensó en hacer otra cuadra para otros mil caballos y todos se echaron las manos a la cabeza, pero decía que si tenían más, obtendrían más beneficios porque aún no habían tenido nada, así que contrató al arquitecto que le hizo otras cuadras exactamente iguales y en junio volvieron a comprar más caballos, vendieron, parieron las yeguas y llegaron a tener dos mil animales. Ahora sí tendría beneficios porque habían estado casi un año sin nada.

Contrataron a cinco chicos más y al final invirtió otro millón y medio. Que era bien poco. Y ahora sí que deberían tener beneficios o el rancho dejaría de ser un rancho de caballos.

Pero el tiempo pasaba y cuando volvió a llegar de nuevo la Navidad, habían obtenido beneficios.

Ya no tenían que comprar caballos, solo vender. Y al menos cuando pasó la Navidad, Sam y ella hicieron cuentas y habían sacado seiscientos mil dólares de beneficio neto; bueno, eso ya marchaba.

Había estado bien comprar más animales. Ya entraba dinero y Sam le dijo que el año siguiente sería muy bueno. Confiaba en él porque de eso dependían sus sueldos y sus trabajos.

Al final todo el mundo tuvo que darle la razón al hacer más cuadras y comprar más animales. Era todo un rancho. Patrick estaba que no cabía en sí de gozo.

Rosa cumplió los treinta y un años y con Luca, todo seguía igual. Llevaban ya saliendo casi dos años, pero ella, un fin de semana que estaba en el rancho sola mientras trabajaba Luca, estuvo pensando en su vida y en su relación con él y no veía que fuese a ningún lado, y eso había que terminarlo.

Por mucho que le doliera y por más que estaba enamorada de ese hombre, él no le pedía dar un paso más.

Su reloj biológico estaba sonando desde hacía dos meses y lo iba a sentir por Luca. Hablaría con él.

Para Luca todo estaba bien, pero no para ella, necesitaba más, había aguantado dos años, pero no estaba dispuesta a estar enamorada de un hombre que no le correspondía en la misma medida.

Quería decirle que le amaba y le había dado tiempo suficiente para ello. Demasiado paciente había sido, pero hasta aquí llegó.

Así que, cuando Luca llegó al rancho el sábado a mediodía, ella le dijo que cuando comiera se fuese a su casa, que quería estar sola, que no podía seguir con la relación con él porque no iban a ningún lado y, o iba hacia adelante, o se acababa. Que se lo pensase.

—¿Me lo dices en serio?

—Sí, quiero estar sola. Necesito pensar. Quiero algo más y tú parece que no estás dispuesto. Te lo dije al principio de salir. Quiero una familia, hijos, y ya han pasado dos años, Luca.

—¿He hecho algo que te haya disgustado?

—No, Luca. Tengo que pensar en mi vida, lo siento. Estoy enamorada de ti, te amo más que a mi vida, pero si no me correspondes, tendremos que dejarlo. Siempre que quieras puedes

venir a ver a tu padre.

—Pero...

—Lo siento, no te pido que sientas lo mismo que yo, pero, aunque me va a doler en el alma intentar olvidarte, no puedo seguir estancada. Quiero hijos y un marido. Lo siento y no puedo obligarte a lo que tú no estés dispuesto. Seremos buenos amigos a partir de ahora.

—Pero si anoche hicimos el amor y estábamos estupendamente, cielo, dime qué te pasa. ¿Es la regla?

—No, no es nada de eso. Ni eres tú. Soy yo. Quiero que me hagas ese favor. Dime si me amas...

—Pero, cariño...

—No vas a convencerme, Luca. Solo si estás enamorado de mí o me amas, seguiremos juntos. Quiero hacer el amor contigo y decírtelo y que tú me lo digas. He esperado dos años.

—Bien —dijo Luca solamente y se quedó mirándola, pero no fue capaz de decírselo. Hizo amago de irse.

—Come antes.

—No tengo hambre. —Arrancó el coche y se fue.

Y ella se quedó llorando, mirando cómo él se alejaba de su vida.

CAPÍTULO 15

Su padre que lo vio todo, se sentó en el porche a la sombra con ella.

- —¿Qué pasa, doctora?

—No lo sé, solo quiero cambiar mi vida. Lo amo, pero él a mí no, y quiero un cambio de situación, quiero tener un hijo o dos. Tengo treinta y un años y quiero que me ame como yo lo amo y su hijo está estupendamente en esa situación, pero yo no puedo más.

—Está loco. Ya se lo dije el año pasado.

—Tiene que salir de él. Darse cuenta. Por eso le voy a dar espacio para que lo piense y yo también me lo tomaré. Y la suerte está echada.

—Lo siento tanto... hija. Siempre ha sido un terco cabezota. Ya vendrá a ti de nuevo. No lo dudes. Está loco por ti, pero no se da cuenta.

—Bueno, suegro. Esperemos que le venga bien no tenerme.

Pero Luca era duro y terco, y dejó pasar lo que quedaba de febrero, marzo y abril. Ella lo veía algunas veces cuando volvía del trabajo y ni la saludaba. Rosa había esperado que él se diera cuenta de que la amaba e iba al rancho a ver a su padre cuando sabía que ella no estaba y discutía con su padre.

Y no daba su brazo a torcer. Y ella seguía triste, pero casi se había hecho a la idea de que estaría sin él. ¿Cómo era posible con todo lo que habían pasado juntos durante dos años que no la quisiera?

Rosa lo amaba más que a su vida. Muchas de las cosas que había hecho habían sido pensando en él, para que fueran felices. Estaba loca por él, pero no se arrepentía de haberlo echado de su vida.

No había vuelta atrás. No podía ceder en algo tan importante para ella como tener una familia propia y quería a Luca para ella y como padre de sus hijos.

Pero se ve que Luca no estaba por la labor y ella lo respetaba, aunque eso no quería decir que le doliera.

Cuando lo veía por las tardes sentado en su porche, tenía la sensación de que esperaba verla. Sin embargo, ella no salía al porche a verlo porque se sentía lastimada, y luego lloraba; no quería que Luca pensara que iba en su busca.

Era él el que tendría que dar el primer paso o no dar ninguno.

Con el paso de los dos meses y poco que pasaron, supo que ya no lo daría. Ese hombre era terco y tenía también sus propias ideas.

Así que dejaría pasar su dolor, estaría todo lo posible en el rancho para no verlo. Incluso algunos días entre semana se iba del trabajo al rancho, sobre todo cuando sabía que no tenía guardia y así no verlo.

A veces, pensaba que no sabía si había hecho bien, pues lo echaba tanto de menos, su olor, su sexo de lluvia, sus brazos, los fines de semana que pasaban en el rancho que cada vez iba prosperando y dando beneficios... y no podía compartir esa alegría con él.

Así que se dedicó a su rancho. Se iba los fines de semana, a su trabajo como doctora durante la semana, y su guardia el fin de semana que le tocaba.

Sin embargo, Luca, por su parte, sabía todo de ella, que no salía y que se iba al rancho incluso durante la semana varios días para no verlo.

Él se sentaba en el porche a esperarla cuando sabía que volvía del trabajo o sus guardias, pero esa mujer era insoportable.

Esperaba que le dijese algo, que volviese y le pidiera que volvieran como antes. Lo cierto es que la amaba, pero tenía miedo al matrimonio, al compromiso, a estar enamorado como estaba de esa mujer preciosa y quedarse sin ella como su padre.

Estaba ya desesperado, sin saber qué hacer porque se dio cuenta de que ella no iba a dar marcha atrás en su decisión. Y no quería ni podía verla con otro. Eso no lo soportaría.

Patrick, el padre de Luca, era un padre para ella. Y este la veía tan triste que siempre la animaba.

Rosa lo llamaba suegro, incluso ahora, a pesar de que ya no salía con Luca.

A veces se sentaban en el porche.

—Sé que mi hijo se dará cuenta de que te ama. Si yo he visto cómo te mira, pero siempre fue más terco que una mula.

—No sé, suegro, ya han pasado más de dos meses. Se sienta en la puerta de las casas. Me mira, pero es incapaz de decirme nada y no voy a dar marcha atrás en mis ideas.

—Ni lo hagas. Eres joven, guapa, muy buena para nosotros y muy generosa. Y siempre te estaré agradecido, y mira qué preciosidad has conseguido. Este rancho no ha estado jamás así, ni en los mejores tiempos. Eres una mujer trabajadora que ya quisiera muchos hombres estar contigo, y tienes todo el derecho a tener una familia.

—Sí, pero el caso es que yo la quiero con su hijo. Lo amo, pero Luca a mí no.

—Yo creo que te equivocas, hija. Mi hijo te quiere, pero es tan testarudo, que espero que no se dé cuenta demasiado tarde de ello.

—Con el rancho tan bonito que tenemos, la casa pagada, y lo felices que podíamos ser...

—No te preocupes. Sé feliz. Y si mi hijo no quiere, ya encontrarás a otro. Cuando se te pase un poco, sales por ahí y te diviertes. Y verás cómo conocerás a otro hombre. Eres un buen partido ahora.

—Sí, eso sí. ¿Por qué tienen que ser las cosas tan difíciles, suegro? Somos tan complicados...

—En eso te doy la razón, hija. Todo lo hacemos demasiado complicado.

—Bueno, voy a dormir, que este fin de semana tengo guardia.

—Vaya. Entonces, ¿te quedarás en el pueblo?

—Sí. Ya vendré algún día entre semana o el fin de semana que viene. Buenas noches, suegro.

—Buenas noches, hija. Yo cierro. No te preocupes tanto. Yo conozco a mi hijo y sé que volverá de nuevo. Aunque cuando viene a verme no quiere oír hablar del tema. Me dice que no me meta en sus asuntos.

—No se preocupe. Me daré un tiempo y volveré a salir como usted dice.

Y justó un fin de semana de abril que le tocaba guardia en el hospital, se dio cuenta de que no le había venido una regla normal en tres meses. Solo manchaba un poco. Y se preocupó.

Estaba tan enfrascada en su tristeza que no se había dado cuenta. Tendría que mirar en casa cuando llegara los envoltorios de las pastillas de esos meses.

Ella solía guardarlos al menos los de cinco meses y luego los tiraba, era una manía que tenía. ¿Se le habría olvidado alguna pastilla?

O ¿era a consecuencia del disgusto que tenía por lo de Luca?

Iba a hacerse un test de embarazo y una ecografía en esos momentos. No había nadie en la clínica, ni pacientes. Estaba nerviosa. Ahora sí que estaba nerviosa.

Ella conocía su cuerpo y eso no había sido normal, a no ser por un disgusto o por algo más importante.

El test dio positivo y no pudo ser más feliz, quería un hijo y la vida le traía un hijo, y además de Luca, pero y ¿Luca? Bueno, si este no lo quería, allí estaba su abuelo y ella para cuidarlo.

Se fue a la sala de ecografías y se hizo una. Dios, se oían dos corazones. Miró la pantalla y había dos pequeños creciendo en su interior, repitió de nuevo y no había duda, gemelos de tres meses y medio. Más bien... mellizos, porque venían en placentas distintas.

Para septiembre o antes probablemente fuese madre. Los gemelos se adelantaban un poco. Así que calculó finales de agosto y septiembre. ¡Dios! Si quería un cambio en su vida, iba a tenerlo. Y un buen cambio.

Al día siguiente, domingo, que estaba de nuevo de guardia, se haría una analítica para ver cómo estaba.

Pero ¿cómo estaba emocionalmente? Feliz y triste porque Luca no le hablaba, no la quería. Pues tendría que hablarle. Ella no era de las que se callaba nada.

Como no había nadie en el hospital para atender, llamó al rancho a Patrick.

—¡Hola, suegro!

—Más quisiera...

—Pues lo va a ser, si no por su hijo, por sus nietos.

—¿Qué me dices, hija?

—Acabo de enterarme de que estoy embarazada de gemelos. Y es el primero en saberlo.

—¿En serio?, deja que coja a ese gamberro de mi hijo que se va a enterar. ¡Estoy encantado! No dudes que te ayudaré.

—Sí, tendremos que criarlos entre potros.

—Aquí está su abuelo para eso.

—Gracias, pero no le diga nada a Luca. Yo se lo diré.

—Pues te deseo suerte, a ese potro le falta doma.

—Sí, no quería hijos y va a tener dos de golpe.

—Eso le está muy bien empleado.

—No me haga reír, que estoy asustada.

—Hija, no te asustes, tienes trabajo, casa, rancho, dinero y un abuelo para tus nietos. Si ese hijo mío no quiere a sus hijos, se las verá conmigo.

—Si lo veo cuando salga de la guardia se lo diré.

—Mañana pienso hacerme una analítica.

—Estoy deseando verte y darte un abrazo.

—De momento no diga nada hasta que se lo diga al padre primero.

—No te preocupes. Mantendré el secreto. Pero luego me oirá.

—Lo quiero, suegro.

—Y yo a ti, nuera.

Cuando salió a las siete de su guardia y fue a su casa, Luca estaba sentado en el porche con una cerveza y estaba con una rubia que nunca había visto y que sería de otro pueblo. Pero si ese se creía que iba a salir con mujeres estaba equivocado.

Daba igual que no se hubiesen hablado en dos meses y pico. Él la miró de soslayo, pero lo que no se esperaba es que fuese a su casa directamente, lo había hecho porque sabía que tenía guardia y que salía a esa hora, y estaba ya a punto de estallar.

Lo hizo para darle celos, y se quedó sorprendido cuando ella llegó a su porche y saludó.

—¡Hola, buenas tardes!

—¡Hola! —dijeron Luca y la rubia.

—¡Vete! —le dijo mirando a la rubia—, mi novio y yo tenemos que hablar.

—¿Cómo? —dijo la chica sorprendida.

—Lo que has oído, que es mi novio y que tenemos que hablar, que sobras.

La rubia miró a Luca que se quedó mudo ante los ovarios que esa pequeña doctora tenía.

—Sí... será mejor que te vayas. Ya te llamaré.

La muchacha la miró indignada.

—No esperes su llamada, no te va a llamar.

La rubia abrió la boca y dejando la cerveza, tomó su bolso y se fue. Ella se sentó.

—No creo haberte invitado a mi casa —dijo Luca.

—¿Te has acostado con ella? —A la yugular.

—¿Te importa?

—Sí, la verdad me importa mucho —dijo molesta—, si no, no te lo preguntaría. Así que me lo dices, o me lo dices.

—No estamos saliendo —dijo a la defensiva—. Puedo hacer con mi vida lo que quiera.

—Eso no importa, dímelo ahora mismo. —Y fue la primera vez que la vio muy enfadada y él, que estaba intentando darle celos, aunque ella no se andaba con chiquitas.

—No debería, pero no, no me he acostado con ella.

—¿Y con otras estos meses?

—Tampoco. ¿Estas satisfecha? —le dijo muy serio, porque a él nadie lo trataba así.

—Sí, lo estoy, porque si te hubieses acostado con otras todo sería diferente.

—Diferente, ¿por qué?

—Porque vas a ser padre de gemelos. Estoy de tres meses y medio.

Y Luca se atragantó con la cerveza. Ella le dio en la espalda un par de toques.

—Si te hubieses acostado con alguna, solo ibas a ver a tus hijos los fines de semana y tendrías que hacer guardia todos los días, porque no te quedaría nómina para invitar a ninguna rubia. Bueno, ya lo sabes —le dijo, levantándose de la mecedora del porche para irse a su casa—. Me voy a mi casa y ahora si eres capaz, llama a la rubia o a cualquier otra mujer y te las verás conmigo, aún no sabes quién soy, solo has visto mi parte buena.

—¿Me estás amenazando? —le dijo irritado.

—Te estoy avisando. El padre de mis hijos no se acostará con nadie más que con su madre, pero si quiere hacerlo, yo no se lo voy a impedir, eso sí, tendrá que hacerse cargo económicamente de sus hijos. Y puede que otro padre los eduque. Así que puede ir pensando que quiere hacer llegado a este punto. Es libre.

Y dándose la vuelta se fue a su casa y entró dando un portazo y dejándolo allí anonadado. Si se creía que ella era una adolescente y que le iba a dar celos, estaba muy equivocado, era una mujer, embarazada de sus hijos y no tenía ganas de juegos, no estaba para esas tonterías. Bastante tenía ya.

Subió a la parte de arriba y abrió el cajón donde tenía las pastillas y efectivamente, en enero tenía una pastilla allí que se le había olvidado. Justo unos días antes de que él llegara al rancho y ella le dijera que se marchara.

Se le había olvidado tomarla. Pero por Dios, que Luca se haría cargo de sus hijos, ya podía tener ella millones, pero ese, después de pagar la manutención y su alquiler, no le quedaría para tomar cervezas con rubias.

No había querido su dinero, pero, o se casaba con ella como Dios manda o lo dejaba sin un dólar. Así estaban las cosas.

No hacía falta que le diera celos. Estaba celosa de por sí, celosa y enfadada, irritada, y a punto de matarlo con sus propias manos.

Le había salido su vena latina, se metió en la ducha, se lavó el pelo y se puso unas mallas y una camiseta de manga corta. Ya se le notaba el vientre y ella no le había dado importancia.

Bajó a la cocina y tiró las cajas de pastillas y las que estaba tomando y se hizo una infusión. Debía dejar el café y las tartas, pero esa tarde no. Necesitaba azúcar.

Por su parte, Luca se quedó de piedra. Él había llamado a una rubia para darle celos porque estaba a punto de estallar con su indiferencia y tu terquedad, quería matrimonio e hijos y él la amaba, claro que la amaba.

Estaba enfadado y no encontraba su lugar en el mundo desde que lo dejaron y luego estaba su padre para recordárselo cada vez que iba a verlo al rancho.

Había fallado y en el peor día. Ella no era una estúpida adolescente. Era toda una mujer, y esa pequeñilla tenía un genio de tres pares.

Era la primera vez que la veía así, quizá estaba defendiendo a sus pequeños, que eran también los suyos.

Iba a ser la madre de sus hijos y estaba bien dicho, hijos, porque venían dos. Dios, era una locura. Le había ganado de nuevo la partida. Siempre se salía con la suya.

Sabía que a propósito no lo había hecho. Tenía que hacerse cargo de ella y de sus hijos, ahora sí que iban a ser una familia, o su padre lo mataría, estaba seguro.

O a lo mejor era un farol de ella y no estaba embarazada. Lo averiguaría.

Pero es que la amaba. No le importaba casarse. Era un paso más que era lo que ella le pidió.

Pues le compraría un anillo de compromiso. Si para tenerla tenía que casarse, se casaría. No iba a dejar de ver a sus hijos y mucho menos que otro los criara, porque sabía que había algunos hombres que babeaban por ella y eso no lo iba a consentir.

Ella le había demostrado que era una mujer de los pies a la cabeza, no había salido con nadie, lo estaba esperando y no se merecía lo que le había hecho. Estaba arrepentido, y debía arreglarlo; y lo iba a hacer en ese momento.

Y menos mal que no se había acostado con ninguna chica, si no, ella no se lo hubiese perdonado jamás. Se lo había dicho y sabía que lo hubiera cumplido. De todas formas, él no podría pensar en otra.

CAPÍTULO 16

Llamaron a la puerta y sabía que era él. Esperaba que se hubiera recompuesto del susto. Cuando abrió, allí estaba tan *sexy* y guapo el maldito, ocupando todo el espacio de la puerta con su altura. Se quedó en el quicio.

—¿No piensas entrar?

Y entró.

—Cierra la puerta. —Y él la cerró.

—¿No estás muy mandona hoy?

—Son las hormonas. Y tu estupidez la que me pone así.

—¿Estabas celosa?

—No, no estaba celosa, querías ponerme que no es lo mismo, pero no te ha dado resultado. No soy una tonta adolescente.

—Vaya, no lo he hecho bien.

—Lo has hecho rematadamente mal. ¿Café?

—Sí, ¿tú ya no tomas café?

—Tengo que cuidarme. Voy a ser madre.

—No hablarás en serio...

—Muy en serio.

—Pensé que era una broma.

—No es ninguna broma, vas a ser papá de gemelos.

—Rosa...

—En serio y tan en serio. Estoy de dos meses y medio. Calculo que, para finales de agosto, primeros de septiembre. Cuando es parto múltiple se adelantan los partos.

Él se quedó en silencio.

—Ya sé que no quieres hijos. Me lo dijiste. No hace falta que digas nada. Pero yo sí los quiero. Han venido sin pedirlo y son míos. Con que le pagues la manutención tengo bastante. Si no quieres verlos no me hace falta.

—Si me dejas decir algo podría hacerlo. Estás muy cabreada.

—Sí, estoy cabreada —gritó—. ¿No puedo?

—¿Por qué estás cabreada?

—Porque no me quieres, por eso. Llevamos dos años y no he conseguido que me quieras.

—Sí te quiero. No hay nadie más para mí que tú.

—Sí, claro, ¿y la rubia?

—Ha sido una tontería adolescente. Sabía que salías y ya no podía más, estaba a punto de estallar por no estar contigo.

—Estamos al lado.

—Soy muy terco.

—Eso lo sé.

—¿En serio vamos a tener dos niños? —Se acercó a ella que estaba haciendo el café en la encimera y la abrazó por detrás; le tocó el vientre y le besó el cuello.

—Sí. Y su padre no me quiere. —Empezó a llorar.

—Pero, pequeña, sí que te quiero. Te amo. He sido un tonto. No llores por favor. Solo es que he tenido mucho miedo, pero es peor no tenerte. Han sido un infierno estos meses.

—¿Me quieres de verdad? —Se dio la vuelta.

—De verdad. —Y ella se miró en sus ojos azules y supo que sí, que la amaba, que la había

amado desde el principio, como ella a él.

—¿Cómo no voy a estar enamorado de ti?, si eres única, lo he pasado muy mal sin ti, preciosa, y ahora vamos a tener una familia. Cuando se entere mi padre...

—Ya lo sabe. Se lo he dicho esta mañana cuando me he enterado.

—¿Se lo has dicho?

—El primero.

—¡Joder, Rosa! Siempre es mi padre el primero en saberlo todo.

—Porque se lo merece, y tú no.

—Tú eres la que no me quieres nada.

—Sí, ponte mimoso ahora —le dijo, mientras le acariciaba por las caderas, metía su mano entre sus muslos y llegaba al sexo.

—Luca...

—Hace tiempo ya, y me tienes a palo seco.

Y ella echó la cabeza hacia atrás apoyándola en su pecho. Él siguió tocándola hasta que ella alcanzó un orgasmo que necesitaba como el aire que respiraba.

Luego, le dio la vuelta y la besó apasionadamente, la cogió a horcajadas y siguió besándola y se sentó con ella en el sofá.

—El café —dijo ella.

—Luego.

—Se enfriará...

—Lo calentamos o hacemos otro.

—¿Y a los niños, los quieres?

—Sí, son míos. Y no los cuidará nadie más que yo, que soy su padre. Pero antes, me tengo que casar con la madre. Me gusta hacer las cosas bien.

—¿Desde cuándo?

—Desde que te conocí. ¡Menuda estás hecha!

—Sí, cuando me enfado, me enfado.

—Me has dado un poco de miedo.

—No, te he puesto en tu sitio. Y lucho por lo que es mío con uñas y dientes.

—Pues lo has conseguido, pero ahora mando yo, pequeña.

Y le quitó la camiseta y las mallas; entró en ella diciéndole que la amaba y la besó con una ternura desconocida en él, y Rosa supo que estaban hechos el uno para el otro.

Se quedó a dormir con ella. El domingo, ella tuvo que madrugar para su guardia y él quiso desayunar con ella, pero le dijo que se iba a hacer un análisis para ver cómo estaba. Luca la besó y le tocó el vientre. Se quedó en la cama un rato más oliendo su perfume y pensando en el giro que iba a dar su vida. Y no tuvo miedo.

Le iba a comprar el lunes un anillo de compromiso y prepararía una boda. Tenía dinero ahorrado.

Al final ganaba ella, iba a casarse y a tener dos hijos de golpe. Estaba contento, porque los iba a tener con ella. Ahora estaba atado a ella y le encantaba. La amaba con locura. Lo tenía todo y era su mujer. La mejor. Y él cuidaría de su familia y no volvería a dejarla sola.

El embarazo iba viento en popa, estaba siendo buenísimo y ella hacía ejercicio diario, daba paseos y cuando se iba al rancho los fines de semana abrieron la piscina en mayo; se bañaba o subía a la colina y bajaba al arroyo.

A veces llevaba unas flores donde estaba enterrada Beatrice, la madre de Luca.

Patrick sí que iba todos los domingos sin falta. La había querido mucho. Sin embargo, Luca acudía poco. Ella creía que no iba porque le dolía.

Se le notaba ya el vientre, pero se sentía estupendamente. El verano no parecía muy caluroso. Y ella seguía trabajando en su hospital como siempre. Algunas cirugías menores, pero cuando eran enfermedades de gravedad, tenía que enviarlos al hospital de la capital, porque ellos no tenían material para ello.

El rancho, por su parte, iba dando beneficios y ella contaba con que no se perdiera dinero, aunque fuese poco, para mantenerlo, pero ese año estaba siendo un buen año y Sam le dijo que podían tener cerca de 700 000 dólares libres descontando todos los gastos y ella se alegró un montón, pero eso iría a la cuenta del rancho, por si había años malos y tenían pérdidas.

Rosa lo que quería es que, aunque quedase las cuentas a cero, no invertir más. No por nada, sino porque entonces sería improductivo y no quería deshacerse de la gente que trabajaba para ella, pero era optimista, como todos, y ese dinero, descontando gastos, era un buen dinero.

En unos años así amortizaría el capital gastado, aunque ella ya lo recuperó en la bolsa, pero ella quería amortizarlo en lo invertido. Estaba contenta y feliz, como todos.

Luca le había regalado un anillo de compromiso y se casaron en menos de un mes en el rancho, en una ceremonia sencilla y bonita e invitaron a la gente que ya conocían a una barbacoa nocturna.

Ella se compró un vestido precioso que se lo encargó a la chica de la tienda de ropa y Luca llevaba un traje auténtico de novio vaquero.

Encargaron una gran tarta y personal para el trabajo, para que Margaret no trabajase en la cocina y disfrutase del día. Se quedaron a dormir en el rancho, en su habitación.

Él no dejó que pagara nada, salvo su vestido.

Luca se mudó a su casa, porque era una tontería pagar un alquiler cuando la de Rosa ya estaba pagada. No podía ser tan terco, le dijo ella.

Así que, entre su padre y ella lo convencieron. No iban a pagar un alquiler. Tenía la casa tres dormitorios y tendrían para los chicos cada uno el suyo cuando fuesen mayores, mientras, estarían en uno hasta que fuesen mayores.

Cuando llegó la hora de hablar de dinero, él no quería saber nada, se comprometió a pagar todo.

—Ni hablar —dijo ella—. Yo tengo el rancho en una cuenta aparte. Tengo el dinero heredado en otra, que no he tocado. Pero lo cogeré si lo necesitamos y no quiero que me alteres, estoy embarazada. Y tengo otra cuenta que la haremos para los dos, ¿vale? Vamos a meter nuestros sueldos y la cantidad que tú tengas ahorrada, la ingreso yo también, y así estamos en paz.

—No, tú has pagado la casa y el rancho y...

—Por Dios, me vas a matar, se hará como yo diga y punto.

—Menuda mujer más cabezota.

—Terco tú. ¿Cuánto tienes?

—Doscientos cincuenta mil dólares.

—Vale, pues yo meto lo mismo y nos hacemos unas tarjetas nuevas.

Y fueron al banco una tarde y tuvieron una cuenta para los dos con quinientos mil dólares y ahí domiciliaron de nuevo las nóminas y los gastos de la casa. El rancho era aparte.

Al quinto mes de embarazo, se enteró de que iba a tener un niño y una niña y dijo que mejor, porque ya no iban a tener más. Estaban contentísimos cuando se lo dijeron a Patrick un fin de semana en el rancho cuando comían al fresco los tres, a finales de junio.

—Tenemos que pensar en los nombres y comprar las cosas de los bebés, acomodar habitaciones tanto aquí como allí. Y contrataré una chica que me ayude.

—¿Nos dará el sueldo para todo eso?

—Sí, nos dará.

—Pero no saques nada de tu cuenta.

—Sí, sacaré los muebles y la chica.

—No.

—Sí, suegro, mire qué cabezota. A ver qué voy a hacer con el dinero.

—Déjala, Luca —decía su padre.

—Sí, dale la razón encima.

—Es que la lleva.

—Siempre te pones de su parte. Nunca de la de tu hijo.

—No digas tonterías.

—No ha querido que pusiera todo el dinero a nombre de los dos, hemos tenido que hacer una cuenta distinta, pero si hay cosas extras, mejor lo gasto de ahí.

—Me parece bien —dijo el suegro.

—El rancho tiene la suya y va muy bien ya. A este paso amortizo en unos años lo que invertí. Pero os tengo que contar una cosa. Ya casi lo amorticé.

—¿Cómo? —dijeron los dos.

—Tengo un amigo que es bróker en Nueva York y cuando terminamos el rancho, invertí veinte millones en bolsa.

—¿Estás loca, mujer? Al final lo hiciste —dijo Luca y el padre se reía cuando veía a su hijo y a ella hablar de dinero.

—Pues gané un 68 %, menos el cuarenta que se llevó Hacienda y el bróker. Así que amorticé casi el rancho entero y me quedé casi como estaba.

—¡Madre mía! Eres una loca y me he casado, ¿con quién, papá?

—Con una mujer estupenda y optimista... y que te ama. Y que te aguanta, que ya es decir.

—No quiero saber nada de dinero. No puedo contigo. Ni contigo, papá. Estáis locos.

—Suegro, si él fuese el que tuviese dinero, no habría problemas, pero le cuesta recibir regalos y tocar el dinero que es ya nuestro.

—No le hagas caso.

Y efectivamente, no le hizo caso. Cuando tuvo una tarde en la que él estaba de guardia, contrató a unos pintores para que pintaran las habitaciones del rancho y de la casa, se fue a la tienda de muebles infantiles que había en el pueblo y encargó de todo para los peques, ropa y bolsos del hospital.

Todo completo y doble y además duplicado para tener en el rancho lo mismo y no tener que ir cargando. Compró ropa, productos del baño y todo cuanto necesitaban los pequeños, y un par de sillas balancines para dormirlos.

Y así fue cómo el día que tenía de guardia pintaron la habitación y en otro metieron los muebles. Los dormitorios que se desmontaron, ella habló con el chico de la inmobiliaria y se los regaló para algún apartamento, estaban nuevos y sin usar.

Cuando todo estuvo colocado, ella se dedicó por las tardes en la semana a lavar la ropita y

guardarla en sus perchas o en los cajoncitos y armarios. Y en tres días lo tuvo todo listo. Y el fin de semana hizo lo mismo en el rancho. Habían dejado los muebles y ella se ocupó de la ropa.

El abuelo se preguntó por qué necesitaban tanto los pequeños. Pero a Luca le encantó y ella le dijo que en el rancho había lo mismo.

—Patrick, hoy en día estamos un poco locos, pero sí. Lo he comprado con mi dinero todo. Así que no le diga nada a Luca. Como se le ocurra mirar la cuenta... me mata. Y estoy pensando en regalarle un todoterreno nuevo. El que tiene está muy viejo ya. Tiene doce años.

—Ya verás.

—No podrá conmigo. Y, además, suegro, es un regalo.

—No quiero saber nada.

—Es para que conduzca seguro.

—Hasta luego, nuera. —Y salió, dejándola sola. Pero ella era feliz y Patrick también. Lo había visto reírse.

Por la noche, cuando apareció Luca, y estaban cenando los tres...

—Tenemos que pensar en nombres para los niños.

—¿Qué tienes pensado? —le preguntó Luca.

—El niño he pensado que se llamará Patrick, como su abuelo. —Y el abuelo se emocionó—. No hay nombre más bonito. ¿Le gusta, suegro, que se llame como usted?

—Si tú quieres y si mi hijo lo desea también...

—Me parece bien —dijo Luca.

—Adjudicado. La niña me encanta Beatrice, como tu madre. Serán Brown enteros.

Y el padre de Luca lloró.

—Vamos, suegro. Es un nombre precioso que no debe perderse en la familia.

Y allí estaba de nuevo su mujer abrazando a su padre y haciéndolo feliz. No sabía cómo tenía el poder de conseguirlo. Pero ver emocionarse a su padre, no tenía precio.

—Pues ya está, Patrick y Beatrice. ¡Qué bonitos! —Y le cogía la mano al abuelo.

—¿No quieres uno de tu familia? —le preguntó Luca.

—No, los quería mucho. Pero mi vida está aquí y ellos están en mi corazón y lo entenderán. Ya tengo ganas de que nazcan. Me estoy poniendo gorda y pesada.

—Pesada ya eres.

—Mira, suegro, lo que me dice. Deberías tratarme mejor y decirme cosas hermosas.

—Y te las digo. Bastante me ha costado.

Y el padre sonreía al verlos felices. Y a hacerlo partícipe de sus vidas. Había estado solo muchos años, pero gracias a su nuera, tenía familia y era feliz, estaba más con su hijo en esos dos años que en toda su vida. Cómo no la iba a querer si había cambiado toda su vida para mejor y hacía feliz a su hijo y a él mismo.

A veces él quería dejarlos solos, pero ella lo llamaba para que estuviese con ellos. Nunca lo dejaba al margen. Lo cierto es que luego tenían toda la semana para ellos y las noches.

Al mes siguiente, le compró un todoterreno nuevo precioso último modelo y lo dejó en el rancho para cuando fuesen, además, le hizo un seguro médico completo como el que tenía ella y a su padre. No pensaba decirle nada, porque eso lo pagaba de su cuenta particular.

Iban a cenar en el rancho los tres juntos.

Harían una barbacoa en el patio y se comerían una tarta que ella había comprado y que Margaret como todas las semanas que iba a la compra se llevó.

Cuando llegaron el sábado por la mañana, él vio el todoterreno.

—¿Quién será?

—No sé, pregúntale a tu padre.

—Cuando entraron a la casa, ella cogió las llaves y se las dio.

—Felicidades, mi amor. Es tuyo. Es un regalo por tu seguridad.

—No habrás...

—Sí, te lo he comprado y regalado porque el otro está ya muy viejito, me preocupó cuando lo conduces y ahora no necesito preocupaciones, y vas a aceptarlo. ¿A que es precioso?

—Sí, es precioso, pero sé lo que cuesta.

—¿Y qué?, te lo mereces, tú vales más que eso. —Y se acercó a él melosa y lo cogió por el cuello besándolo.

—Di que te gusta.

—¡Me encanta!

—Ese es mi agente. ¿Damos una vuelta? Cortita, para que lo pruebes.

Y dieron una vuelta con el todoterreno y a él le encantó. Esta vez no le dijo nada. Era inútil discutir con ella para nada. Además, estaba embarazada y no quería darle disgustos, así que tuvo que aceptar el coche y vender el suyo. Y ese dinero, aunque poco, lo metió en la cuenta.

Y cuando miró la cuenta, supo que esa pequeña bruja había comprado todo lo de los bebés con su dinero. Iba a matarla. No había quien pudiera con ella. Estaba muy enfadado, mucho.

Él podía comprar cosas para sus hijos. La quería, pero cualquier día... si no fuese porque la amaba por encima de todas las cosas...

Esa pequeña era un batallón de infantería. No podía nadie con ella. Recordó la anécdota con la rubia y cómo luchó por él, su hombre.

Ella era así y por eso la amaba. Mejor no discutir con ella. Siempre perdía. Le hacía chantaje sexual y a él se le pasaba sí o sí.

CAPÍTULO 17

Un fin de semana que ella hacía su guardia en el hospital, lo llamaron porque se había producido un robo en un banco del condado a treinta 30 km.

Era sábado por la mañana y ella estaba de guardia en el hospital. Estaba de seis meses de embarazo y la mañana estaba tranquila, pero a eso de las doce, llamaron a la ambulancia.

Había un herido grave. Recibió una herida de bala porque habían robado un banco a treinta kilómetros. La ambulancia salió en busca del herido y ella se asustó y llamó a Luca, pero este no le contestaba y se asustó más, y tuvo un mal presentimiento porque no le cogía el teléfono.

Como era normal en el protocolo, preparó el escáner, la sala de radiografías y el quirófano.

Solo estaba ella y la enfermera de turno, y llamaron al anestesista por si acaso había operación de urgencia. Todo estaba listo. Y tal como llegó la ambulancia comprobó sus peores temores: Luca era el herido.

Traía una herida de bala en el abdomen y estaba lleno de sangre. Pero ella, lejos de achantarse y llorar, actuó.

Su hombre no iba a morir. Llegó el anestesista y le dijo que se preparara, que había intervención. Le hicieron un tac y una radiografía y la bala estaba afortunadamente en el bazo.

No había dañado más órganos, ni siquiera vitales. Tenía buen pulso, pero estaba sin conocimiento. Prepararon el quirófano, lo lavaron y el anestesista procedió. Ella y la enfermera se prepararon y les dijo que había que sacar la bala y extirpar el bazo. No corría gravedad, dado que no había más órganos vitales tocados, así que ella lo operó, le extrajo la bala y le extirpó el bazo en dos horas que duró la operación.

Cuando acabó, lo llevaron a la sala de vigilancia intensiva con suero, y ella fue a lavarse y ponerse su bata de doctora de nuevo.

Bajó a la cafetería y se sacó un refresco con azúcar y un bocadillo, pues lo necesitaba. Cuando se lo comió pidió una tila doble y justo entonces fue cuando le aparecieron los nervios porque sabía que era su hombre. Luca. Y empezó a temblar descontroladamente.

Mientras, había sido una doctora en el quirófano y actuó como una buena profesional. El anestesista y la enfermera la felicitaron.

—No sé cómo ha podido operarlo, siendo su marido.

—Ni yo tampoco. Ahora estoy temblando. Espero que no entre nadie más hoy para quirófano.

—No creo, doctora. Ya hemos tenido suficiente. Sus compañeros están fuera esperando noticias.

—Voy a verlos.

Y saludó al resto de los policías que la conocían, porque estuvieron en su boda y se quedaron de piedra que, con esa barriga tan avanzada, hubiese operado a su marido y la felicitaron.

La verdad es que estaba ya muy gordita, tenía mucha barriga. Lo dejaría esa noche en vigilancia y mañana lo pasaría a planta si estaba bien.

Tuvo que llamar al rancho y decírselo a su padre, que acudió inmediatamente y se quedó esa noche para que ella descansara.

No había visto una mujer más fuerte que esa. Le estuvo explicando al padre todo cuanto había pasado.

Al final, el padre se quedó por la noche. Pero ella no se fue hasta que se despertó,

hablando con dificultad, y se le pasó el efecto de la anestesia y sus constantes estaban bien.

Llegó a las nueve a su casa, se duchó, tomó algo que encontró en la nevera y se durmió a plomo.

Al día siguiente, domingo, estaba allí a las siete de la mañana y mandó a su suegro al rancho. Patrick dijo que vendría a quedarse esa noche también.

Ella lo pasó a una habitación y le llevaron de comer.

—Cielo. ¿Qué ha pasado?

—Te metieron una bala en el bazo. Ya no tienes bazo afortunadamente, ni bala tampoco.

—Afortunadamente.

—Sí, porque fue el único órgano que te ha tocado la bala, gracias a Dios que no te dio en el estómago.

—¿Me has operado tú?

—No hay otra cirujana aquí que yo vea.

—Me has quitado mi bazo...

—Sí y una bala alojada allí que lo ha destrozado.

—¿Y puedo vivir sin bazo?

—Puedes, pero debes tener cuidado con las infecciones, cuidarte más y ya está. Hay mucha gente que ya no lo tiene y vive una vida normal.

—Me dejas más tranquilo.

—Te he hecho una buena cirugía con láser, apenas se te notará la herida. Y seguirás teniendo ese cuerpo tan *sexy* de siempre.

—Eres buena, ¿eh?

—Sí, pero después tuve que tomarme dos tilas. No puedo tomar calmantes siquiera, porque eras tú y tenía mucho miedo. Me has dado un buen susto, mi amor.

—Lo siento, pequeña.

—No. Eso no, pero no deberías exponerte demasiado.

—No me lo esperaba.

—No quiero que me faltes, lo sabes. —Y lloró un poco. Lo abrazó y le dio un beso en los labios.

—No te faltaré.

—¿Qué iba a hacer sin ti?

—Tienes dinero.

—El dinero no me importa y lo sabes. Lo importante es que vamos a tener dos hijos, tienes que vivir para educarlos. Y para estar conmigo.

—Te amo, mi niña.

—Y yo también. Te traen de comer, quiero que comas algo sólido, voy mientras a dar una vuelta y luego vengo. ¿Te dejo la tele puesta?

—Vale.

Con el paso de los días, Luca fue mejorando y ella se lo llevó al rancho y contrató a un enfermero para que lo lavase y cuidara hasta que ella llegara.

Le compró un andador y él se reía, pero le servía para ir de un lado a otro sin apoyarse.

Su padre estaba pendiente de él también y cuando ella salía del hospital, se iba al rancho y estaba toda la tarde con su hijo, y cenaban juntos, tomaban el café, y comían.

El enfermero lo ayudaba para el aseo y bajarlo al piso de abajo. Por la noche, dos de los

muchachos lo subían a la cama antes de dormir.

—¿Cuándo voy a poder trabajar? —le preguntaba a Rosa.

—Cuando tenga la seguridad de que no se te abrirá la herida y estés curado del todo y apto para tu trabajo. Mientras, hay un sustituto, pero el puesto es tuyo. No debes preocuparte.

—¿Cuánto crees que puede ser eso?

—Un par de meses, cariño, para estar totalmente en forma.

—¿Dos meses así?

—Sí, lo siento. Pero ha sido un balazo, no un rasguño. Cobras sin trabajar, ¿qué más quieres?, te lavan, te suben, te mimo...

¡Disfruta!, mañana traigo una silla de ruedas con batería, para que recorras el rancho con Fran y puedas salir a la calle.

—No compres cosas, Rosa, me enfadaré.

—Te quiero, pequeño.

—No puedo contigo.

—Sí puedes, en cuanto te pongas bueno, me tienes que coger.

—No seas guasona. Encima no te puedo ni hacer el amor.

—Mi pobrecito *sheriff*... —le dijo, mientras lo besaba.

—Me mata no hacerte al amor.

—Tenemos todo el tiempo del mundo después.

—Pero yo quiero ya.

—No seas malo. Tienes que cuidarte y seguir los consejos de tu doctora, no quiero que se te abra la herida y empecemos de nuevo.

—Está bien, pero dame otro besito.

—Mimoso.

—¿Qué gordita estás!

—Me matan a patadas tus hijos, no sé quién será peor, pero estos salen potros de verdad. Les compraremos un poni cuando tengan edad.

—Depende —dijo Luca.

—¿De qué...?

—Del precio.

—Lo compra su madre.

—No empieces.

—Cuando sean un poco mayores vamos a tomarnos unas vacaciones. ¿Dónde quieres ir?

—A Irak no.

—No, allí no te voy a llevar ni loca. Pero podemos ir a ver Canadá. Me gustaría.

—Estaría bien. Debe ser verde y bonito.

—Pues ya está. Tenemos un viaje pendiente, pequeño.

—Te amo tanto... pero me aburro.

—¿Quieres que te traiga revistas, algún libro?

—Bueno. Porque de la tele me hartó. Y más cervezas sin alcohol, me estoy tomando las tuyas.

—No te preocupes, te compraré más.

—Bueno, vamos a dormir ya. Ya vienen los chicos a subirme.

—Y se fueron a dormir.

Al día siguiente por la tarde apareció con una silla de ruedas en el monovolumen, libros, revistas y el periódico, cervezas sin alcohol y frutos secos y aceitunas.

Fran le ayudó a bajar la silla de ruedas. Le pareció una pasada. Le puso a cargar la batería, y Patrick le ayudó con la compra.

Le puso todas las revistas y libros encima de la mesa para que pudiera leerlos. Y Patrick se llevó las cervezas a la nevera y los frutos secos a la despensa.

CAPÍTULO 18

Pasaron dos meses y llegó octubre. Luca había empezado a trabajar la semana anterior después de dos semanas de ejercicio que le habían ordenado.

Ya no necesitaban a Fran. Tuvieron que despedirlo.

Ya sabía ella que le quedaba poco y que los niños eran pequeños; que podía tener un parto normal y adelantado.

De todas formas, tendría que asistirle la ginecóloga si le tuviera que hacer una cesárea. Era lo único que ella no podía hacerse.

Rosa no quería cesárea a no ser que fuese necesario, pero los chicos estaban en una buena posición. De todas formas, rezaba para que fuese un parto natural.

Luca iba bien en el trabajo. Había empezado ya a trabajar. No le dolía, que era lo importante, y ella estaba ya que parecía un tonel.

Se iría al rancho cuando tuviese los niños. Contrataría a una chica hasta las cinco de la tarde y la mantendría cuando empezara a trabajar y se le acabara la maternidad.

Ya la tenía avisada en la agencia.

Era una chica de veintidós años, era la novia de Fran y auxiliar de enfermería. Era profesional y la conocía porque había hecho prácticas en el hospital y ella se lo propuso.

La chica iría a trabajar, de lunes a viernes de momento, y cuando entrara a trabajar de siete de la mañana a cinco de la tarde y cuando trabajase tendría que ir el fin de semana de su guardia. Le pagaría un buen sueldo y se lo aumentaría después.

Solo se ocuparía de ella los primeros días y de los chicos. Y se lo pagaría de su dinero, No el de la casa. Y ella trabajaría de nuevo. Así que la chica tendría trabajo en su casa hasta que los niños fuesen mayores si era eficiente.

La chica estaba encantada, porque en el pueblo no había demasiado trabajo y salía temprano; solo tendría que trabajar un fin de semana cada cinco.

Lo habló con Luca y este le dijo que podían pagarlo de sus sueldos. Y ella que no, que el sueldo de la chica partiría de su dinero como cuando Fran, porque eran cuatro y no estaba dispuesta a ir ajustada cuando ella tenía dinero, que no fuese tonto y al menos en eso cedió.

Y menos mal que ella le hizo un seguro, si no, hubiesen pagado un pastón al hospital por la intervención de Luca.

Al final tuvo que decirles que tenía un seguro para los tres y que lo aumentaría cuando naciesen los niños. No había mejor modo de gastarlo que en salud. Su marido le dijo que había hecho bien una cosa.

Sabía ahorrar, aunque le mintiera e hiciera cosas a sus espaldas, pero la amaba tanto, que ella se sintió feliz.

El trece de octubre, después de lo que pensaron, más tarde de lo previsto, vinieron al mundo la pequeña Beatrice que fue la primera, y su hermano Patrick, que tuvo que dejarle paso.

A los tres días estaban todos en el rancho. Ella tenía cuatro meses para estar con sus hijos y el mes de vacaciones que no lo había cogido; en total, cinco.

En el rancho eran felices y ella iba de vez en cuando a la casa a dar una vuelta y abrirla para que en esos meses de maternidad no oliera a cerrada.

Luca no veía el momento de venir del trabajo para estar con sus hijos y el abuelo se los turnaba para cogerlos un rato. Para no querer hijos, ahora no querían dejarlos.

El rancho iba muy bien, cada vez mejor, ella y Sam repasaban todos los meses las facturas y compraba todas las semanas con Margaret, tanto para el rancho, los peques y para ellos. Y

quería a sus hijos como no creía poder amar a nadie.

Ahora sí que tenía una familia. Los de su rancho que eran una familia, Sam y Margaret, su suegro Patrick que nunca fue más feliz desde que estuvo con su mujer y malcriaba a sus nietos y ella lo dejaba, y su marido, que esa noche iba a tener una gran sorpresa.

Los niños habían cumplido dos meses y eran el vivo retrato de sus padres, y ella había empezado de nuevo a tomar pastillas, y esa noche cuando los niños se durmieron, ella se puso un camisón negro *sexy* y transparente, solo con un tanga que se le veía todo, como a él le gustaba verla y se tumbó en la cama. Esperó que saliera Luca del cuarto de baño...

—Mujer, he estado a punto de coger el revólver...

—Mejor coge la pistola, agente, que esta noche hay un robo y vas a utilizarla.

—¿Me pongo el chaleco antibalas?

—No te hace falta.

—¡Dios mío, estás preciosa!, cómo te deseo. Estaba ya muerto por ti.

—¿Sí?, ¡no me digas!, te quiero ver desnudo.

Y él se quitó los *slips* de un tirón y se quedó allí, *sexy*, duro y tieso para ella, la pequeña pija neoyorkina española que había cambiado las vidas de unos cuantos, entre ellas la suya, pero jamás se arrepentiría, porque la amaba, la amaba y la amaba y estaba loco por ella, la madre de sus hijos, la que había hecho feliz a su padre, los había unido y eso... no había millones de dólares en el mundo que lo pagara.

—Pequeña, ohhaah, ¿qué haces?

—Lo que te gusta, mi agente.

—Cielo, que no voy a aguantar.

—No lo hagas, tenemos toda la noche para repetir.

—Dios...

EPÍLOGO

Cuatro años después...

Estaban los dos, Luca y Rosa en el hotel de Martos. Llevaban allí dos días.

Acudieron al cementerio a ponerle flores a las tumbas de sus padres y de sus abuelos y a limpiarlas un poco, porque estaban casi abandonadas.

Habían pasado muchos años desde que estuvo allí.

Pero ella iría cada cierto tiempo a verlos. El que estuviese en el otro lado del mundo viviendo, no quería decir que los hubiera olvidado. Siempre los recordaría. Había vuelto a su infancia, a la tierra donde nació y donde estaban enterrados sus seres queridos y aquello fue bueno para ella.

Les costó dejar a los niños en el rancho, pero, merecían unas vacaciones. Aún les quedaba visitar Canadá, pero a última hora decidió ir a España. Conforme los peques crecieran irían alguna vez a ver otros lugares de vacaciones.

Aunque su rancho era su remanso de paz y Luca lo sabía; le encantaba ese lugar donde él nació y creció, y que ahora consideraba suyo y amaba ese rancho por encima de todo.

Al final había hecho que Luca fuese con ella a poner flores a la tumba de su madre, que enterrara para siempre su pasado y se perdonara su rebeldía de juventud.

El primer día que fue, lloró. Y ella tuvo allí una conversación con él, con su padre de fondo.

Ahora sí abrazaba con amor a su padre, así como a sus hijos que eran su ojito derecho. Tuvo que comprarles disfraces de *sheriff*, de rancheros y de médicos. Y dos ponis. Cuando Rosa se empeñaba en algo...

Eran dos trastos, pero maravillosos. Se los encargaron a la chica y al abuelo, que los cuidaran.

Ahora tenía una gran familia. Un padre, un marido que la adoraba y lo sabía, unos hijos a los que quería por encima de todo y su tiempo libre era para ellos.

Aprendió a montar a caballo, y ella y Luca, iban a dar paseos por el rancho. Eran felices, como él nunca pensó serlo.

El rancho había ido dando cada vez más beneficios y el último año casi obtuvo mucho más de ochocientos mil dólares y Luca se echaba las manos a la cabeza nada más oír acerca del dinero, y sabía que ese viaje a España lo había pagado con la tarjeta de lo que tenía ahorrado.

—Cariño, ¿por qué eres así con el dinero? —se lo decía, mientras iban a echar una pequeña siesta en el hotel de Martos—. Llevamos ya casi cinco años casados y eres el hombre más tozudo de la tierra.

—Me hubiese gustado ser rico yo, no tú.

—Eso ya lo sé y ganar más que yo. Siempre puedes hacer una cosa.

—¿Qué?

—Quererme más de lo que yo te quiero.

—Y lo hago. Te amo más que a mis hijos, que ya es decir.

—Eres el mejor hombre que he conocido. Por eso te amo tanto.

—Tampoco conociste a fondo a muchos.

—No, cierto. Pero elegí bien. Ahora tengo sexo con mi marido —le dijo, mientras acariciaba su pecho.

—¿Solo eso?

—Yo solo tengo sexo con los hombres.

—Rosa...

—Bueno, contigo hago el amor, pequeño. Ya lo sabes.

—¡Ven aquí!, acércate más, ¿qué vamos a hacer ahora?

—¿Te ha gustado el paisaje?

—Me encanta, qué cantidad de olivos. Está todo lleno y verde.

—Sí, es verdad, pero Jaén tiene muchas sierras. Mañana vamos a la Sierra de Cazorla. Ahora debe estar preciosa. Ya verás. Y haremos noche en Cazorla. Nos quedaremos en un hotelito allí dos días. Luego ya veremos dónde vamos. Podemos ir a Córdoba, a Sevilla, y luego vamos a Málaga y desde allí a Nueva York.

—¿Quieres visitar Nueva York?

—Sí, no solo vamos a pasar por el aeropuerto. Te voy a enseñar Manhattan, donde vivía y donde trabajaba. Iremos a tomarnos unas copas y a comer por ahí y luego a casa.

—Me parece un buen itinerario. Lo que la jefa mande.

—El jefe eres tú, espero que te guste España.

—Me gustan las tapas, y la cerveza está estupenda.

—Alquilamos un coche mañana. Ahora tengo que echar la siesta. Estoy rendida.

—¡Ven aquí, chiquitilla!, eso será después. Has hecho demasiados planes y yo solo tengo ahora mismo uno en mente.

—Como si no adivinara cuál es.

—¿No te gusta mi plan?

—Tu plan me gusta siempre, nunca te he dicho que no.

—Ni lo harás o sacaré mi pistola, pequeña pija.

—¡Serás bobo! Ahora verás...

—¡Ay!, no, estate quieta, me rindo...

Su viaje fue inolvidable y en Nueva York ella le enseñó el hospital donde trabajó, donde tenía su apartamento, los lugares que visitaba cuando salía por las noches los fines de semana y, sobre todo, las tiendas donde se compraba ropa interior *sexy*.

—¿Vas a comprarte ropa interior?

—Algo más que eso, tengo que ir guapa por si salimos, pero vamos, ropa interior voy a llevarme para mi *sheriff* favorito.

—¿Para qué?

—Para que me la quite cuando quiera.

—Tu ropa interior es de infarto y lo sabes.

—Lo sé, por eso me gusta comprarla para ti.

—No te dejaría comprarla para otro.

—¡Celoso!

—Sí, soy muy celoso. Has tenido dos hijos y tienes treinta y cinco años, pero estás estupenda y veo cómo te miran los hombres cuando entras a la cafetería.

—¡Qué exagerado!, me ven como la doctora. Eso son imaginaciones tuyas.

—No te olvides que soy muy observador, no soy tonto

—Nunca pensé que lo fueses, si no, no te habría echado el ojo en aquella hamburguesería, ni detrás del espejo de la barra del *pub*.

—¡Vaya con la pija!

—Estabas guapísimo, con ese pelo negro, todo vestido de negro y tus ojos azules.

—¿Ah, sí?

- Sí, te deseé al momento. Cuando te acercaste supe que te llevaría al motel.
- ¡Qué guasona!...
- Sí, lo mejor de todo fue por la mañana.
- ¿En serio?, no fue por la noche.
- También, también, pero no lo recuerdo demasiado bien.
- Tendremos que hacer memoria. Ven aquí, nena.
- ¡Ey, loco!

NOTA DE LA AUTORA

En la mayoría de mis novelas los protagonistas son extranjeros con andaluzas. Es una elección. A veces me salgo de las normas.

Pero, por lo general, casi siempre las sigo.

ERINA

INDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)